

29.000 76

90

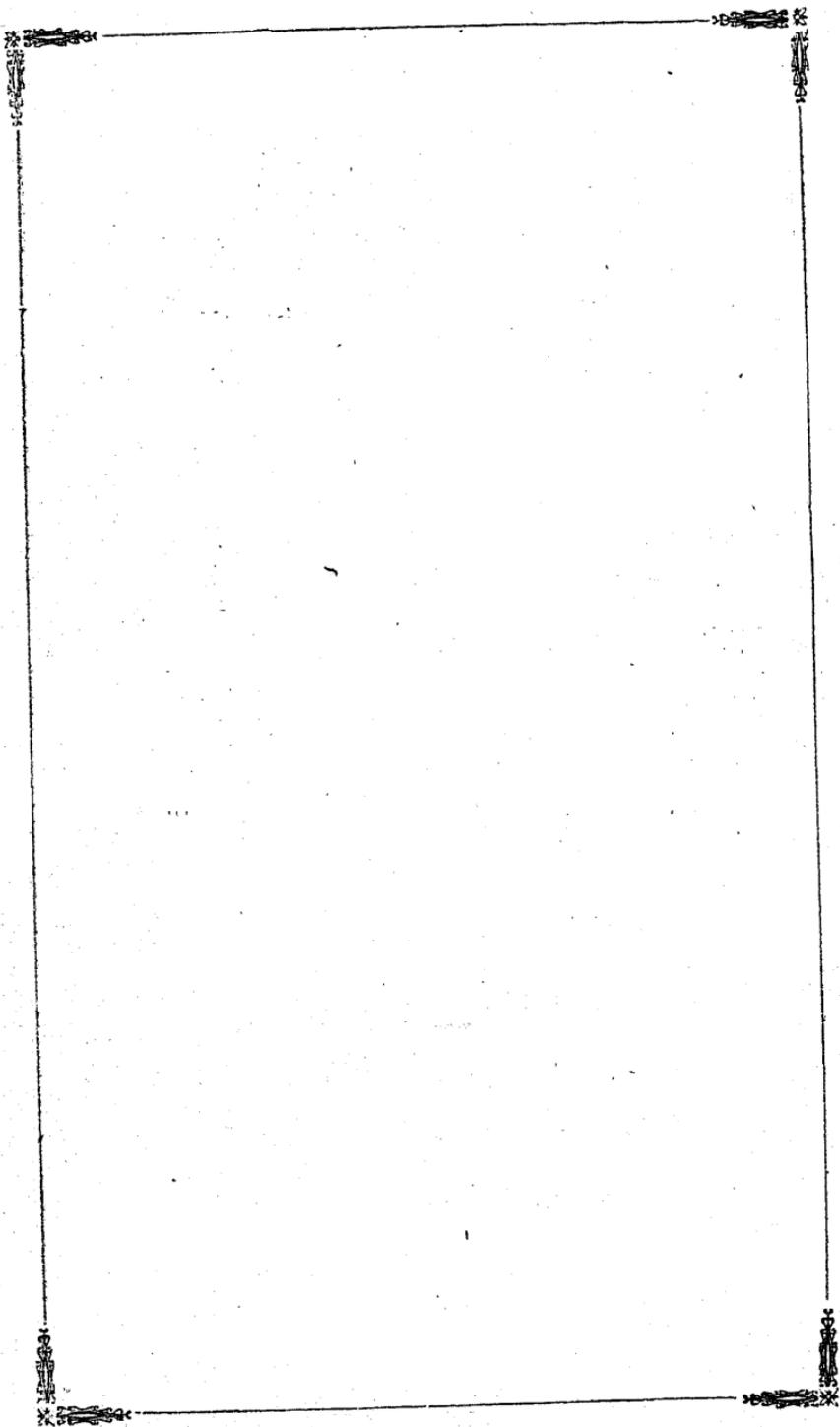
415

177

329

ALLAH-KBAR.

(¡DIOS ES GRANDE!)



R. 76.285

# ALLAH-AKBAR,

(DIOS ES GRANDE!)

Leyenda de las tradiciones del sitio y conquista

DE GRANADA.

por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



GRANADA:

Libreria de D. José Maria Zamora,

Placeta del Santo Cristo.

1849.



==  
**Es propiedad de su autor.**  
==

=====  
Imprenta de D. MANUEL SANZ, calle de la Montereria núm. 3.  
=====



LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA DE ESPAÑA

**DOÑA MARIA LUISA FERNANDA DE BORBON,**

**y á su augusto esposo**

**el Sermo. Sr. Duque de Montpensier,**

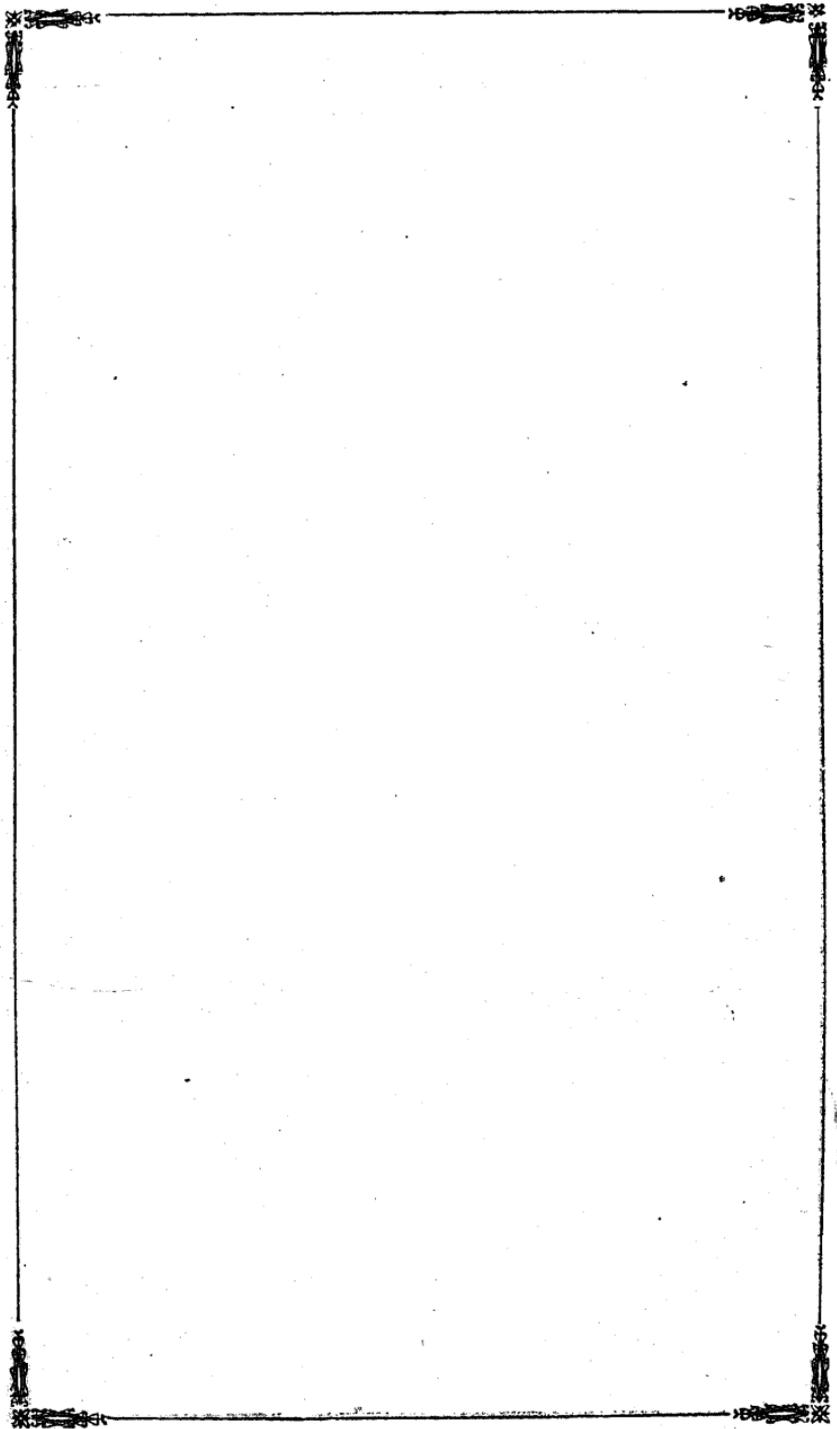


A "

*Ofrece este libro como un recuerdo de las glorias españolas, consignadas en las tradiciones populares de la conquista de la muy noble y muy leal ciudad de Granada, su autor respetuoso servidor de S. S. A. A.*

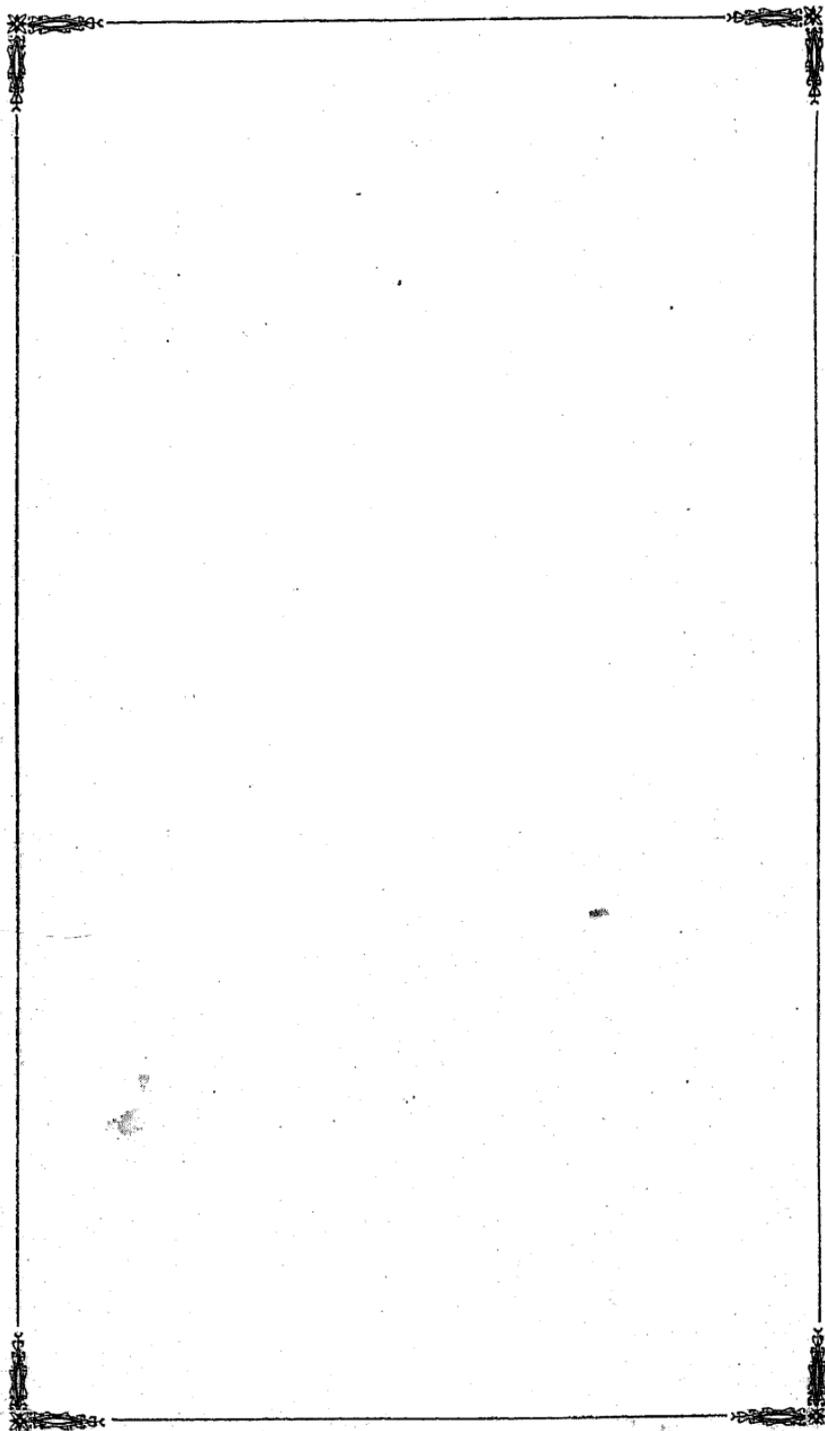
*Manuel Fernandez y Gonzalez.*

Granada 20 de junio de 1849.



**« Y si, lector, digerdes ser comento  
como me lo contaron te lo cuento. »**

(SEBASTIAN DE CASTELLANOS.)



# ALLAH-AKBAR.

(¡Dios es grande!)



## *El Genio de la Alhambra.*



**N**o hay otro Dios que Dios; él solo es fuerte; su Espíritu vive en el pasado, llena el presente y abarca el porvenir.

Sombra profunda y noche de duelo cubrirán al mundo cuando aparte de él sus ojos, porque él es la luz y la verdad.

Él solo es inmutable; un día sucede á otro día, una luna á otra luna, una estacion á otra estacion, y un año tras otro corren á hundirse en la eternidad con los siglos.

Y con el hombre pasan las obras de sus manos, y allí donde fué una ciudad aparece un

abismo, y donde alzaron sus cumbres altísimas montañas, rueda la pujante ola del mar.

Todo pasa, y vuelve, y torna á pasar; un hombre sucede á otro hombre, una generacion á otra generacion, un imperio á otro imperio.

Y el dedo de Dios les impulsa y su voz les dice ¡andad!

Y ellos andan por el sendero, una planta en el pasado y otra en el porvenir.

Andan sin saber á donde van.

Pero él, Dios Altísimo y Único, siempre queda estable.

Yo adoro á ese Espíritu sin límites en forma ni poder, á quien obedecen los elementos.

Por quien rueda el trueno y arde el rayo, y muge el huracan y brillan los relámpagos.

Cuando la tierra estremece sus entrañas, y el mar revuelve su hondo seno, cuando se aterrera el justo y pronuncia su nombre, él les dice: ¡parad!

Y la tierra se contiene aterrada sobre sus fundamentos, y el rayo se apaga en los aires, y todo tiembla ante él.

Ante él, Señor del infinito, que ha escrito con su dedo sobre la haz de la tierra la palabra vanidad con el polvo de los imperios.

Loado sea él, fuente de sabiduría y de bondad; la luz de su espíritu brille sobre este libro y le haga visible á todas las gentes y le conserve en los tiempos que han de venir.

La noche vuela en torno mio, y el silencio es solemne.

La luna brilla en los abismos del cielo, como una lámpara de nacar suspendida de una bóveda de záfiro, tachonada de trémulos luceros.

De tiempo en tiempo un sonido grave, vibrante, llega hasta mí en alas de las brisas, que agitan mis cabellos saturados con el aroma de los cármes.

Y aquel sonido lento y solo, es para mí la voz de un gigante que en el silencio de la noche se levanta de su tumba de gloria.

Porque aquella voz es la voz de la *Campana de la Vela*.

Al sonido de esa histórica campana, los siglos retroceden delante de mi vista; la niebla del pasado se rasga, y la reina de Occidente, la ciudad de las mil torres, la Damasco de Europa, *Granada*, alza ante mí su corona de castillos, sus dorados alminares y su ancho recinto almenado, tendido sobre siete montes.

Paréceme que el genio del Islam, vela sobre la cumbre del *Veleta*, contemplando la joya de los árabes; que allá en la vega enciende sus hogueras el real de Santafé, y que el atalava cristiano afila su ancha pica en las piedras del muro, mientras su ojo codicioso, contempla el fantástico rayo de la luna, la ciudad oriental, y el alcázar de las maravillas.

¡Ven, genio de la Alhambra!

Tú, que has presidido mis sueños orientales,

tú, que me has mostrado los tesoros que velas tras tu esplendente túnica de sultana, ven; que tu guzla de oro, en que está aprisionado el genio de la armonía, halague mis oídos.

Que me alumbre la mirada de tus ojos, y me inunde de ambrosía el aliento de tu boca.

¡Ven, amada de mi alma! que vea yo tus negros rizos flotando como una aureola de resplandores en torno de tu frente de virgen, al leve suspiro de las auras.

¡Ven! arde mi cabeza, y mi pensamiento está seco y árido como una arista lanzada por el fuego.

¿No sientes vibrar en el espacio sonoros rumores?

¿No escuchas el rechinar de los arneses, el rumor de los alquiceles, y el leve ruido que produce el viento agitando los transparentes velos de las esclavas del harem?

La noche media; es la hora en que las hadas surgen de los lagos y pasan ante el rayo de la luna, perdidas en las oscuras frondas de los bosques; en que las flores exhalan su mas puro perfume, y las aves enamoradas se acarician en su nido.

Y yo velo en tanto; ven y velarás conmigo. Yo te amo como á la gloria, y tú eres mía; solamente mía.

Para mí solo tienes tus ensueños encantados, y tus alcázares de oro y tus grutas de diamantes; tus historias de reyes y sultanas, tus

bravíos combates y tus cantares de amores.

¡Ven, hermosa mía, amada mía, luz de mi espíritu! mi pluma de poeta rompe el sello que te aprisiona; yo te evoco! surge ante mí!

.....

Y la luna dilató su disco resplandeciente hasta llenar con su redondez el abismo.

Y rasgóse su seno, y deslizándose por su rayo descendió hasta mí una hermosa doncella.

Corona de perlas ceñía sus negríssimos cabellos, y su semblante, cubierto por un finísimo velo, era tan hermoso como la luna cuando se tiende ante ella una nubecilla trasparente.

Brillaba en su semblante un espíritu divino y poderoso; sus ojos celestes, inundaban el ambiente en torno suyo, con un resplandor intenso y dulcísimo.

Orlaba sus labios una sonrisa inefable, y la agitación suavísima de su seno y el poder de su hermosura, hubieran hecho morir de amor al genio de la indiferencia.

Y su vestidura era de sultana.

Sus hombros y su talle estaban ceñidos por un caftan de damasco color violeta tornasolado en plata, y le recamaban caprichosos arabescos blancos matizados de oro.

Su túnica de brocado azul de cielo, cerrada con herretes de amatistas y zafiros, y orlada de perlas, era resplandeciente como la luz, anchísima y flotante hasta cubrir sus pequeños piés calzados con chapines de tafílete

Su cuello y su seno estaban cubiertos por un collar de brillantes, y sus blancos y mórvidos brazos se perdían entre una nube de gasas de seda y oro, de tejido tan sutil como los hilos que tienden las pequeñuelas é inofensivas arañas de los jardines, sobre las hojas de las flores.

En sus manos brillaba una guzla de oro, y sus ajorcas eran poderosos talismanes, en que estaba escrito en letras cúficas el nombre de Dios.

¡Qué hermosa eres, hija de los sueños!  
Tu vestidura es de luz, y tus ojos brillan mas que ella.

Tu cintura es reducida y esbelta como el tallo de la jóven palmera, y cuando andas parece balancearse, como las rosas sobre el búcaro cuando las mueve el vientecillo de la mañana.

Tú eres la querida de Allah, y la felicidad vive contigo.

—¡Allah-Akbar! Yo soy el genio del *Palacio-de-las-Perlas* (1); yo guardo amante cada girón que el tiempo y la destruccion arrancan á su regia vestidura.

Y aunque se borre de la haz de la tierra, yo que soy su espíritu le guardaré con todo su esplendor en los abismos del pasado.

Ven conmigo; yo te envolveré en mi túnica, y te sentaré en mi trono de nubes sobre Gra-

(1) La Alhambra.

nada la de los árabes; yo ahuyentaré al presente con las armonías de mi guzla y evocaré el pasado.

Yo te cantaré una historia de lágrimas; y te mostraré á los hijos de Granada, cubiertos con el arnés de los combates; á sus hijas veladas con las tocas de Oriente.

Yo haré que esa historia, saliendo para tí de mi guzla, sea el perfume suave de la mirra y el aloé quemados en un brasero de oro.

Ven conmigo; yo he despertado en las cúpulas de oro del Palacio de las Perlas donde dormía, al eco de unas leves pisadas.

Dos jóvenes esposos se inundaban en mi ser contemplando las estalácticas de la *Cámara de los Leones* (1).

Y yo ví en ella una princesa, en él un príncipe.

Yo la ví como he visto á la reina Católica y á la reina Juana y á la emperatriz Isabel de quienes es nieta.

Yo la ví, y me deslicé avergonzada por los desguarnecidos agimeces.

¿Por qué han venido á Granada? Granada murió: solo la queda la osamenta de su esqueleto.

La soberbia oprimió al desierto con el peso de las pirámides; generaciones enteras pusieron en ellas piedras sobre piedras, y las robustecieron con argamasa de sangre para que el huracan y la tormenta no las derrocasen.

Insolentes desafiaron al tiempo.

El tiempo ha arrojado á su planta la tromba impulsada por el semoum (2), y las pirámides han quedado enanas.

Algunos siglos mas, y las arenas del desierto las habrán sepultado como se sepulta un cadáver.

Los árabes quisieron dejar escrita su historia en las tierras de Occidente, y extendieron en Granada una de sus mas hermosas páginas.

Creyeron que ella viviria con los siglos, y los siglos han carcomido su pié.

No la busqueis; su pendon real ha sido arrebatao por el huracan con la almena que le sustentaba.

Ya no se escucha en la Vega el rudo galope del caballo del feroz almogawar, ni quiebra su pica de dos hierros contra la adarga cristiana el justador almoravid.

Aportillóse su muro; hundieronse sus alcázarres, y se cegaron sus baños.

El Dauro y el Genil murmuran tristemente arrastrando sus raudales entre los floridos cármes, bajo cuyos frondosos avellanos no danzan las hijas de Ismael, ni resuenan en la zambra la guzla y la dulzaina.

No busqueis á Granada, Granada murió.

Solo la queda su Alhambra mutilada, su Alhambra que se derrumba.

Pronto sus postreros restos rodarán entre el polvo de las ruinas, y pasará sobre ella la tor-

menta, y la cubrirá con el fango de su aguacero.

Y cuando el creyente vuelva, que volverá, porque está escrito; subirá á la colina y buscará en vano el alcázar de sus abuelos.

El alcázar, cuyo polvo pisarán sus piés sin saberlo, como el hijo ausente que vuelve y busca en el cementerio la tumba de su padre, que acaso huella su pié.

.....  
Los cristianos vinieron ensangrentando el hijar de sus corceles, corriendo en cerrado escuádrón, con las picas en el ristre y las adargas al pecho.

Vinieron y pasaron las fronteras, y por cada palmo de tierra que ganaron, vertieron torrentes de sangre.

Los walies <sup>(1)</sup> de la tierra perdieron una á una las villas y las ciudades del reino, y los nazarenos avanzaron hasta dar vista á Geb-el-Solair <sup>(2)</sup>, y pusieron sus reales en un campo al pié de Geb-el-Beira <sup>(3)</sup> y le llamaron Santafé.

Alzaron un muro, y abrieron una cava, y dijeron ciudad á su real.

Esperaron encerrados en sus muros, á que Granada, destrozada por sus hijos les abriese sus puertas.

- (1) Gobernador, alcaide.
- (2) Sierra Nevada.
- (3) Sierra Elvira.

Y así sucedió, porque estaba escrito.

Ven conmigo, ven; quiero contarte esa historia de lágrimas.

Ven conmigo; yo te envolveré en mi túnica y te sentaré en mi trono de nubes sobre Granada la de los árabes.

Yo ahuyentaré al presente con las armonías de mi guzla, y evocaré al pasado para tí.

.....  
Y mis ojos se enlanguidecieron; un perfume embriagador inundó mi ser, y un largo y suave beso pasó imperceptiblemente sobre mi semblante.

Me sentí arrebatado por los aires, y en mis oídos resonó una armonía deliciosa.

Abri los ojos, y los hirieron deslumbrándolos los primeros resplandores de un sol radiante, que aparecía entre vapores dorados tras la blanca cima del Veleta.

Asentábame sobre una nube de púrpura y oro.

Sobre ella, en un alfombra y á mi lado, tañía su guzla el genio de la Alhambra.

Y yo vi á mis piés una ciudad moruna.

Un alcázar en la frente de un monte lanzaba brillantes reflejos de sus alminares dorados, y uná red de torres y muros encerraba alcázares y estanques, casas y jardines, como en sus senos encierra sus rojos frutos la granada.

Y mas allá y en torno, una vega, rica de fuentes y de verdor, como una alfombra de

terciopelo, con pasamanos de plata, y dos rios que nacian en los montes, y despues de lamer murmurando los muros de la ciudad, se abrazaban confundiéndose en uno, y atravesando la vega se perdian á lo lejos como una gigantesca serpiente de brillantes escamas.

Y descendí á un alcázar como no lo han visto ojos humanos.

Rizábanse blandamente sus estanques al soplo de las auras, y en los sombrosos jardines, en las altas galerías, en los calados retretes y en los sonoros apartamentos, volaba el genio de la armonía, de la hermosura y de los amores.

Y no habia una parte en sus muros que no relumbrase, ni una flor que no exhalase un delicioso perfume, ni un retrete que no convidase al reposo.

Y corrian claras aguas en los cauces de las fuentes de alabastro, y se despeñaban en sonoras cascadas en los pavimentos de mármol.

Y braserillos de oro elevaban en espiral sus blancas y transparentes nubes, formadas por la esencia de perfumes de Oriente.

Era la Alhambra; no como ahora, rasgada por la manó del tiempo y del abandono, sino la Alhambra de Boabdil y de Muza Ebn-Abil Gazan, fresca y sonora con el murmurio de sus fuentes y el canto de sus aves.

Era el alcázar de las zambras, el libro de oro donde está escrito con caracteres de nacar la palabra de Dios.

Y el hermoso genio del alcázar me condujo á una cámara mas estensa que las otras.

El pavimento era de riquísimo mosaico; los muros, abiertos con alhamiés y ajimeces al fondo, eran altísimos y adornados de labor persa y caprichosos transparentes por los cuales penetraba una tenue luz.

Y halagado por aquel ambiente de molicie, asenté en una blanda alkatifa, y el genio asentó junto á mí, tañó la guzla y cantó:

.....  
.....





*El Rey Abu-A'bd-Allah, el Zogoibi. (1)*

=

**E**RA la hora en que los atalayas inclinaban sobre el pecho la cabeza adormecida, y cantaba el gallo madrugador.

El lucero de la mañana reverberaba en el oriente, y una dudosa claridad orlaba las cumbres de las montañas.

El alba despertaba vaporosa y radiante, tendiendo sobre el horizonte su manto de aljófar, y las aves en los jardines y los muedenes en los alminares llamaban á los fieles á la oracion de azobih (3).

Amanecía el día fatal de giumada primera

(1) Boabdil, el desventuradillo.

de la luna de safer (4) del año ochocientos noventa y seis (1) de la Egira.

Granada despertaba lentamente y empezaban á dominar el espacio los millones de rumores que acompañan al día.

La Alhambra, orlada ya con la blanca luz de la alborada, destacaba sobre la *Colina Roja* su corona de torres, como un castillo de los cuentos de hadas velado por la niebla.

En sus adarves se escuchaba el crugir del arnés del atalaya, que se deslizaba en lento paso á lo largo de las almenas con la adarga abrazada y la ballesta al hombro.

De tiempo en tiempo se escuchaba su grito de vigilancia, que era repetido en *Djeneh-al-arife* (Generalife) y en los Alijares, y se extendía á lo largo de los muros hasta espirar perdido en el silencio y la distancia.

Todo dormía en el alcázar; algunos esclavos etiopes, apoyados en largas lanzas, inmóviles y silenciosos, parecían como estatuas encantadas en las puertas de los retretes y en los ángulos de los patios, á la opaca luz de espirantes lámparas de ágata, alimentadas con aceite aromático.

Hay una galería en el alcázar, tendida desde la torre de Comares al alminar (5), que domina el barró del Hajeriz (*del Deleite*). Desde allí, cuando el sol baña á Granada con su primer rayo de amor, se deleita el espíritu en

(1) 1891 de J. C.

aquel canastillo de flores y verdor, entre el que brotan palacios y alminares, torres y muros.

Mas allá, la vista alcanza los azules horizontes de Sierra Elvira, y el monte de Ainadamar, con sus casas de placer, y la vega con sus aldeas, y su rico tapiz de verdura festonado de olivares y alamedas.

Nada se veía entonces; la luz del alba era débil aun, y no alcanzaba á disipar el manto de vapores que se tendía sobre el frontero Albaicin.

Pero ante aquella tenue claridad se destacaron sobre el fondo del nebuloso celaje dos sombras atravesando la galería.

Los pasos de la una fuertes y graves, revelaban á un hombre; el leve ruido de los de la otra, y el suave crugir de una túnica de seda arrastrando sobre el pavimento, revelaban una mujer.

Y anduvieron hasta llegar al alminar, y la mujer ató una escala á una columna de la galería, y el hombre se deslizó por ella.

Y perdióse en el silencio el leve eco de la voz de la mujer que dijo al hombre que descendió.

—Esta noche en Generalife, cuando llame el mueden á la oracion de alajá.

Y una ráfaga de viento arrastró en sus alas estas palabras, y el hombre llegó al pié del muro y se alejó, y la mujer retiró la escala y la escondió en su túnica.

Y tornó á pasar la galería, y se deslizó junto á la cámara de Comares, bajó una escalera y entró en el *Retrete de los Divanes* (6).

¡Genio de la voluptuosidad! ¡Tú llenabas aquel encantado aposento! ¡Tú subias con las espirales de los perfumes quemados en los pebeteros hasta la rica ensambladura de cedro, nácar y ébano! ¡Tú resbalabas en callados pasos sobre la alfombra de Persia recamada de seda y oro, y lanzabas la luz de tus lámparas de pórfido hasta las paredes alicatadas con peregrinas labores! ¡Tú envolvias en nubes de languidez á la hermosa dama que se reclinaba sobre el terciopelo del mas rico de los divanes!

Arcángel descendido del séptimo cielo, luz radiante de amores, ensueño de felicidad, parecia aquella mujer.

Era muy hermosa.

Pensativa, reclinada sobre las alkatifas del divan, revuelta la toca sobre el descuidado seno, desnudos los brazos y deslumbrantes de blancura, á la luz opaca de las lámparas, dejando ver entre la ancha plegadura de su túnica de brocado, un pié magnifico y parte de su pierna adornada con una ajorca de oro, era la mas hermosa imágen del arcángel de la tentacion.

Sus crenchas entrelazadas de perlas se tendian sobre los almohadones, orlando su frente pura, tersa y majestuosa; sus cejas perfec-

tamente arqueadas, coronaban sus ojos garzos, que, obedeciendo á un recóndito pensamiento, lanzaban rayos de amor á través de sus entreabiertas y sedosas pestañas, y sobre sus mejillas, á quienes hubieran robado envidiosas su blancura la azucena, y la rosa su leve carmin, se deslizaban dos lágrimas tranquilas.

La mujer que entraba en el retrete se detuvo delante de la que reposaba en el divan.

Su voz recatada, contenida por el temor y el respeto, resonó entre el silencio de la cámara.

—Poderosa sultana, lámpara de perlas que brillas con la luz de tu hermosura:

Ya se aleja el corcel del abencerraje; ya le envuelven en su sombra las neblinas de la mañana.

Pero el abencerraje tornará á ver á la sultana en Generalife, hoy, cuando la noche estiende su sombra, y el mueden llame á los fieles desde el alminar á la oracion de alajá.

Y calló la voz de la esclava, y la voz de la sultana se dejó oír, haciendo revolar de alegría á los pardos ruseñores encerrados en las jaulas de oro pendientes del artesonado.

—¡Oh! yo he soñado; yo he visto junto á mí á Aben-Hamet. Sí, era él.

Yo he visto sus ojos negros, su toca blanca, su castan rojo.

Su almaizar ha rozado mi túnica, y su mano ha estrechado mi mano.

¡Oh! sí, que vaya esta noche á Generalife; es necesario que se separe de mí.

Yo soy la sultana, vive Abu-Abdallah, y el cuartel real del esposo no debe ser manchado con borron de infamia por la esposa.

Inclinó la sultana la cabeza sobre el seno un momento, y luego se tornó á la esclava.

—Estos artesonados y estos muros callarán; y callará la noche que le ha envuelto en su sombra, y será un profundo misterio la venida á mi cámara de ese hombre.

Calla tú, porque la muerte no te haga enmudecer con la eternidad.

Vete; el dia esclarece y el señor se acerca.

Oíanse lentas pisadas en el *Patio de Lindaraja* (7); la esclava salió por una estrecha puerta que conducia á los baños (8) y á punto se alzó el tapiz de otra, y apareció un hombre ante la sultana.

Y ella se levantó con respeto y salió al encuentro de aquel hombre inclinándose ante él.

—¿El alba aun no ha esclarecido su luz, Zoraida, dijo él, y el genio de los buenos sueños se ha alejado de tí?

¿Velas, gacela mia, luz de mis ojos?

Palidecerán tus mejillas con la vigilia, y tu esposo no se adormirá ya en tu deslumbrante mirada.

—Tú tambien velas, señor, la vigilia tambien roba el color á tu semblante y el brillo á tus ojos.

Asienta, señor, y duerme; tu esposa tañerá la guzla, y la esclava velará el sueño del rey.

—No, sultana, cubre tu frente de joyas y vístete de galas: el coso espera; hoy será un gran día; zegríes y abencerrajes justarán en Bib-Rambla, y, olvidados los odios, Granada á una vez se lanzará contra el cristiano.

Y el rey asentó en el divan y se reclinó en él con indolencia, el caftan desceñido, los piés desnudos y descompuesto el chal de Persia que tocaba su cabeza.

La sultana permaneció de pié.

—Asienta á mi lado, rosa de Hiram, dijo el rey fijando en Zoraida sus ojos adormecidos; aun es débil la luz del alba, y el viento no trae hasta mí el son de los atabales de guerra de mi valiente Muza.

Asienta junto á mí, sultana, porque yo te amo como amo á las huries del séptimo cielo, y tus labios destilan para mí aromática miel, libada en las fragantes flores del jardin de amor.

¡Oh! si tú concedieras á otro hombre una sola de las miradas de tus ojos, una de esas miradas impregnadas de tósigo que envenenan el corazon y le enlanguidecen.....!

¡Oh! si tú no amases al rey Abu-Abdallah, á quien cercan traidores vasallos, á quien el cristiano insulta, levantando muros delante de su bandera de rey.....!

¡Oh! si tú no me amases, mi corazon se

romperia, como rompe un vaso la ponzoña!  
¡Y entonces dirian verdad al llamarme con  
desprecio el Zogoibi! (*el desventuradillo*).

Enrojeciéronse las mejillas de la sultana,  
y su corazon tembló, como se agita el pena-  
cho de la palmera del África cuando le ha-  
laga el blando y aromático aliento de los cé-  
firo de la primavera.

Porque habian trascurrido muchas lunas,  
sin que ella, hermosura abandonada, madre  
sin hijos, sultana sin esposo, oyese junto á sí  
otras palabras que las del tembloroso respe-  
to de sus esclavos y las del insensato amor  
del abencerraje Aben-Hamet.

Abu-Abdallah, espíritu débil, mísero insen-  
sato, se habia entregado á su destino, y  
las horas mejores de su vida pasaban en la  
molicie y el deleite, adurmiéndose entre los  
brazos de impuras esclavas, confiando su hon-  
ra de rey y esposo á su hermano el valiente  
Muza Ebn-Abil-Gazan, y á la desventurada  
Zoraida, flor preciada que se agostaba y per-  
dia su mágico perfume entre las sombras de  
sus solitarios retretes.

Y por eso fué para ella el dulce acento del  
rey á quien amaba, como el céfiro de la pri-  
mavera á la palma real del desierto.

—Bendígate Allah, señor, exclamó la sul-  
tana, bendígate Allah, pues hasta mí llegas  
como el sol á las flores.

Bendígate Allah, señor, porque yo te amo

como amo á mis sueños de ventura, á mi pensamiento de amor.

Como amo á la luz, y á los tulipanes, que enlanguidecen como yo cuando traspone en lejanos horizontes el astro de su contento y la lumbre de su vida.

Y la sultana palpitante de amor cayó entre los brazos del rey, y un misterio envolvió la cámara de los divanes.

Y las exhaustas lámparas se apagaron y el albor ya mas radiante penetró temeroso y débil hasta los esposos á través de los calados transparentes de la cúpula.

Y como si la luz hubiese sido una señal, oyóse al lejos perdido primero, luego distinto, el ronco son de un atabal.

Luego lentamente fué acreciendo el rumor, dilatóse la luz, cantaron las aves, y un reflejo dorado y diáfano brillantó las doradas estáticas de la cúpula.

Oyéronse fuertes pasos de hombres armados, rumor de espuelas, chocar de picas sobre los pavimentos, relinchos de caballos y son de añafles.

El rey se levantó del divan.

—Se acercan, sultana: vete; que los ojos del esclavo no alcancen la luz de tu hermosura.

Zoraida se inclinó ante el rey sonriendo de felicidad, y se alejó en direccion á los baños, suspirando de amor.

Quedó solo el rey adormecido aun en la nu-

be de amores que se alejaba del con la sultana.

Y olvidó que los cristianos sitiaban su ciudad real, y que talaban sus campos, y que la sangrienta nube de su horóscopo flotaba en un espacio fatídico, próxima ya á su ocaso entre sangrientas ráfagas.

Su espíritu débil se dilató, miró con placer los primeros rayos del sol que penetraban en la cámara, y escuchó el canto de los ruseñores, el murmurio de las fuentes, y el lejano rumor de armas y atabales, con la alegría de los insensatos.

—¡Oh! ¡que vengan aquí! dijo: ¡este es el Edem! ¡aquí vuela aire de vida, y posa sus resplandores el dia!

¡Sí, llegarán! ¡llegarán dilatando su ojo codicioso! pero no pondrán su planta sobre mis alkatifas, porque aun la mano de Dios no ha descendido del arco para tocar la llave de la *Puerta del Juicio* (9).

¡Yo soy aquí el rey! ¡el señor poderoso, ante quien se doblegan hermosuras y esclavos!

Y llegó á la puerta, levantó el tapiz y llamó.

Cuatro hermosas esclavas aparecieron á la voz del rey, y se prosternaron ruborosas.

—Aguas, perfumes, ropas, esclavos: mi túnica de rey, mi corona y mi espada de oro.

Y las esclavas salieron, pero á punto apareció tras ellas un hermoso mancebo que se adelantó hasta inclinarse en el centro de la cámara ante Abu-Abdallah.

Era el emir de los ginetes granadinos, Muza Ebn-Abil-Gazan.

—Levanta, mi valiente vasallo, espada del Islam, columna de mi trono; ¿por qué el halcón viene con los primeros albos del día á buscar en su nido al águila real?

—No permitas las fiestas, señor, contestó Muza; porque la traicion acecha; no vayas á ellas, porque se atreverán en su desacato á arrojar á los piés de tus miradores la sangre de los motines.

Y Muza tras estas palabras calló, á tiempo que entraban en la cámara las esclavas.

A una seña del rey, dos de las mas hermosas asentaron junto á él en el divan, y otra á sus piés en la alfombra, tañó una guzla de plata, mientras las restantes desnudaban su cabeza y le lavaban con las aguas olorosas que contenia una fuente de oro.

Muza era un valiente y hermoso mancebo; él acaso era lo único que quedaba de noble y grande al pueblo moro; sobre sus hombros gravitaban al par las luchas civiles de Granada y la defensa de ella en la Vega, contra los cristianos.

Irritóle el carácter indolente del rey, que sitiado en sus muros, mientras él se presentaba á sus ojos cubierto con el arnés de los combates, dirigia palabras de amores á hermosas esclavas que lavaban su semblante y sus manos en una cámara impregnada de perfumes.

—Atiende, le dijo, señor, que no es ocasion ahora de otra cosa que de prevenir la rebelion que se apercibe á los piés de tu trono; atiende, señor, porque tu emir espera tus mandatos.

—¡La rebelion! exclamó el rey con desprecio, perdiendo sus blancos dedos entre las anchas trenzas de una esclava, y fijando en Muza sus hermosos ojos azules: ¡la rebelion!

El pueblo no es otra cosa que polvo, que necesita un viento fuerte que le levante de su impotencia, y que como el viento, pasa sin dejar otras huellas que el surco sobre que se ha arastrado.

¡La rebelion! huracan terrible que puedè cegar al que le afronta, pero que nada puede hacer contra el que la vuelve la espalda y la deja pasar sin cuidarse de ella.

—Pero la rebelion, señor, contestó Muza, que tenia de tenaz lo que el rey de indolente, la rebelion arrojó á tu padre de su trono y te puso en él.

—Mi padre presentó la faz á la rebelion y cegó: he ahí todo.

¡Escucha! nada se oye; el huracan duerme, y cuando mas, solo producirá algunos cientos de cadáveres si levanta su remolino.

—Los zegríes conspiran, señor; los gomerés y las tribus sus amigas les ayudan.

—Los gomerés son zorros miserables, los zegríes cobardes perros que ladran entre los piés del amo que los protege.

—Y mas de una vez, abencerrajes y zegríes, señor, se han acometido en batalla, como si no fueran hijos de una misma patria, ni adorasen á un mismo Dios.

—¿Y qué he de hacer?

—Ayúdame, señor, y yo sofocaré las discordias civiles, y pondré tu estandarte de rey en las fronteras, y las huellas de mis corceles sobre las ciudades mas ricas del cristiano.

—¿Acaso no eres mi caudillo emir? ¿Á tu voz no resuena el toque de rebato, y se encienden las hogueras de las atalayas, y se levantan á una cuarenta mil combatientes?

¿Acaso no moras á par mio en mi castillo real, y mantienes harem con eunucos, y pajes con preseas, y ginetes con bandera y soldada tuya?

¿Acaso no corres la Vega y tomas á saco las recuas de los cristianos? ¿Qué mas quieres?

—Quiero, señor, que escuches mi voz de emir y de caballero.

Quiero que el rey sea rey, y no mujer; quiero que acabemos de una vez esta lucha vergonzosa.

Abu-Abdallah saltó del divan en que ya habia terminado su atavío, y se presentó ante Muza con toda la majestad que á veces brillaba en él como un relámpago, y que como éste era pasajera.

—Salid, dijo á las esclavas.

Y las esclavas salieron.

Muza quedó solo con Abdallah, cuyo rostro severo habia perdido su expresion indolente.

—Eres mi vasallo; gritó: y puedo hacerte mi esclavo.

—Harto lo sé, señor; contestó sin cejar el emir: pero tengo mucho que lamentar en tí como muslim, como guerrero y como hermano.

Tu debilidad te atrae el odio de tu pueblo, y te insultan, señor, con insolencia; y crecen los motines y Granada se destroza en bandos terribles.

Yo veo el acabamiento de mi patria, y tuya es la culpa, señor.

—¿Y cómo evitarlo? contestó el rey perdiendo como siempre su energía á las primeras palabras de Muza que le dominaba.

—¿Qué, señor? exclamó el emir con valentía; desvanecer la creencia en que está el pueblo de que eres mas cristiano que musulman, y de que tienes correspondencias secretas con los enemigos para entregarles el reino.

Y todo es falso, señor; pero no saben interpretar de otro modo tu quietud cuando los cristianos llegan en algaras hasta tus propios muros.

¡Rey! ¡cíñete el arnés! ¡reserva esas fiestas que insultan el hambre y el desaliento de tu pueblo, para cuando hayas echado á los cristianos mas allá de las fronteras!

¡Lánzate sobre sus reales, rey!

¡Vence una sola vez, y el pueblo te aclamará vencedor, y cobrarán fuerzas los desalentados hijos de Ismael!

Abu-Abdallah se incorporó en el divan, en el que de nuevo se habia reclinado, y miró con pesadumbre á Muza.

—No, nunca; exclamó golpeándose el pecho: aquí arde la sangre de los Nazares, emir, pero mi dura estrella me acobarda.

Aun se me figura estar á la vista de Lucena, entre los cañaverales del rio, escondido y tembloroso, viendo huir á mis escuadrones desparvoridos, teniendo á mis piés mi pendon roto y mi caballo muerto.

Aun me parece ver las espadas de tres villanos asestadas á mi pecho, y aun quema mis labios la humillante confesion de mi grandeza, que hube de mostrarles para salvar mi vida.

No, yo soy el Zogoibi; la nube de mi destino flota en un abismo de sangre, y si solo me esperase la muerte..... ¡pero la cautividad, la deshonra....! ¡No, no, por Allah!

—Pues bien, señor: dijo Muza conmovido por el dolor del desdichado rey; suspende esas fiestas donde debe brotar la traicion de los zegríes, y dame licencia para lanzarme con ellos y con mis almogawares sobre el real de Santafé.

—¡Las fiestas se harán! gritó el rey; y si hay traidores, aun hay escarpías en mis almenas para sus cabezas.

—¿Y cómo defenderte, señor, de la traicion que acecha encubierta tras los tapices de tu cámara real?

El rey palideció, miró en torno suyo con terror, pintose en sus ojos la expresion de la insensatez, y lanzándose del divan se asió tembloroso á Muza.

—¡Oh! ¡sí! dijo mirando con ojos aterrados á un punto fijo, como si allí se alzara un fantasma visible solo para él; ¡los traidores, sí! ¡Yo he visto en mis sueños una vision de sangre! ¡Yo veo su espada desnuda! ¡Estoy cercado de asesinos y hasta mis esclavas me dan pavor!

Y el desdichado rey, convulsivo, pálido, cruzados los brazos sobre el pecho, como si pretendiera defenderse de una puñalada, huyó de Muza y se replegó en un ángulo del divan.

—¡Hermano, hermano mio! gritó Muza lanzándose al rey y procurando hacerle volver de aquel acceso de demencia; ¡no tiembles! ¡Estoy á tu lado; mis almogavares guardan tu alcázar y te defiende mi amor!

—Sí, sí; tú eres mi hermano: dijo el rey tembloroso; ¡pero calla! ¡no lo digas, porque ese es un secreto de nuestro padre<sup>(1)</sup>, y si te oyesen te llamarian bastardo!

Y pasó la mano por su frente, y pareció que con ella habia arrancado de su alma la insensatez.

(1) Decíase que Muza era hijo del Rey Aboul-Hassan y de una cristiana.

En aquel momento, un ruidoso clamor de añafles y dulzainas penetró hasta la Cámara de los Divanes.

—¡A las fiestas! gritó el rey: mi pueblo espera; el coso aguarda á los caballeros de Granada, y los estrados á las damas.

—¡A las fiestas, señor!

—¿No me guardan tus leales almogawares? exclamó el rey; ¿acaso si hay traidores, no los esterminarás tú?

Y para hacer irrevocable la voluntad del rey, apenas dichas estas palabras, apareció en la puerta de la cámara que conducía á los baños, la sultana Zoraida, deslumbrante de riqueza y hermosura.

Abu-Abdallah la tendió la mano y salió con ella de la Cámara de los Divanes, subiendo á la de Comares, donde les esperaba una deslumbrante nube de damas y caballeros, mientras que Muza, saliendo armado de punta en blanco por un postigo del alcázar, cabalgó poniéndose al frente de quinientos almogawares, y murmurando con semblante sombrío:

—¡Dios es grande! ¡cúmplase su voluntad!





*Zegries y Abencerrages.*

---

**U**N ancho coso cerraba su valla en la plaza de Bib-rambla.

Estaba engalanada de fiesta, ostentando sus aéreas torrecillas, sus galerías afligranadas y sus ostentosos miradores, y la alumbraba el sol de uno de esos serenos días con que espira el otoño.

Bib-rambla era el corazón de Granada.

Veíase de continuo allí todo lo hermoso y todo lo rico del reino. Ocupaban sus bazares mercaderes venidos de todos los pueblos, y encontrábase en ellos cuanto puede soñar el deseo.

Allí se cruzaban pláticas de amor y de com-

bate; grandes hazañas tenían origen en ella, y las profundas oscuridades de los bazares cubrían en su misterio mas de un lance de amor.

Pero aquel dia los soportales habian desaparecido cubiertos por una gradería destinada á dar asiento á los que por su fortuna debian asistir á las fiestas.

Una fuerte valla separaba el coso de la gradería, y tres puertas, la de Al-bolut (*de los Estandartes*) la del Zacatin y la de la Al-kaisería, eran las destinadas á dar paso á los justadores y á los concurrentes.

Era muy de mañana, el sol apenas coloraba con una estrecha faja de luz los altos aleros, las banderas y los tapices del mirador real.

La brisa fresca y saturada con el perfume de las flores agitaba débilmente los espléndidos cortinajes de las galerías, las alfombras de vivos colores y caprichosos dibujos, que desde las balaustradas de los estrados destinados á los jueces, á los príncipes, á las damas y á los nobles, descendian hasta tocar la arena del coso, y parecia adormirse entre los anchos pliegues de la soberbia tela de brocado suspendida sobre el trono del rey, y en la que aparecia el escudo en campo de plata y la banda diagonal azul saliendo de la boca de dos dragones con el mote *¡Le galib ile Allah!* (solo Dios es vencedor), cuartel de los reyes de Granada desde los tiempos de Alhhamar el Magnífico.

Y á pesar de sus galas la plaza estaba desierta, las galerías y las puertas cerradas; solo algun pajarillo saludando al sol naciente, alteraba con sus trinos el profundo silencio que reinaba cerca y lejos.

El ancho y esplendente coso parecía sujeto al poder de un encanto.

El sol se elevó, sus rayos tocaron la abandonada arena, y al fin, perdido en la distancia, se elevó en el espacio un rumor confuso que creció lentamente hasta dejar percibir el sonido de las atakebiras, los añfiles y los atabales; un ruido sordo, semejante al que produce el mar al estrellarse en la ribera, se elevó despues, y al cabo el estruendo llegó atronador hasta las puertas de la plaza, y la de la Al-kaisería se abrió.

Cien ginetes almoravides con bonetes verdes y sobrevestas de escarlata se estendieron haciendo calle á los dos lados de la puerta, y por medio de ellos aparecieron veinte alféreces sobre caballos blancos encubertados de guerra, llevando en las manos pendoncillos, entre los cuales descollaba majestuoso el rojo estandante real.

Tras esto apareció una cuadrilla de trompeteros, que se detuvo á la puerta, y dejó oír por tres veces el clamoreo de sus clarines.

Entonces, como si se hubiese roto el encanto que pesaba sobre la plaza, se abrieron puerta y miradores; la multitud se precipitó en las

graderías; se llenaron los estrados de damas, y no se vió por todas partes mas que velos que se agitaban, joyas que brillaban y voces que herian los aires en un rumor unisono y continuo.

Pronto la arena se vió invadida por tropas de ginetes cuyos caballos caracoleaban, apiñándose al desemboque de la puerta de la Al-kaisería, por la cual apareció la comitiva real.

Cabalgaba delante el rey Abu-Aldallah oprimiendo la espalda de un magnífico overo, cuyas gualdrapas de púrpura arrastraban sobre la arena.

Llevaba el rey ceñido el sayo negro emblema de su dignidad; entre su toca verde entrelazada de hilos de gruesas perlas, se veía una magnífica corona; su diestra empuñaba una larga y cortante espada; en sus borceguies lucía la espuela de oro de los caballeros cristianos, y sobre su pecho ostentaba un pequeño blason de Castilla, como en muestra del pleito homenaje que rendía en feudo y tributo á los nobles reyes Católicos, desde su mal aventurada rota de Lucena (10).

Dos walies de las tribus de los gomerés y de los zegries, caminaban á pié á su lado, llevando las riendas de su corcel, y delante y en pos del rey, tras el pendon de Muza, que armado de todas armas cabalgaba sobre una yegua blanca, encubertada de guerra, marchaban en buen orden tendidos los pendoncillos de sus

picas de combate, quinientos ginetes almogavares, cubiertos de hierro desde los bonetes hasta los acicates.

Tras éste penetró en la plaza otro cortejo, ante el cual marchaban músicos y bailarinas.

En el centro descollaba un palanquin cubierto con riquísimos tapices y cogines magníficos conducido en hombros de cuatro esclavos.

Sobre él, envuelta en un velo, asentaba una mujer, objeto de todas las miradas y del respeto general. Hermosas doncellas asiáticas, engalanadas con gran ostentacion, llevaban junto á la dama encubierta pebeteros de oro exhalingo perfumes, y ramilletes de flores.

Esta mujer era la sultana Zoraida.

Seguian las esclavas del harem, cubiertas con velos sobre palanquines menos ostentosos; cerraba la marcha un escuadron de esclavos de la guardia negra y un numeroso populacho, llenando el espacio con el estruendo de sus victores, completaba aquel regio acompañamiento.

El rey atravesó lentamente la plaza, subió al estrado y ocupó el trono; á su izquierda asentó la sultana, y junto á ella, de pié, con la espada desnuda, permaneció el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Veíanse tras el trono las esclavas del harem, y por último, el katib (*secretario*) del rey, los visires, los kadies de corte y los arrayaces de la caballería.

Al pié del estrado real se estendieron sobre

la arena del coso, formando una valla humana, los almogavares y los esclavos de la guardia negra.

El alférez del rey permaneció entre ellos sustentando el estandarte real, y cuatro alguaciles de corte, á caballo, se situaron en el coso dando frente al rey á la distancia de cuatro picas del estrado.

La agitacion era general: murmuraba el pueblo: habia cundido un sordo rumor de que las fiestas acabarían en combate; y sin embargo, doquiera se dirigia la vista no se encontraba mas que la multitud encaramada en las pizarras, en las galerías, en los ajimeces y en los estrados: el coso, despejado y solitario, iluminado ya en gran parte por el sol, parecia encerrado en un marco de seres vivientes que se habian dilatado entapizando los muros de la plaza, y entre los cuales aparecian como ráfagas deslumbrantes, los tapices, las joyas, los velos y las plumas.

Al fondo de la plaza ondulaba un mar de cabezas, y el hálito que emanaba de aquel todo inmenso y monstruoso, se elevaba hasta perderse en el espacio como el zumbido de un millon de colmenas.

Al fin la multitud impaciente vió al rey hablar con Muza, y este descendió del estrado real, cabalgó, y seguido de los alguaciles y del alférez del rey, se adelantó al centro del coso precedido de los trompeteros.

Por segunda vez éstos lanzaron al espacio

el triple clamor de sus clarines; callaron las cien mil bocas de la multitud, y la voz de Muza se elevó lenta y sonora en medio del silencio.

—Creyentes, gritó: en nombre del grande y magnífico rey de Granada, Mohamet Abu-Abdallab, el vencedor por Dios, que es el Señor Fuerte, el Poderoso entre los poderosos, ¡salud á vosotros sus leales y valientes vasallos!

Una aclamacion informe, espontánea, gigante, fué la contestacion al saludo del rey.

Y dijo Muza.

—Sabed, vosotros los que me ois, que el rey manda y quiere que haya fiestas en su buena y leal ciudad de Granada, en que justen y corran cañas y toros, todos los que sean caballeros, musulimes ó nazarenos, los de cerca y los de luengas tierras, estrañándose á los judíos y á los renegados.

Y así mismo, que para presidir las fiestas, y distribuir los premios entre los vencedores, se elija una sultana de la hermosura entre las presentes ó las que vinieren, de estos reinos ó de los otros, la cual sultana será el premio del primer vencedor, si fuese libre y así pluguiese á su voluntad.

Los jueces de la hermosura, son el wisir del rey Ebn-Comija, el Katik Adel-Kerim y el arrayaz Ebn-Zayde.

¡En nombre del rey! ¡prosperidad á los fieles musulimes!

Tornaron á sonar los clarines, el pueblo unió

á su estruendo sus aclamaciones, y Muza, precediendo al alférez del rey, á los alguaciles y á los trompeteros, volvió al estrado real donde ya se habia constituido por órden de Abu-Abdallah el tribunal calificador de la belleza, compuesto de los tres venerables ancianos cuyos nombres habia relatado Muza en el pregon.

Pero ni una sola de las damas que asistian á la fiesta bajó de su estrado para ir á disputar la primacia de su hermosura.

Y las habia esplendentes y lánguidas, como el lucero de la tarde, alegres y cándidas como una alborada de primavera, deslumbrantes y majestuosas como el sol al trasmontar los mares envuelto en ráfagas de púrpura en una tarde de estío; por una de sus miradas se hubieran vertido torrentes de sangre, y por un beso de sus lábios de rubí, se hubiera dejado llamar cobarde el mas apuesto abencerraje.

Ninguna habia osado presentarse ante los jueces, porque asentaba en el estrado real una dama á quien nadie habia visto el rostro, cubierto por un tupido velo, y en la que se posaban las envidiosas miradas de las damas granadinas. Tras aquella ancha tela se elevaba una frente que no podia menos de ser hermosísima, porque solo una belleza sin rival podia darla valor para levantarse en el indefinible y soberbio ademan de majestad y desden que ostentaba cuando eran llamadas á disputar sus encantos tantas bellísimas mujeres.

Por cima de su velo brillaban sus ojos de mirada penetrante é irresistible, y su ancha y riquísima túnica dejaba percibir la mórvida redondez de sus formas.

Aquella mujer que hacia soñar en las huries, que hacia indisputable la supremacia de su hermosura; aquella mujer á quien todos conocian y respetaban, era la esposa del rey, la sultana Zoraida.

Ninguna dama demandó el trono del amor y de la hermosura; el rey miraba con orgullo á la sultana, el tiempo avanzaba y murmuraba la pleve impaciente.

Repitióse por tres veces el pregon, y las damas permanecieron inmóviles.

Y entonces el rey, radiante de orgullo y de felicidad, asió á Zoraida de la mano, la arrancó el velo y la presentó á los jueces, pidiendo para ella la declaracion de sultana de la hermosura.

La majestad de su ademan, lo poderoso de su mirada, lo puro de las formas de su boca, lo límpido de su serena frente y lo sedoso de los cabellos que la coronaban, arrancaron en los que no la conocian una exclamacion de asombro.

Veinte veces la habia dado la primavera sus flores, y otras tantas las golondrinas habian venido con el estío á admirar su belleza, desde el dia en que los genios presidieron su venida á la luz.

Cada una de aquellas primaveras se habia des-

pojado de una siempreviva para enriquecer su corona de hermosa y la habia concedido un nuevo encanto; la mujer á quien Allah puso en el paraiso no pudo ser mas perfecta.

Tanta magnificencia, tanta belleza hizo olvidar por un momento su impaciencia á los que esperaban, y Zoraida llegó ante los jueces saludada por ruidosas aclamaciones.

Los ancianos tras una breve deliberacion, fallaron que la sultana de Granada, era al par la sultana de la hermosura, y que el rey debia ceder el trono de las fiestas á aquella doble majestad.

Y así se hizo; Zoraida ocupó el trono en medio de un vendabal de aclamaciones, y el rey se colocó á la izquierda en asiento mas bajo.

Por tercera vez los trompeteros llenaron el espacio con el áspero son de sus clarines.

La fiesta tan anhelada empezaba.

Abrióse una puerta colocada bajo la grade-  
ría en la parte de la plaza frontera al estrado real, y dió paso á diez negros de la guardia del rey ginetes en potros blancos; mostraban jaeces, castanes, bonetes, adargas y pendoncillos rojos tomados de oro, y ostentaban en sus vestiduras el mote del rey.

Seguíanles diez pajes á pié, así mismo vestidos de rojo y oro, conduciendo diez yeguas blancas con jaeces semejantes á los que montaban los esclavos.

Tras los pajes seguian seis africanos envueltos

en anchos alquiceles, y en medio de ellos cabalgaba un mancebo de ojos brilladores y formas robustas; vestía un riquísimo traje de brocado sobre azul y rojo, y en su bonete se valanceaba una garzota de inestimable valor; mostraba en su pecho un escudo de oro, en el que estaba pintado en esmalte un salvaje sosteniendo un mundo con este mote en plata sobre verde: «*Con mas puedo.*»

Aquel valiente caballero era Aben-Hamet, caudillo de los abencerrajes, temido y respetado do quiera se levantaba un pendon ó se reunían los mas bravos de los caballeros granadinos.

Por el momento nadie, á pesar de permitirse segun el pregon entrar en plaza, osó rivalizar con el respetado Aben-Hamet.

Él solo fué á saludar ante el trono de la hermosura á la sultana, y la pidió licencia para ser el mantenedor de las fiestas.

Un encendido rubor coloró las mejillas de Zoraida, y su blanquísima mano en muestra de conceder la merced que se la pedia, arrojó una llave de oro, que Aben-Hamet recogió en su bonete, temblando de amor.

Y saludó profundamente al rey, partió al galope al otro extremo de la plaza y entregó la llave á un alguacil que se dirigió con ella á una pequeña puerta.

Entretanto el acompañamiento de Aben-Hamet desapareció tras la valla; los seis africa-

nos de los alquiceles se estendieron en el coso al rededor de la puerta que se iba á abrir, y el mantenedor, tomando un pesado rejon, se colocó jactancioso al lado de ella.

Iban á resonar los clarines; el inmenso gentío callaba con el silencio de la atención, cuando el sonido de una ronca trompeta se dejó oír tres veces á través de la puerta de la Al-Kaissería, y el alcaide de ella rigiendo un potro cordobés, se adelantó hácia el estrado real, y haciendo arrodillar al bruto, dijo á Zoraida.

—Poderosa sultana de la hermosura y de Granada, cuatro caballeros zegries te piden licencia para entrar en plaza y rejonear el primer toro.

Palideció Zoraida, y Muza apretó convulsivamente la empuñadura de su espada.

—Pues caballeros son, y tales como zegries, contestó la sultana, dominando lo alterado de su voz, franca esté la puerta y lleguen hasta mí.

El alcaide se inclinó, hizo cejar su caballo, y se dirigió á la puerta sin volver la espalda á la sultana en paso lento y respetuoso.

Pero á punto otro son de trompeta vibró tras la puerta de Albolut, y el alcaide de ella se acercó atravesando la plaza, y dijo con voz alterada á la sultana.

—Señora, cuatro caballeros abencerrajes te piden licencia para rejonear el primer toro.

—Franca sea para ellos la puerta, dijo con interés Zoraida.

El alcaide sin curarse de si volvía la espalda á la sultana, partió como una saeta á la carrera, y llegó á la puerta de Albolut al mismo tiempo que el otro.

Al par se abrieron entrambas puertas.

Por cada una de ellas se precipitaron sobre el coso con la velocidad del vendabal cuatro ginetes, y llegaron á un tiempo ante el trono de la hermosa, detuvieron sus caballos en la misma línea y se lanzaron una chispeante y colérica mirada.

—Paso á los zegries, dijeron los que habian entrado por la puerta de la Al-Kaissería.

—Paso á los abencerrajes, contestaron los otros.

—Venimos del linaje de los califas de Córdoba.

—¡Por Allah!

—¡Por el Santo Koran!

Y los ocho caballeros arremetieron á un mismo tiempo sus caballos echando mano á sus espadas.

Levantóse el rey, adelantó Muza, requirió su yegua Aben-Hamet, y temióse llegado el momento de venir á las manos.

Pero la sultana se levantó serena, tendió con majestad su brazo hácia los contendientes, y dijo con voz lenta y grave.

—¡Caballeros! ¡licencia teneis! que Allah os ayude y os conceda el vencimiento.

Y los caballeros dominados por el acento y

el ademan de la sultana, retiraron las manos de las espadas, saludaron á Zoraida, y lanzándose una mirada en que ardía el odio, partieron en distintas direcciones, á tomar puesto cerca de la puerta por donde debia salir el toro.

Aben-Hamet como mantenedor se retiró á un ángulo de la valla, y las dulzainas y los atabales sonaron en medio de un silencio profundo; el alguacil abrió la puerta y un toro de piel negra y reluciente se lanzó en el coso.

Era un valiente animal nacido en los breñales de Ronda, ligero como el aire, bravo, bien armado; se detuvo en medio de la arena y revolvio en torno su feroz mirada, provocado por los silvos y los gritos que arrojaba la multitud como un vendabal.

Los hombres estaban de pié, las damas agitaban sus lenzuelos, los alguaciles colocados frente al mirador real, fijaban la aterrada vista en el bruto, preparándose á huir á la primera señal de peligro.

En tanto los ocho caballeros zегries y abencerrajes, habian tomado rejoncillos, y el mas bravo de ellos, rodeado de los africanos lidiadores, se acercó al trote de su yegua al toro, que se volvió lentamente, azotó con su cola los hijares, bajó la potente cabeza como saludando á su adversario, hizo se lentamente atras, arrojando á larga distancia la arena que arrancaban del coso sus brazos cortos y nerviosos, y dejó cir un bramido renco y potente.

En aquel momento todos los ojos estaban fijos; todas las lenguas mudas.

Al fin el toro partió como un venablo envisitando al zegrí; el rejon de este hendió silvando la distancia que le separaba del toro, y rozando ligeramente su lomo se clavó en la arena.

Un rugido atronador retendió en los aires; la yegua y su jinete rodaron por el coso, y seis alquiceles rojos flotaron entre el caballero vencido y la bestia vencedora; engañado por ellos, el toro siguió á los africanos, y el zegrí cabalgó en otra yegua que le fué presentada.

El rostro del moro mostraba una espresion terrible; parecia que el mal genio de la cólera y del orgullo humillado habia ocupado su alma; lívido, tembloroso de furor, con los dientes apretados y los ojos inyectados de sangre, lanzó una mirada de desprecio á la multitud que aplaudia al toro, y otra indescribible, á los abencerrajes, que le miraban con la sonrisa insolente del enemigo que goza en la desgracia de su adversario.

El zegrí partió de nuevo al encuentro del toro que arrancó en su segunda embestida; y sin darle tiempo de arrojar el rejon, arrolló á la yegua, y desdeñando la llamada de los alquiceles, se cebó en ella y en su jinete.

La sangre corrió: el zegrí espirante voló por el aire tres veces, arrojado por las terribles astas, y otras tantas fué herido de muerte.

Despues el toro, embistió á un abencerraje

que avanzaba hácia él y que alcanzó la misma suerte que el zegrí.

Entonces los seis caballeros restantes caracolearon en torno del toro, que como protegido de un poder superior, burló sus rejonés, se ensangrentó en los ginetes, los puso fuera de combate, arrolló á los alguaciles y se hirió acometiendo inútilmente á los almogawares y á los esclavos de la guardia negra, que le recibieron con la punta de sus largas picas, muchas de las cuales se rompieron al empuje.

Cuatro caballeros de la tribu de los mazas, y otros cuatro de la de los gomeres penetraron en el coso, demandaron licencia y partieron para el toro:

Éstos como los otros cayeron; el terror cundió, el toro era dueño de la arena; nadie parecía ante él: entonces como el atleta que tras un combate se prepara con el descanso para otro, se echó en tierra, y con el oído atento, la vista inquieta y las orejas enhiestas, esperó.

Deshonroso era para los caballeros granadinos contemplar impasibles un coso abandonado, en que un toro se atrevia á reposar con tan inaudita é insufrible insolencia; la sangre hirvió en el corazón de algunos, que confiando en su brazo y en su buena estrella, cabalgaron en las yeguas blancas que le presentaron los esclavos del mantenedor, y precediendo la licencia del rey entraron en liza.

De ver eran aquellos valientes jóvenes dis-

putando cada uno de por sí, merced á la velocidad de sus cabalgaduras, el honor de ser el primero en arrojar su rejon á la fiera preparada de nuevo al combate.

Triste era en verdad ver rodar por la arena á aquellos cumplidos caballeros, que en mas de una batalla habian ensangrentado el asta de sus lanzas hasta las manos, y habian dado dias de gloria á Granada venciendo á los cristianos.

Todos cayeron: arrollábalos el toro, como el vendabal doblega las mieses, y la fiesta era ya un objeto de horror.

Desvanecianse las damas; juraban los valientes; gritaba el populacho; affigia al rey la sangre de sus caballeros inútilmente vertida, y el toro en tanto se enseñoreaba de la liza poblada solo de cadáveres y moribundos.

El terror crecia; nadie osaba medirse con aquel terrible animal á quien el hierro no rendia y que se embravecia con el castigo.

Pasaba en tanto el tiempo: el mantenedor hizo sonar los clarines, y por medio de sus heraldos llamó en pregon por tres veces lidiadores.

Esperóse largo espacio; el rostro del rey se nubló; por primera vez tenia lugar en Granada el deshonoroso espectáculo de un peligro equivocado.

Entonces se abrió la valla, y Aben-Hamet, el gallardo mantenedor, apareció á pié, revuelto al brazo siniestro un alquicel, y desnuda en la diestra una ancha y larga espada.

Llegado era el momento del supremo esfuerzo. Un silencio profundo dominaba en las ba-  
laustradas, en los miradores y en las galerías.

En el estrado real, Zoraida, pálida como un cadáver, fijaba una intensa mirada en Aben-Hamet; Muza fruncia el entrecejo, y el rey parecía distraído y absorto en extraños pensamientos.

El caudillo abencerraje atravesó con gentil talante el coso, llegó delante del estrado, hincó una rodilla en la arena, arrojó lejos de sí el bonete, y dijo señalándolo á Zoraida:

—Por Allah, y por tu hermosura, noble sultana, que no cubriré con él mi cabeza, hasta que ponga á tus pies el airon de esa soberbia fiera.

—Que Dios te proteja, caballero, contestó ruborizándose la sultana.

Y Aben-Hamet trémulo de amor, ardiendo en sus venas su sangre de valiente, se dirigió al centro del coso, llamó al toro, le burló por tres veces, merced á su flotante alquicel, y al fin asestó á su cerviz la punta de su espada.

El toro partió: un momento despues hombre y bestia rodaron por la arena entre una nube de polvo; pero antes de que se desvaneciese el hombre se levantó sano y salvo, mostrando en su mano izquierda entre las plegaduras del alquicel, la espada ensangrentada, y en la diestra el ostentoso airon de brocado que un momento antes se mostraba sobre el toro, que

espiró arrojando un raudal de negra sangre por la ancha herida que habia abierto en su cerviz, al penetrar hasta la empuñadura, la espada del abencerraje.

El airon cayó á los piés de la sultana, y Aben-Hamet recogió su bonete, cabalgó en una yegua, partió al galope, y fué á esperar la salida del segundo toro.

La hazaña del valiente abencerraje habia causado tan profunda sensacion, que mil voces se levantaron para aclamar vencedor al gallardo caballero, y para pedir se le premiase por la sultana de la hermosura.

Pero Zoraida declaró por medio de un pregon que no podia concederse tal merced al que solo habia vencido en una prueba, y suspendiendo la salida del segundo toro, mandó se corriesen cañas.

La pleve murmuró: aun quedaban por correr doce toros, y prometíanse menos diversion en el juego que iba á tener lugar.

Cubriéronse con arena los rastros de sangre y todos se prepararon al próximo y menos peligroso espectáculo, olvidados ya de los horrores del primero.

Los clarines tocaron á cabalgar.

Á esta señal todos los caballeros que debian entrar en liza, bajaron de las galerías y de los miradores donde servian el amor de sus damas.

Eran solo de dos bandos :

Zegríes y abencerrajes.

Los unos salieron para tomar sus caballos por la puerta de la Al-Kaisseria, y los otros por la de Albolut.

Llegaba el momento que tanto temia el bizarro y prudente emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Aquellos dos linajes, enemigos á muerte, desde el dia en que Granada se habia dividido en bandos, de una parte por los hijos de la sultana Zoraya (11), de otra por Abu-Abdallah, hijo de la soberbia sultana Aixa, iban á encontrarse en una liza comun.

Muza, al par que esperaba generosidad y grandeza en los caballeros abencerrajes, todo lo temia de los zegríes, raza bastarda hija del desierto, con pasiones violentas como el soplo mortifero del semoum, traidores como el xacal de los arenales, y sedientos de sangre como el tigre real de Senaar.

El emir, noble y generoso caballero, cabalgó al primer toque de clarin, y se puso al frente de sus bravíos y feroces almogavares, con la visera calada, y afianzada su pica de dos hierros como para entrar en batalla.

Al segundo toque se abrieron las dos puertas, y de cuatro en cuatro, en muestra de torneo, deslumbrantes de galas y brocados, entraron en el coso zegríes y abencerrajes.

Ácaudillaba los primeros Mohamet-Adel-Zegrí.

Cabalgaban en potros del Atlas, de pura raza árabe, negros como la noche, fogosos como el

rayo, y veloces como el huracan; y habian robado los colores de su vestimenta á los abencerrajes para provocarles con este insulto.

Vestian aljubas, marlotas y almazares de brocado rojo y encarnado, y sobre su cabeza ondeaban plumas azules.

Los abencerrajes mostraban caftanes y tocas de brocado verde, señal de firme esperanza, y en sus ricas garzotas ondeaban largos airones amarillos como prendas de desagravio.

Del mismo color eran las gualdrapas de sus nevadas yeguas, y el pendon de su raza flotaba orgulloso de ser guardado por tan esclarecidos campeones.

Venia á su frente, envanecido con el gran triunfo que habia alcanzado ante la sultana de su alma, el jóven y apuesto Aben-Hamet, gallardeando sobre una yegua de Persia, blanca como una pluma de cisne y voladora como ella.

Elebose en el espacio el tercer alarido seco y vibrante de los clarines.

Pareció que su estridente son derramaba un intenso fuego en ginetes y cabalgaduras.

Lanzaba el sol brillantes destellos sobre las lucientes armas; brillaban con el odio los ojos de los enemigos linajes, y así, procurando ser cada cual el mas gentil entre tantos gentiles hombres, llegaron caracoleando delante del estrado real, é hicieron doblar las rodillas ante Zoraida á los adiestrados brutos.

La sultana sonrió, dominando la mortal an-

siedad que reinaba en su alma, y arrojó sobre la liza su baston de oro.

A aquella seña, las cerradas masas de abencerrajes y zégries, se abrieron en anchos círculos, pasaron como una cascada de oro y seda junto á los estrados, partieron el sol, y se colocaron frente á frente y de cuatro en cuatro unos contra otros.

Jóvenes y hermosos pajecillos les sirvieron cañas, y sonó el toque de arremetida.

Entonces se pusieron de nuevo en movimiento los dos brillantes escuadrones.

Cruzáronse en todas direcciones, y una nube de cañas adornadas de lazos y pendoncillos, volaron del centro á las estremidades y se quebraron en las adargas enemigas.

Y gineteaban formando caprichosos arabescos y círculos entrelazados; y se unian y volvian á acometerse en una concentracion y dilatacion continúa, y las damas arrojaban flores al coso, y los caballeros aplaudian, y la plebe lanzaba de una manera informe su grito de entusiasmo.

Pero de repente escuderos de los zégries cargados con haces de picas de combate, saltaron la valla y se acercaron á los caballeros.

La traicion mostraba su faz al descubierto; las cañas se tornaron lanzas y un abencerraje cayó por tierra arrancado de los arzones herido de muerte.

A esta alevosía los abencerrajes corrieron al escuadron de los almogawares que á una



seña de su caudillo Muza los proveyeron de picas de batalla.

El rey se alzó sobre su asiento y lanzó en vano entre los contendientes su baston de oro; los abencerrajes bizarros en demasia para esquivar un duelo á muerte, cargaron sobre sus enemigos á pesar de no llevar mas defensa que sus vestiduras de seda.

Aben-Hamet fué el primero que lanzó sobre Mahomet-Adel-Zegrí su lanza de dos hierros.

El arma dió de lleno en el pecho del zegrí, pero rebotó haciéndose astillas contra el coselete que ocultaba bajo el brocado de su aljuba.

Otro tanto aconteció á los demas abencerrajes, mientras las picas de los zegríes derribaban por cada bote un hombre en tierra.

A aquella nueva alevosía, los gritos de

—¡Traicion á los abencerrajes...!

—¡Venganza á los zegríes..! llenaron el coso é hicieron tomar parte por uno ú otro bando á los caballeros que asistian á las fiestas.

La plaza ofrecia un espectáculo imponente; cuando al llegar la hora de adohar (*medio dia*), los parciales de los zegríes penetraron en el coso forzando las guardas de las puertas, las damas huyeron de los estrados y las galerías, y los hombres de aquella ciudad de valientes, los que conocian la generosidad y la justicia de los abencerrajes, se lanzaron á la liza á rechazar los traidores que gritaban:

—¡Muerte al rey Abu-Abdallah y á los aben-cerrajes!

Entonces cuando el combate se hacia forzo-so, cuando todos los buenos musulimes se agru-paban en torno del rey, que superior á su in-dolencia cabalgaba tras de su bandera como en un dia de batalla; vióse al emir Muza Ebn-Abil-Gazan erguirse, aplicar los acicates á su caballo, blandir su pica vencedora y gritar con una voz que dominaba el tumulto.

—¡Afuera: yo solo basto para esos traidores! ¡afuera!

Y embistió á los zegríes, enfilando á su cau-dillo Mahomet-Adel-Zegrí.

—¡Ah! ¡eres tú, gritó, miserable, renegado, causador de la rota de Lucena y de los bandos civiles! ¡toma, perro infiel, toma el precio de tu alevosía!

Y recibiendo en su adarga damasquina un bote del zegrí, le lanzó fuera de su caparazon de guerra atravesado á pesar de su coselete, de una lanzada.

Luego envistió espada en alto á los rebeldes. Ni el vendabal que abate los cedros, ni el rayo que derrumba las torres, ni el torrente que desquicia las rocas, hubieran sido bastan-te á igualar la rapidéz con que el emir derri-bó y dió muerte á los que se opusieron á su paso.

Cundia el motin; Muza hizo sonar sus trom-petas; adelantó su valiente pendon, y los almo-

gawares cayeron como una tempestad sobre los traidores.

Los zegríes huyeron vencidos á encerrarse en el castillo de Bib-Ataubin, llevando entre ellos el cadáver de su caudillo Mahomet-Adel-Zegrí, y los de los suyos que no pudieron salvarse, fueron esterminados por los leales servidores del rey Abu-Abdallah.

Sangre, cadáveres, arneses y armas rotas, he aquí todo lo que quedaba de la hazaña de los zegríes.

El rey tornó á subir á su estrado, y Aben-Hamet, siempre sereno, siempre enamorado, hacia volver en sí á la sultana que se habia desvanecido ante aquellos horrores.

Zoraida abrió sus hermosos ojos y miró con la espresion de un profundo agradecimiento al abencerraje.

— Esta noche en Generalife; murmuró en su oido el enamorado mancebo.

La sultana se ruborizó y calló.

Poco tiempo despues el rey y la sultana, rodeados de los abencerrajes y de los almogawares, acompañados de Aben-Hamet y de Muza, se dirigieron á la Alhambra, seguidos de una comitiva cuyas galas iban cubiertas de polvo y sangre.

Apenas entró el rey en el alcázar, un caudillo de los zegríes acompañado de un trompetero y mostrando una bandera blanca demandó platicar con el rey.



*El Ciprés de la Sultana.*



**J**ARDIN de delicias, fuente perenne, eco de armonías, bosque de amores y lugar de zambras era Generalife cuando Granada regia á un reino poderoso.

Y en sus enramadas de laureles cantaban las aves, y nunca las atravesaban los ardientes rayos del estío, ni las heladoras nieves del invierno.

Nadaban en sus estanques peces de colores, y sus cascadas se derrumbaban, trayendo hasta los apartamientos de oro de sus magníficos retretes sublando rumor, que convidaba á un sueño de paz y de delicias.

Allí crece el gigante ciprés, plantado para servir el capricho de una esclava, por el magnífico rey Abul-Walid (12), y á sus piés se tienden bosquecillos de rosas y mirtos hasta el borde de un ancho estanque de aguas cristalinas.

¡Cuántas citas de amores ha velado con el silencio de la noche y las sombras de las enramadas, aquel gigantesco árbol trasplantado á Granada desde las montañas de Jericó!

¡Cuántas veces el puñal de un amante ha grabado en su dura corteza el nombre de una dama gentil y adorada, y cuantas la mano del extranjero ha arrancado una astilla de aquel árbol histórico!

Aun vives, monumento de una raza desgraciada.

Aun tu altísima copa se eleva sobre los grupos de torreones como un verde alminar conservado por la mano de Dios sobre la tierra bendita de Granada, cual mudo testigo de su grandeza en otros días que pasaron para no volver.

Solo te conoce el sol.

Ese sol tan brillante en Andalucía á quien solo puede destruir la mano de Dios, y que al trasmontar con la tarde te lanza su lánguido rayo que te es tan conocido.

La luna te envia cada noche serena su beso de amor, y cuando ausente en otros emisferios no te da su blanca y vaporosa luz, las estrellas te saludan trémulas, viejo árbol que has dado

verde alcázar á generaciones de pájaros y á cuyo pié se deslizan los vencidos y aun pasan las razas de los vencedores.

Sultanes y esclavos, reyes y príncipes, los de cerca y los de lejos, se han detenido junto á tí, y algun caduco anciano ó cándida doncella, les han contado una historia de amores acaecida á tu sombra durante una noche de luna diáfana y serena como los ojos de Dios.

Yo quiero guardar entre mis cantares esa historia, triste y lánguida como un suspiro, vagorosa y perdida como un recuerdo.

.....  
Era ya tarde; los mudenes habian lanzado en el espacio desde los alminares su piadoso clamor llamando á los fieles á la oracion de alajá (*despues de anocheecer*), la noche de aquel dia funesto, en que sangre de valientes habia teñido la arena del coso de Bib-Rambla.

Y era una de esas serenas noches en que al tibio resplandor de la luna se aduerme el hemisferio sobre que impera, convidando á la meditacion ó á los amores.

Las brisas arrastraban blandas y perfumadas sus alas impalpables entre los jardines, y las aguas se derrumbaban en sonoro rumor que iba á perderse en las altas y oscuras frondas donde dormia el genio del misterio.

Generalife relumbraba, proyectando sobre sus pizarras un vapor de luz semejante á una aureola fantástica.

Lámparas preciosas de caprichosos colores, colgaban de las cúpulas de las galerías entre las cuales vagaban damas y caballeros cubiertos de espléndidas galas de fiesta.

Allá en los perfumados retretes se elevaba el alegre son de la zambra, y danzaban hermosas jóvenes, y reinaba una alegría tal, que era imposible presumir que en la tendida vega tras los muros de Santafé, apagadas las hogueras y en silencio velaba el cristiano, á no ser por el vigilante grito de alerta del atalaya, que desde las fuertes murallas de la Alhambra y del cerro del Sol, se elevaba confundiéndose con las armonías del sarao.

El rey Abu-Abdallah y la sultana rodeados de sus damas y caballeros, se entregaban al parecer á un contento que solo mostraba su semblante.

Su espíritu estaba cubierto de una lúgubre tristeza.

El veía ante sí, reunidas como amigas, á las tribus, enconadas en añejas enemistades. Abencerrajes y zegrías, los mismos que aquella mañana se habian acometido en un campo de sangre, danzaban al par bajo la cúpula de una misma cámara, como si olvidados los odios, hubiese tendido sobre ellos sus alas el genio de la paz.

Ella, contemplaba á Aben-Hamet que fijaba en su faz hermoseada por el rubor, su encendida mirada, y temblaba recordando su cita de amores.

—Esta noche en Generalife, junto al ciprés de Abul-Walid, la habia dicho.

Y era llegada la hora :

Zoraida amaba al rey como esposo, y era imposible que le hiciese traicion, al par que la bizarría y la generosidad de Aben-Hamet la causaban lástima y respeto.

No era culpable el desdichado si sus ojos habian bebido tósigo de amores en la hermosura de la sultana.

Su vida no debia durar mas que su esperanza, y Zoraida la dilataba acaso con imprudencia, tal vez á impulsos de un recóndito y misterioso amor que no se atrevia á confesarse á sí misma.

Y ya era la hora; los ojos de Aben-Hamet la demandaban el cumplimiento de su promesa.

He ahí porqué los espíritus de Abu-Abdallah y de Zoraida estaban envueltos en una nube de tristeza.

El rey irritado por la traicion de los zegríes, ansió hacer un terrible escarmiento; pero ellos, astutos como la serpiente, viendo malogrado su intento por la fuerza, enviaron un mensajero al rey precedido de una bandera blanca, y escudados con la santidad de la fe mulsumana, á protestar de su crimen haciendo recaer su peso sobre su muerto caudillo Mahomet-Adel-Zegrí, rindiendo de nuevo homenaje al rey, presentándole en rehenes sus hijos y

demandando una reconciliación con los ofendidos abencerrajes.

El rey admitió los rehenes, llamó juntó á sí los agraviados, les exhortó al perdón y á la paz, y los abencerrajes, siempre hidalgos, siempre generosos, aceptaron con los brazos abiertos á un enemigo que llegaba hasta ellos prosternándose, sin ver el puñal que ocultaba á sus espaldas.

Una zambra en Generalife aquella misma noche, fué el lugar donde debía anudarse una amistad que nunca fué mas que un velo de traición por parte de los zegríes.

Por eso Generalife mostraba sus torrecillas iluminadas, y las bandolinas, las guzlas y las dulzainas mezclaban sus armonías al rumor de las cascadas y al gemido de las frondas, que se agitaban con el vuelo de las auras.

El jardín donde se alzaba el ciprés de Ábul-Walid, distante de la cámara donde estaba la zambra, había sido olvidado, y su estanque iluminado por la luna, perdía sus reflejos en las altas arcadas y en las bóvedas de los laureles.

Todo allí respiraba silencio y misterio; el eco de la música y de los cantares, llegaba perdido, vagoroso, indeciso como un suspiro de felicidad.

Cuatro sombras aparecieron en el oscuro fondo de la galería, y departiendo misteriosamente, atravesaron el claro de la luna y se per-

dieron entre la espesura de laureles, mirtos y rosales que rodeaban el ciprés.

Oíase el rumor ininteligible de sus voces contenidas por la prudencia en una plática aca-lorada, pero de repente resonaron recatados pasos en la galería, y un gallardo moro entró en el claro alumbrado por la luna y se detuvo en el borde del estanque.

Sus hermosos ojos, mas brillantes que el bro-cado que vestia, se elevaron al firmamento y se fijaron en la luna con una espresion impreg-nada de amor y de esperanza.

Era el caudillo abencerraje Aben-Hamet.

Pasó algun tiempo; el enamorado mancebo paseó impaciente á lo largo de los jardines, atento el oido, palpitante el corazon y fija la vista en la galeria.

Al fin sintióse sobre el pavimento el resba-lar de una crugiente seda, destacose una for-ma aérea entre lo oscuro, y una mujer pálida y recelosa, cubierta con un velo, adelantó, y como si no hubiese reparado en el abencerraje, asen-tó sobre el césped al pié del ciprés, y echó el velo á su espalda.

Era la sultana.

Su semblante pálido, mas pálido por la blan-ca luz de la luna, nacarado y terso como una perla, orlado por sus negrísimos cabellos, que caian en desórden como un ancho pabellon perfumado sobre su voluptuoso cuello y sus hombros desnudos, parecia dominado á un

tiempo por la languidez del amor, y el terror de la mujer pura que corre un velo de sombra sobre el honor y el corazón de su esposo.

Levantábase su seno cubierto de deslumbrantes joyas, en una conmoción profunda, lenta, bastante á marcar el estado de su alma de mujer, y de mujer en cuyas venas corre sangre árabe, á impulsos de un amor contenido largo tiempo, desconocido hasta el momento de la prueba, escitado por las miradas de un hombre hermoso y amado, en medio de las voluptuosas armonías de la zambra, delante de torbellinos de hermosísimas damas y gentiles mancebos, á la luz de lámparas de alabastro y oro, sobre blandas alcatifas y á través de los perfumes de Oriente.

Amor perdido en un lánguido misterio, velado por las alas del arcángel de la pureza, tranquilo como las aguas de un lago, profundo como el abismo, é indeleble como la marca puesta por el dedo de Dios sobre el semblante del justo.

Amor no conocido, bello como las ilusiones, vaporoso como las nieblas, grato como la fuente del oasis á la sedienta caravana del desierto.

La sultana habia sido arrastrada por él hasta el pié de aquel funesto ciprés, mudo confidente de amores misteriosos, y allí envuelta en el silencio, á la luz de la luna, al soplo de las brisas que agitaban las flores y las enra-

madras, robándolas su puro y silvestre perfume, rasgóse el velo que cubria su alma, y apareció ante ella por primera vez una pasión intensa, ardiente, que absorvía su ser, y comprimía su corazón y coloraba sus mejillas.

Un abismo se había abierto de repente ante los pies de la sultana, y quiso detenerse á su borde.

Quiso huir recurriendo al amor de Abu-Abdallah; pero la memoria del rey palideció en su alma; quiso recordarsu pasión y solo encontró yelo sobre el volcan apagado; quiso fingirse jóven y hermoso, deslumbrante de grandeza y majestad como en los días de sus desposorios, y al abrir los vacilantes ojos, solo vió ante sí á Aben-Hamet tembloroso como ella; como ella alterado el semblante; ardiendo como ella en el fuego de una pasión insensata.

Nublóse el espíritu de la hermosa, pretendió huir, pero tropezó en el abencerraje arrojado á sus pies; quiso retroceder, pero sintió sus manos asidas por manos convulsas y unos labios ardientes posados en ellas.

Zoraida cayó sin fuerzas, rendida á su amor, sobre el césped que rodeaba al ciprés.

En aquel momento en que entrambos amantes solo tenían ojos para sí mismos, los cuatro hombres que estaban ocultos entre la espesura, salieron de ella en paso silencioso, y se perdieron á lo largo de los jardines por la parte opuesta á la galería por donde habían entrado.

Aben-Hamet permanecía aun á los piés de la tentadora hermosura, y la decia con el acento del amor inspirado:

—Al fin, sultana, te ven mis ojos, sin que la mirada importuna del mundo, les fuerce á apagar el fuego que arde en mi alma y rebosa por ellos.

Al fin te veo frente á mí, ruborosa, y la agitación de tu seno, cuya blancura vence á la del nácar, es para mí mas grata que el jardin de Hiram, cuando aparece en sueños al errante peregrino del desierto.

Alza tus ojos gacela, y pósalos en mí; ellos son la lumbre de mi vida, la estrella esplendorosa que alumbra la oscura noche de mi destino.

Tú me amas, hurí, porque tu mano tiembla entre la mia y no la retiras; porque tu redondo talle se estremece al contacto de mi brazo.

Tú eres mi esposa, sultana; el genio del amor ha tendido sobre nosotros sus alas, y la ambrosia del edém rebosa de tu boca y me envuelve en un fuego intenso.

Ámame, sultana, como yo te amo; ámame, y yo pondré á tus plantas los imperios de Oriente y Occidente.

Cuando yo recuerde en el combate la mirada de amor de la esposa, mi espada será un rayo; la muerte envidiosa de mi felicidad, volará en vano junto á mí.

Zoraida callaba; dominábala lo intenso del

insensato amor del abencerraje, una nube de olvido la envolvía.

Aben-Hamet continuó alentado por aquel silencio.

—¡Garza real aprisionada entre las garras de un cobarde gerifalte! (1) mi caballo ha corrido por tí desde las remotas regiones queridas del sol, hasta las tierras sobre que descansa en la mitad de su carrera; no ama tanto la luz al día y el mar á las brisas como te amo yo; yo, que he travesado por tí desde el Oriente al Mediodía.

¡Oh y que hermosa eres, sultana! Una sola mirada de tus ojos vale mas que cien siglos de gloria, y el perfume de tus cabellos es mas suave que el que exhala de su cáliz el tulipan de la Siria.

¡Ven conmigo, hermosura real; mi blanca yegua al sentir el peso de tu hermosura, piafará mas orgullosa que si le confiasen un tesoro!

Ven, mis valientes abencerrajes te esperan; tú los verás adelantar á la carrera sobre sus caballos de Persia, como una bandada de águilas, y besar la orla de tu túnica y las huellas de tus piés.

Ellos te harán tecar sus espadas para hacerlas invencibles, y luego les verás alejarse y acometer al Oriente, y vencer y arrojar á tus piés los tesoros que habrán arrancado á los vencidos.

(1) Ave de cetrería.

¡Ven, alegría de mi alma, y yo daré á tu hermosura un trono mas poderoso que el de Abu-Abdallah.

El nombre del rey pronunciado por Aben-Hamet arrancó á Zoraida de aquel sueño de amores, y llevó ante ella la severa sombra de sus deberes.

—Yo he soñado, dijo: yo he oido la dulce armonía de los romances de mi juventud.

¡Ah, eres tú, Aben-Hamet! qué quieres, solo, á los piés de la sultana.

Los esclavos del rey velan, y tu cabeza está mal segura en los hombros.

Déjame, vete; que el vasallo no se oponga al paso del señor que puede hollarle.

Zoraida pronunció estas palabras con una espresion de orgullo y de indiferencia tal, que tembló de vergüenza y de cólera Aben-Hamet, y se creyó cogido en un lazo por sus enemigos.

En su insensatez de amante despreciado, la cita de la sultana para él, en aquel apartado sitio, solo fué una oscura emboscada, una traicion inaudita y vergonzosa.

—Sultana, dijo; ¿si no me amas, por qué me has traído aquí? ¿por qué has venido sola y en el silencio de la noche á este apartado jardin donde todo convida al misterio y á los amores....?

¿Es que para tí no basta el nombre de un caballero?

Yo lidiaré hasta reconquistar el trono de

mis abuelos, y serás sultana del Magreb <sup>(1)</sup>, desde el estrecho de Geb-al-Taric, hasta las vertientes del Atlas y los linderos del gran desierto.

—Aparta, exclamó la sultana herida en su orgullo: aparta, vasallo; para ser sultana me sobra un trono; para ser noble y leal á mi rey y á mi esposo, arde en mis venas la sangre real de Ismail.

Aparta y vete.

Si la sultana te ha traído en el silencio de la noche al pié del ciprés de Abul-Walid, ha sido para robar á tus insensatos amores hasta la última esperanza; para decirte, que marchas sobre una senda resbaladiza que conduce á un abismo de sangre.

—¡El cuervo grazna, exclamó con tristeza Aben-Hamet; y la hora se acerca!

¿No oyes vibrar en el espacio lúgubres rumores?

Son las alas del arcángel de la muerte que tiende su vuelo hácia el mal aventurado Aben-Hamet.

Guárdete Allah, sultana; si mañana al aparecer en el Oriente el lucero de la tarde, ves pasar ante él una nubecilla roja, ese será mi espíritu, luz de mis ojos, que esperará trémulo de amor una sola mirada de compasion.

Y la voz del abencerraje temblaba, y sus mejillas parecian de cadáver, y sus ojos hundi-

(1) Poniente de Africa.

dos en sus órbitas, lucian con un brillo sobrenatural.

Zoraida tuvo miedo y tembló; una sombra funesta pasó ante su espíritu, y un velo de lágrimas nubló sus hermosos ojos..... la mujer triunfaba de la sultana, y el amor á que el destino la impulsaba levantaba la voz en favor de Aben-Hamet.

—¡Morir! dijo con voz trémula; ¡morir! ¿y por qué?

—Lo que está escrito se cumple; dijo tristemente el abencerraje; ¿acaso puedo yo vivir en las tinieblas de la desesperacion sin tu amor?

¡Oh! yo no te buscaba cuando vine á Granada con mi tribu de África; yo no sabia que la Alhambra seria para mí como un vaso de oro que encerraba tósigo de muerte para mi espíritu.

Y los sabios de mi patria me habian dicho:

El alcion de África volará al Occidente, buscando aires mas puros, tierras mas frescas y tapizadas de verdor.

Tenderá sus poderosas alas, y llegará al pié de una roca donde anida una garza real.

Y la garza, causará la muerte del alcion, porque le amará, y apartará dél sus ojos que posará en los de un cobarde gerifalte.

Y el gerifalte verterá con traicion la sangre del pájaro viajero y peregrino, y velo de sombra se tenderá sobre él.

Te ví y te amé, sultana; te ame como ama el niño el regazo de su madre, como el ciego la luz, como el pobre la esperanza: te amé como amamos los hijos de África, de una vez y sola una vez.

Á Dios; lo que está escrito se cumple; el alcion ha visto á la garza real, y el gerifalte acecha.

¿Acaso puedo vivir?

No; insultaré á los zegríes y me matarán.

Y si quiero morir con gloria ¿no velan en el real cristiano, sedientos de sangre mora, ese famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba, el bravo Ponce de Leon, el conde de Cabra y don Alonso de Aguilar el valiente?

A Dios, sultana, el cuervo grazna y la hora se acerca.

Y demudado, frenético, Aben-Hamet tomó el jardin adelante.

La sultana, aterrada por la exaltacion del abencerraje, no pudo contener su llanto.

Aben-Hamet se detuvo al escucharle, tornó la faz al sitio donde dejó á Zoraida, y hallola sentada al pié del ciprés, oculto el rostro entre las manos.

El bravio africano sintió por la primera vez subir el llanto á sus ojos, y desandando el camino, se acercó á la sultana y se arrodilló á sus piés.

— Lloras, luz de mi alma, la dijo; ¡ Oh! ¡ cada lágrima tuya vale un torrente de sangre! ¡ tú

me amas, hurí, y el dolor contrista tu espíritu! pronuncia una sola palabra, y mi espada será un rayo que romperá cuanto se oponga á nuestro amor.

Mira; yo tengo para tí en otras regiones, alcázares, á cuya sombra vivirás para mí; para mí, que velaré en los muros de sus torreonnes para defenderte de ese rey á quien tanto temes.

Ven conmigo; yo ceñiré á tu talle chales de Persia, y á tu cuello perlas, y diamantes á tu cabellera; te servirán doncellas hermosas, cautivadas para tí en las tierras del cristiano, y te guardarán mis valientes abencerrajes.

¡Oh! ven conmigo, sultana, y seré tu esclavo, y si te place, romperé mi espada de caballero y daré libertad á mi valiente corcél de batalla.

Ven conmigo, y tuyo será mi destino como es tuya mi alma.

Zoraida se levantó lentamente; sus ojos habian devorado las lágrimas; su mirada brillaba tranquila, grave, inspirada.

Su hermosa y blanca mano apartó de su frente nacarada las negrísimas trenzas de sus cabellos.

—Aben-Hamet, dijo con voz lenta y solemne; antes de conocerte, vivia resignada con mi destino; amaba á mi esposo; amaba á mis hijos.

Dormia tranquila sueños sin afan ni ambicion, velada por los tapices del divan real; y

las flores tenían para mí perfume, encanto y frescura la alborada, majestad el sol cuando se ocultaba entre ráfagas de escarlata, tras las distantes y azuladas montañas.

¡Oh! añadió elevando su mirada al cielo; yo era feliz, y el genio de los buenos sueños descendía para mí del séptimo cielo rodeado de hadas y amores.

Pero te ví, cuadillo; te ví, las mejillas doradas por la sangre árabe y el sol del África; te ví gentil mancebo, bravo justador, cumplido caballero.

Pasaste bajo mis miradores, bello y galán, acaudillando tus generosos y valientes abencerrajes, y desde entonces ¡oh! no bajó ya para mí el genio de la paz; ni el sol, ni la alborada, ni las flores me halagaron; los pasos de mi esposo me estremecían, las puras frentes de mis hijos me avergonzaban; ¡tú estabas siempre delante de ellos, y yo te veía como á un hermano á quien se ama con el dulce amor de la pureza!

Pero yo debía rechazar aquel amor.

Quise vencerle, y creció; quise al menos contenerle, y se desbordó.

Tus romances cantados al son de tu guitarra bajo mis ajimeces, acabaron de rasgar el último velo de mi pureza, y me estremecí; quise verte de cerca para descubrir en tí algún defecto que me desencantase, y solo hallé nuevas prendas que admirar.

Te trage aquí para mentirte, para curar tu amor con el desprecio, y me has vencido Aben-Hamet.

Yo te amo como á mí misma; no, mas aun: como á la memoria de mi madre, cuya bendita faz veia entre mis sueños antes de conocerte.

Te amo mas que á mi honor, pero.... ¡vete!

La pérdida de mi nombre de honesta, la mancha lanzada por mí sobre mi esposo, sobre mis hijos, me mataria, y me mataria de una manera desesperada.

¡Oh! si me amas Aben-Hamet, déjame un recuerdo de tu hidalga compasion, de tu honra de caballero.

Calló la sultana, y el abencerraje la contempló un momento con tristeza; luego se apartó de ella, cortó algunas rosas blancas, tejió una corona y acercándose á Zoraida la puso sobre su cabeza.

—Guarda esa prenda, alma mia, la dijo, como un recuerdo de mi amor; guárdala, y si alguna vez encuentras la tumba de Aben-Hamet, ponla sobre ella en testimonio de que no me has olvidado.

Inundáronse de lágrimas los ojos de Zoraida.

—¡Oh! ¡si fuese posible, le dijo, trocar esta corona por la de oro que ciñe á mi frente el rey!

En aquel momento, un semblante horriblemente contraído por el furor, asomó iluminado

por la luna, entre los rosales que rodeaban el ciprés.

Era el rey Abu-Abdallah.

Tras él, ocultos en la enramada, se veían cuatro hombres.

Zoraida y Aben-Hamet se alejaban á lo largo de la galería, y al fin sus sombras se confundieron en lo oscuro.

El rey saltó furioso como una pantera de su acecho, de entre los rosales, al sitio que acababa de dejar la sultana, desnuda la espada y demudado el semblante.

Los cuatro hombres saltaron tras él y le contuvieron.

Eran Mahomet-Zegrí, Hamet-Zegrí, Mahandon-Gomel y Mahandin, enemigos encarnizados de Aben-Hamet.

—Detente, señor, dijo Hamet, si quieres vengarte; es necesario que perezcan todos los abencerrajes, porque todos son traidores.

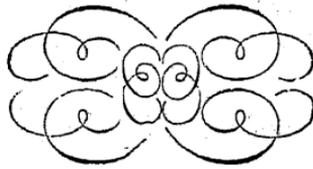
—Si, por Allah, gritó el rey; id mañana á acompañar á miverdugo á la Cámara de los Leones (13).

Y apartándose de ellos, se perdió en los jardines, y por revuelta senda entró de nuevo en el retrete de la zambra, con el semblante sereno y la mirada radiante, diciendo al pasar amores á las damas, y sonriendo afablemente á los abencerrajes.

Antes de que terminase la fiesta, Aben-Hamet y los suyos recibieron un mandato del

rey, que los convidaba al día siguiente para un sarao en la Cámara de los Leones.

.....  
Desde aquella noche en que Zoraida escuchó entre las enramadas el amor de Aben-Hamet, solo se conoce el viejo árbol de Abul Wallid, con el nombre del Ciprés de la Sultana.





### *La Cámara de los Leones.*



**H**ABIA elevado apenas su frente el sol tras la cumbre de Geb-el-Solair, cuando bajo la estrellada cúpula de la Cámara de los Leones en el fondo de uno de sus alhamies <sup>(1)</sup> sobre un divan de púrpura, sombrío, pálido, amenazador, aparecía el rey Abu-Abdallah, el día siguiente á aquella noche en que Zoraida y Aben-Hamet habían sondeado hasta su terrible inmensidad el insensato amor que ardía en sus almas.

La cámara estaba solitaria; su puerta y el

(1) Alcoba.

alhamí frontero á aquel en que asentaba el rey, cubiertos con tapices rojos.

La fuente colocada en el centro del pavimento, no hacia brotar sus límpios raudales, y el sol penetrando tenuemente tras los dobles transparentes de la cúpula, inundaba los muros en un resplandor fatídico, dejando en sombra los alhamies.

Dominaba un silencio profundo solo interrumpido por el paso de los esclavos que guardaban la cámara en las galerías del patio de los Leones, ó por el duro resonar del cuento de una pica que caía sobre el pavimento de mármol.

Abu-Abdallah parecia medir el paso del tiempo con impaciencia, como si su lentitud torturase su alma.

Vestia el sayo negro emblema de la dignidad real; ceñía su malhadada espada de combate, y entre su toca revuelta se dejaba ver su corona de rey, cada uno de cuyos flórones podia contarse por una ciudad ó una villa de su reino conquistada por el cristiano.

Sus ojos en que campeaba la espresion de la mas refinada crueldad y del odio mas intenso, se fijaban alternativamente en la puerta de la cámara y en un tapiz que velaba el alhamí situado frente á él.

Al fin resonaron pasos en la galeria, levantóse el cortinaje del esplendente arco de entrada, y un hombre jóven, hermoso y gentil

entró, adelantando sobre las alcatifas que se tendían al pié del divan del rey, y se prosternó ante Abu-Ábdallah.

Su traje era magnífico; su semblante reposado estaba cubierto por un velo de tristeza.

—Guardete, Allah, poderoso señor, dijo dirigiéndose al rey; ¿qué quiere el real león de su vasallo?

Abu-Ábdallah se levantó lentamente del divan, atravesó con pasos cortos y cautelosos la cámara, alzó recatadamente el tapiz que cubría el alhamí frontero, y sonrió de una manera cruel; luego fué á la puerta de la cámara y miró á las galerías: una línea de feroces esclavos africanos las ocupaban apoyados en largas picas.

Después requirió bajo sus ropas el temple de su cota de malla, y tornó á sentarse en el divan, replegándose sobre sus rodillas como el leopardo que se contrae para lanzarse sobre su presa.

Aben-Hamet previsor y valiente, creyó entrever un peligro en torno suyo, pero ni un solo músculo de su semblante se alteró; permanecía prosternado ante el divan, y el rey fijaba en él una mirada profunda.

Pero lentamente aquella mirada fué perdiendo su sombría espresion, á la manera que el sol desvanece los impuros vapores de la tormenta.

Su rostro blanco, pálido y hermoso apareció

al fin con la indolente y lánguida sonrisa habitual en Abu-Abdallah; sus cejas antes fruncidas, volvieron á su curva tranquila, y sus ojos miraron con una paz profunda á Aben-Hamet.

—Levántate, valiente caudillo, le dijo el rey; ayer una traicion oscura acometió á tu tribu, y justo es que yo ofrezca una prenda de desagravio á tan cumplidos caballeros.

Levántate, Aben-Hamet, y asienta junto á mí.

El abencerraje obedeció, y siempre noble y leal, creyendo sinceras las palabras del rey, sintió arder en su alma el fuego del entusiasmo.

Abu-Abdallah se mostraba como nunca complaciente; tomó la espada del abencerraje y ponderó su temple; luego del modo mas natural le arrancó el puñal de entre su faja y le guardó en la suya.

Aben-Hamet estaba desarmado.

Solo faltaba un paso.

El rey exageró su valor, le colmó de distinciones y al fin rodeó sus brazos á los hombros del abencerraje.

Ni halló loriga ni jacerina; seda y brocado era lo único que cubria los miembros de Aben-Hamet.

Pasaba el tiempo.

El rey habia sostenido la plática, recordando las hermosas mujeres que habian concur-

rido á la zambra de Generalife; las gallardas preseas, los motes de los enamorados.

Tenia miedo de acometer la traidora empresa á que habia sido arrastrado Aben-Hamet.

Al fin, sus mejillas palidieron, su alma comprimida bajo el velo del fingimiento, dió á sus ojos la espresion del odio, y su lengua no pudiendo sostener por mas tiempo palabras indiferentes, dirigió al abencerraje una plática temblorosa.

—Tú eres africano, le dijo; tú habrás pasado muchas noches á la luz de las estrellas, y habrás consultado á los sábios; habrás oido á los xeques de tu tribu contar terribles historias durante las largas noches de invierno, pero jamás habrá resonado en tu oido una tan terrible como la que vas á oir de boca de tu rey.

Estremecióse Aben-Hamet en un presentimiento incomprendible.

—Es una historia, triste para uno, bella para dos; es una historia de un rey burlado, y de una sultana, y un vasallo infieles: una bella historia, por Allah.

Dominóse Aben-Hamet, aunque empezaba á entrever la horrible verdad.

El rey continuó.

—¡Sí, por los siete durmientes! escucha:

Moraba en una ciudad, fuerte y poderosa, un rey, á quien todos llamaban, débil y cobarde; todos se mofaban de él..... á la espalda,

porque es fama que el tal rey llevaba sus venganzas hasta la crueldad.

Y este rey, solo, perseguido por su destino, abandonado por sus vasallos, receloso de sus esclavos, llegó á encontrar triste y solitaria su morada real: y ten en cuenta que nunca poderoso sultan ó respetado Amir, alcanzó á ver juntos tanto oro y tantos mármoles; tantos tesoros y tantas grandezas, como encerraba áquel alcázar, heredado de sus abuelos por aquel rey ruin y débil segun decian sus vasallos.

Y como el rey tenia corazon, corazon miserable, henchido de pasiones humanas, se dijo sondeando su corazon: buscaré entre las princesas de mi reino ó de regiones distantes una mujer hermosa, amante, de ojos brilladores y frente pura lo bastante para no palidecer bajo el brillo de la corona, y no estaré solo y abandonado..... y buscó y encontró.

Y á mano á fe, dentro de su misma tribu, en su misma familia, casi en su alcázar.

Y ella, la que debia ser sultana, escuchó ruborosa al anciano vissir que en nombre del rey la requirió para un alto destino, y aceptó.

Todo cambió; parecia que el enlace del rey y la princesa habia sido una evocacion mágica, porque despertaron de su inercia damas y caballeros, se prendieron las unas sus velos, dejaron los otros sus arneses de batalla, y hubo toros y cañas, sortijas y zambras.....fiestas magnificas.

Y todo pareció sonreír al rey.

Y pasaron muchas lunas, y la sultana le dió hijos.

Pero llegó un día fatal, en que un walí de tribu, un mozo de sangre real, como tú, hermoso y gentil tambien, afortunado y valiente como tú vino de regiones apartadas cabalgando delante de su escuadron de lanzas á servir á aquel rey que estaba en guerra con un enemigo poderoso.

Y el walí vió á la sultana; mas que eso, la amó, y aun mas, fué amado por ella, por la vil mujer que manchó entre un vergonzoso misterio la honra de su esposo.

La voz de Abu-Abdallah, habia llegado á ser lúgubre, acentuada, siniestra.

Aben-Hamet le escuchaba pálido de terror por Zoraida, y el rey continuó, dominando lo alterado de su voz.

—Pero una noche.....noche de fiesta; cuatro leales vasallos de aquel rey encontraron en el apartamiento mas sombrío de un jardin en uno de sus alcázares á la sultana en los brazos del walí.

—Mientes, gritó Aben-Hamet levantándose con energía; la sultana es mas pura, que infame la calumnia de sus cobardes acusadores.

—¡Oh! ¡conocias á esa sultana! dijo Abu-Abdallah por cuyos ojos pasó un relámpago de odio y de venganza, pues bien..... escucha, aun queda lo mejor de mi historia.

El rey vió tambien lo que los otros habian visto; vió el semblante de los culpables al rayo de la luna, y pudo haberlos esterminado allí, pero no le bastaba aquella poca sangre impura: necesitaba verterla á torrentes, porque aquel rey era cruel, muy cruel en sus venganzas.

Y se dilataron los ojos de Abu-Abdallah, como los del lobo que acorralla á su presa.

Aben-Hamet vió sangre en la mirada del rey, y dominado por su terror, pretendió lanzarse fuera de la cámara, pero al levantar el tapiz vió tras la puerta una triple hilera de africanos y almoravides.

Retrocedió, y olvidando que la cámara no tenia otra salida, se lanzó al alhamí cubierto por el tapiz; cinco hombres salieron de él; los cuatro eran los zегries y los gomerés acusadores, el quinto un feroz nubio desnudo hasta la cintura, rodeada la frente con un cendal rojo, y ceñido un ancho y corvo alfange.

Aben-Hamet cerró involuntariamente los ojos á impulsos del horror.

Aquel hombre era el verdugo del rey.

Abu-Abdallah asió al abencerraje por la aljuba, y le arrastó junto á sí; sus ojos centelleaban, sus mejillas estaban pálidas, y cárdenos y convulsos sus labios; su ronca voz era semejante al rugido de un tigre.

—Conoces mi historia, le dijo; pero aun no sabes los nombres! ¡oh! yo te los diré, pero prostérnate esclavo, delante de tu señor.

Y le arrojó á sus piés

Aben-Hamet dominado por su destino, aterrado por la fatalidad, que ceñía una aureola de muerte á sus insensatos amores, permaneció prosternado, inerte, ante Abu-Abdallah.

—¡Oh! dijo el rey, por Allah que la venganza es un placer infinito! ¡por Allah que cuando se tiene poder para hacer pedazos á un enemigo, se puede rechazar el mote de desventuradillo! ¡Yo soy el sultan de Andalucía! ¡Yo el esposo ultrajado, y tú..... tú el esclavo vil que escupes á la frente de tu señor, y que vas á morir con tu cómplice, con la hermosa Zoraida, con la sultana adúltera de mi leyenda!

—¡Ella! exclamó Aben-Hamet levantándose de repente en un ademan que hizo retroceder al rey; ¡ella tambien! ¡Oh! ¡no! Tú, rey, miserable traidor, eres el que va á morir, calumniador de mujeres, vil renegado que vendes tu patria..... ¡de miedo, por Allah!

Y se lanzó al rey para arrancarle su espada.

Abu-Abdallah dió un grito de espanto al sentirse asido por el abencerraje; pero á punto los cuatro testigos de aquella escena se lanzaron sobre él, mientras el verdugo conociendo llegado el momento de ejercer su oficio, desnudaba con una calma horrorosa su alfange.

Aben-Hamet sintió el frio de una puñalada en su pecho y cayó; el verdugo adelantó junto á él, fijó sus ojos en el rey que temblaba, como

el perro de montería que espera impaciente la voz de su señor.

—Su cabeza, gritó el rey descompuesto en su ira.

Aben-Hamet se levantó sobre sus brazos ensangrentados, quiso ponerse de pié y acometer á los que le acosaban, pero sus fuerzas menguaron, palideció su semblante y cayó de nuevo sobre el pavimento; hizo aun otro esfuerzo, miró con desprecio al rey y exclamó:

—¡Asesino! ¡maldigate Allah!

Su cabeza rodó por el mármol ensangrentándole de una manera horrible: el verdugo habia enrojecido ya su ancho alfange en sangre de valientes.

Lo que estaba escrito se cumplia: el gerifalte cobarde habia devorado al generoso alcion de África.

Y Abu-Abdallah se heló de terror ante aquella cabeza lívida, poco antes tan hermosa sobre los hombros del abencerraje, y la duda alligó su espíritu, y el remordimiento empezó á corroer su corazon.

Una nube impura pasó por delante de su alma; sus miembros se contrajeron; el olor de la sangre le irritó, y cayó en uno de sus terribles accesos de demencia.

—¡Todos! dijo con voz lenta y lúgubre; ¡que perezcan todos! ¿acaso no soy yo el sultan de Andalucía? Matadlos; son traidores; matad á todo el que pase esa puerta; que la sangre cor-

ra á lo largo de los cauces y vaya á enrojecer mis albercas de mármol.

Los zegríes y los gomerés notaban con un gozo infinito la exaltacion del rey.

—Pero repara, señor, le dijo Mahandon, que sino se ocultan las lanzas que están en las galerías, ninguno de los abencerrajes entrará, porque no es costumbre que haya jente de guerra en una zambra.

Ocúltalos, señor, y queden aquí solo treinta de nosotros y el verdugo, que para acabar con esos traidores somos bastantes.

Y así se hizo.

Y á poco un venerable anciano de la tribu de los abencerrajes, kadí de corte, nombrado Abu-Al-hakem, levantó el tapiz de la cámara, y se adelantó para prosternarse ante el rey; pero sus débiles piés resbalaron en la sangre del walí Aben-Hamet y cayó.

El abencerraje no tornó á levantarse, porque la muerte fué con él.

Y así uno tras otro fueron sacrificados al furor del rey y á la traicion de los zegríes, hasta treinta y seis abencerrajes, y todos hubieran sido esterminados, si el mismo crimen, oculto al parecer en la Cámara de los Leones, no se hubiere revelado por un rastro terrible.

Entraba á la sazón el walí Ebn-Alabéz en el alcázar, venia engalanado de fiesta, y adelantaba receloso y reflexivo á través del patio de los arrayanes; pero al pisar la galería que

conduce al de los Leones, sus ojos se fijaron con horror en el cauce que surcaba el pavimento.

Una ola de negra sangre avanzaba por él, tiñendo el blanco mármol de un color impuro, y aquella roja cinta de muerte emanaba ondeando de la Cámara de los Leones.

El abencerraje se estremeció de terror, detúvose irresoluto y escuchó; solo algun ahogado gemido se percibía en medio del silencio.

Instantáneamente, como la gacela que siente los perros sobre el rastro, Ebn-Alabéz tornó atrás, desnudó su espada, y á pesar de la guarda, hiriendo á diestra y siniestra mano, como el jabalí que se ve cortado en el sendero, ganó las puertas y de una sola carrera se lanzó en la Plaza Nueva.

No habia logrado esto sino á fuerza de valor y con grande escándalo y alboroto: el ruido de las armas, las imprecaciones y los juramentos, habian llegado hasta el rey y hasta la distante cámara de la sultana, que creyendo asaltada la Alhambra en uno de aquellos terribles motines que de continuo despedazaban á Granada, salió de ella temerosa, y llegó al patio de los Leones al par que el rey y los zegríes al de los arrayanes.

Do quiera ponía Abu-Abdallah la planta dejaba una huella roja; no habia zegrí sobre cuyo alquicel no hubiese una terrible muestra del asesinato.

—¡Que es esto, señor! dijo Zoraida al rey, ¿vienes herido, ó ha llegado la hora del acabamiento de Granada? ¡Oh! ¡y esa sangre que corre por los cauces....!

Y se lanzó á la Cámara de los Leones, y al levantar el tapiz salió de su boca un grito agudo, rasgado infinito, producido por el horror del espectáculo que vieron sus ojos.

La fuente de la cámara rebosaba sangre; un círculo de cabezas cercenadas y horribles la rodeaba, y en su ángulo, troncos inertes la mostraron en los trajes desgarrados los colores de los abencerrajes.

La cabeza de Aben-Hamet, en un refinamiento de crueldad, estaba pendiente de la cúpula, en una cadena de oro en vez de la lámpara de pórfito, cuyos rotos fragmentos aparecían esparcidos sobre el mármol.

Por un momento los ojos de la sultana estuvieron fijos en aquel mísero despojo; comprimiose su corazón, brotaron lágrimas sus ojos, palideció su frente amenazadora y sombría, y se lanzó rugiente como una leona á Abu-Abdallah.

—Ven, miserable; le dijo asiéndole con fuerza desesperada por un brazo; ¡ven! ¡mira frente á frente tu obra! ¡baña en ella tus miradas! ¡hazaña digna de tí y de los zegríes! ¡el lobo se une al lobo! ¡bien....! ¡yo creía ser la esposa de un rey y de un caballero, y en vez de él, solo encuentro un verdugo y un cobarde!

Abu-Abdallah miró sombríamente á la sultana, y su labios se contrajeron en una sonrisa amarga, convulsiva, horrorosa.

—¡Ah! dijo lanzando una histérica carcajada; ¡hoy es un buen día! ¡todos los traidores á la vez! ¡y tú también, sultana! ¡oh! ¡yo soy poderoso! ¡yo soy el sultán de Andalucía! ¡sangre! ¡sangre! ¡verted sangre sobre mi cabeza, porque arde y va á romperse! ¡tú también, sultana! ¡por los siete cielos de Dios, que este lecho no es menos bello que la grama de Generalife! añadió con acento horroroso, señalando el pavimento ensangrentado; ¡vas á morir, sultana, porque eres adúltera, y has arrojado mancha de infamia sobre la faz de tu esposo y tu señor!

Zoraida lanzó una profunda mirada de desprecio al rey y á los zegríes agrupados tras él; su severa frente se levantó orgullosa, magnífica en su indignación, y su voz serena, acentuada, dijo con majestad á los zegríes.

—¿Hay alguno entre vosotros, caballeros, que se atreva á decir, ni aun á pensar, que la sultana de Granada ha manchado su nombre limpio mas que el sol?

Callaron un momento los zegríes dominados por el soberbio talante de Zoraida, y el rey miró con impaciencia á los cuatro traidores causantes del asesinato de los abencerrajes.

Aquella mirada les decidió.

—Yo, dijo Mahandín adelantándose, en nom-

bre de estos tres caballeros (y señaló á Mahandon, á Mohamet y Hamet-Zegri), te acuso ante Dios y los hombres, sultana, de adulterio, traicion y complicidad con el abencerraje Aben-Hamet, contra el rey tu esposo y nuestro señor.

Estas palabras resonaron en medio de un silencio solemne, en presencia de los zegríes, de los gomeres y de los caballeros y esclavos de la guardia del rey, que le habian rodeado al percibirse el ruido del combate causado por el abencerraje Ebn-Alabéz.

Y la sultana sobrecojida por aquella imprudente acusacion, tornóse lívida de cólera, temblaron sus miembros, ardió en sus venas la sangre de su raza, y gritó con ronca y terrible voz:

—¡Mientes tú, villano y mal caballero, y los que contigo son; y yo, Zoraida, nieta y esposa de rey, apelo al juicio de Dios en la prueba del duelo, os llamo infames calumniadores, y á falta de guante, recibe tú Mahandin, en tu rostro de cobarde y asesino, el chapin de la sultana!

Y antes de que pudiera evitarlo, uno de los pequeños chapines de taflete de Zoraida lanzado por su blanca mano, azotó el rostro de Mahandin.

Aquel sangriento ultraje, era mas de lo que podia sufrir gente avezada á bravías pasiones, originaria de Africa, y feroz como los leones de su patria.

Las treinta espadas de los zegríes lucieron fuera de las vainas, interpúsose el rey, avanzaron los esclavos de su guardia, y el genio de la muerte se cernió sobre el alcázar codicioso de mas cadáveres.

Pero en aquel momento, un tropel de almogavares, precedidos de el emir Muza, penetraron en el Patio de los Leones con las ballestas armadas y las frentes cubiertas de sudor.

—Huye, señor; gritó Muza: el pueblo y las tribus amigas de los abencerrajes, han forzado las puertas de la Alhambra y llegan al alcázar; ¡escucha!

Un rumor sordo de voces, inmenso, rugiente, de entre el cual salian algunos disparos de arcabuz, llegaron hasta el rey.

Los cuatro acusadores palidecieron, envainaron sus espadas, asieron de Abu-Abdallad, y escaparon con él por un postigo de la sala de justicia, á tiempo que los sublevados rompian las puertas del alcázar.

Muza asió de la sultana desmayada, y salió con ella por la puerta de la *Torre de las Almenas* (1).

Los abencerrajes y las tribus sus amigas, seguidos de un inmenso populacho á quien habia irritado el asesinato de Aben-Hamet y de sus caballeros, inundaron el patio y la cámara de los Leones.

No quedó un zegrí ni un gomer con vida

(1) Hoy de los Picos.

de los que no pudieron escapar del alcázar.

Su infame traicion fué vengada hasta la saciedad, y cuando no encontraron á quien matar los sublevados, rompieron los divanes, las alkatifas, las lámparas y los perfumeros, abandonaron el alcázar, y los abencerrajes recogiendo sus mujeres, sus hijos, sus joyas y sus prescas, salieron en escuadron, los uuos para los reales de los reyes católicos, y los otros, fieles á su religion y á su nombre de caballeros, pasaron á África, de donde siete siglos antes habian venido sus abuelos para conquistar el Occidente, llevando consigo los restos del desventurado Aben-Hamet, que fué sepultado á la sombra de una palmera en el suelo de su patria.

.....  
Desde aquel terrible dia la Cámara de los Leones, en memoria del asesinato, se llama Sala de los Abencerrajes, y aun se muestra al viajero sobre el mármol de su ancha fuente las manchas de sangre de aquellos valientes caballeros.





### *El Juicio de Dios.*



**H**ABIA pasado una luna desde el día en que el alcázar de la Alhambra se manchó con la sangre de los abencerrajes.

Éra una noche oscura.

El real de Santafé, dormía bajo aquel pabellon, de sombra, confiado á la vigilancia de las atalayas y los escuchas.

Los *continuos* armados de guerra hacian su guarda en las tiendas de los reyes, y mas allá todo era silencio y soledad.

Pero de improviso, entre una calle del real resonaron callados pasos y son de cabalgaduras, y cuatro sombras, llevando caballos del

diestro, se deslizaron á lo largo de la calle en direccion á la puerta que miraba á Granada.

Cuando hubieron llegado á ella, se oyó entre el silencio una voz que gritó:

--¿Quién va?

—Haced que adelante el alferez de la guarda, contestó una de las cuatro sombras.

Levantóse el tapiz de una tienda cercana, dejó ver una ráfaga de luz en el interior y apareció otro hombre.

—¿Quién va? repitió.

—El *Alcaide de los Donceles*, contestó el primero acercándose al que habia preguntado.

—Guárdete Dios, capitan, dijo aquel; ¿qué deseas?

—Salir á la vega con estos caballeros que son don Alonso de Aguilar, don Manuel Ponce de Leon, y don Juan Chacon.

Calló por un momento el demandado, como aquel á quien se pide una cosa difícil.

—¿Sabeis, caballeros, dijo al fin, que yo no puedo consentir lo que me pedis?

—Lo sabemos, y por eso lo pedimos.

—¡Sus Altezas.....!

—Sus Altezas no sabrán que hemos salido por esta puerta ni por la otra, sino que no hemos entrado. Dí pues á la atalaya que nos deje paso franco.

—Puede sucederos un fracaso porque los moros rondan el campo á la redonda.

—Pardiez, sabe alferez, que tenemos em-

peñada una porfía con los capitanes de caballos, Hernan Perez del Pulgar y Gonzalo Fernandez de Córdoba, sobre quién hará una hazaña de mas valor, y por Dios que no hemos de perderla sino con la vida.

—Pues porfía teneis y con porfía lo pedis; salid, caballeros, y que Dios os ayude.

Y el alférez llegó al atalaya y le previno, y los cuatro capitanes cristianos salieron al campo, montaron á caballo, y se alejaron mas que á paso del real.

Era ya casi finalizada la noche, una faja de blanca luz lamia la cumbre del Veleta, y el viento revolaba mas húmedo é impregnado de silvestres aromas.

La oscuridad menguaba lentamente, y empezaban á percibirse como informes montañas de niebla, los cerros á cuyo pié asientan la Alhambra y el Albaicin.

Los cuatro caballeros cristianos aguijaron sus corceles por el primer camino que ellos tomaron, como aquel, para quien yendo á caza de aventuras son iguales todas las vias.

Y yendo así, antes del amanecer llegaron á dar vista á Granada, y se detuvieron pensando qué harian, porque hasta entonces, no habian encontrado cosa que á su intento conviniese.

Pero el acaso protector de locos y aventureros, les deparó aventura tal, que cuando á la cima de ella se vieron, se dieron por tan satisfechos, como quien ha logrado un imposible.

Y fué, que mientras ellos departian la manera de salir adelante con su apuesta, vieron venir el camino adelante, de la parte de Granada y á la luz del alba que esclarecia, un bulto blanco, asaz en grandeza, y ligero como un copo de plumas impulsado por el viento.

Verle, afirmarse en los estribos, y correr á él, fué cosa de un momento; el bulto se detuvo, y una voz dulce, voz de mujer, dolorida y triste, se dejó oír entre ellos.

—Si sois caballeros, dijo, amparadme, que de caballeros es favorecer al desvalido, y yo soy una mujer que viene de Granada y va al campo de los cristianos.

—Mujer sola y á esta hora, dijo el señor de Cartagena don Juan Chacon, en grave ocasion hallarse debe, pues se ve tan desamparada.

—Ojalá fuesen mió el peligro y la desventura, replicó la dama, que no me hallariais tan menesterosa de amparo; mas pues sois caballeros, segun lo indica vuestra medida, y cristianos, pues hablais en algaravía (1), os ruego que me lleveis á punto donde yo pueda ver á don Juan Chacon, señor de Cartagena.

El dia entraba ya aprisa, y á su luz pudieron ver los cristianos á una mora, vestida con ropas blancas, de gran juventud y hermosura, montada en una hacanea, y pálida y temerosa, al parecer, de hallarse entre enemigos.

(1) Corrupcion del árabe usada entre moros y cristianos respectivamente.

—Si á don Juan Chacon buscas, hermosa doncella, dijo él mismo, hablar puedes de lo que con ese caballero te importa, porque yo y mis amigos lo somos suyos en gran manera.

—Bueno será que nos apartemos del camino, dijo ella, metiendo su hacanea por las hazas, y entrándose en una espesa alameda, que allí á mano se veía.

Siguiéronla los cuatro caballeros asaz maravillados del lance, y cuando hubieron llegado á lugar intrincado, y desde el cual de nadie podían ser vistos, la mora sacó del seno una carta envuelta en un paño de seda, y habló á los cristianos de esta manera:

—Yo me llamo *Zaruyemal* (*Zahrul-llemal*, *flor de la hermosura*), y soy dama de la poderosa sultana de Granada, á quien persigue el destino, hasta el punto de pedir amparo á sus enemigos.

Detúvose la mora y creció la curiosidad en los cristianos.

—Escrito estaba, prosiguió ella, que Granada debía venir á ocasion de vergüenza y malaventura, y para que se cumpliese, el Dios Altísimo permitió que entrasen en ella unos caballeros sin fe, mentirosos y alevos con quienes alientan la traicion y la envidia.

Ya conoceréis por esto, caballeros, que hablo de los zегries, raza feroz del desierto, mal avenida con la generosidad y la cortesania de la gente de Granada, sediciosos y rebeldes,

promovedores de motines y desafueros, y causadores del mayor crimen que vieron los tiempos pasados ni verán los venideros.

Y Zaruyemal les refirió los encarnizados odios de los zegries y los abencerrajes, y la traicion de las cañas, y la acusacion de la sultana y el degüello de los abencerrajes; y que la reina estaba presa en la torre de Comares en la Alhambra, esperando su salvacion y su honra, del juicio de Dios en la prueba del duelo, cuyo plazo terminaba aquel dia que ya habia amanecido.

—Si sois caballeros, continuó, pues veis que una dama pone en grave riesgo su honra yendo á entrar en un campo enemigo, hacedme la merced de entregar esta carta á aquel para quien es, y que Dios os juzgue, caballeros, tal como cumplais en una empresa en que va por precio la honra y la vida de una sultana.

Tomó la carta don Juan Chacon, rompió los hilos de seda del sello de oro, y la desenrolló.

—¿Qué haces, cristiano? exclamó en acento de reconvencion la mora.

—Si á don Juan Chacon es á quien va dirigida esta carta, señora, permite á don Juan Chacon que está en tu presencia, bese tu mano en albricias de la honra que le hace una señora tal como la sultana de Granada.

Y tomó la hermosa y blanca mano á Zaruyemal y se la besó, no sin que lo encendido de

la vergüenza colorase sus mejillas; despues de lo cual leyó la carta que decia así:

«A tí, don Juan Chacon, señor de Cartagena, «la sultana Zoraida te saluda y desea prosperidad.

«Tu clara valentía brilla lejos de tí, como «dos rayos del sol sobre los hemisferios, y te conocen los desvalidos y te bendicen los desgraciados.

«Pues siempre has sido generoso y amparador, ampárame, cristiano, así Allah multiplique y ennoblezca tu descendencia sobre las «noblezas de tu raza, y cierres los ojos á la luz «tras una larga vida de bienandanza y esplendor.

«Mi honor ha sido mancillado por las lenguas viles de cuatro traidores, y estoy á punto de prueba de duelo, confiando en Allah, en «tí y en mi inocencia. Y vendrás, yo lo espero.

«Una cristiana cautiva que me asiste, me ha «dicho cuanto vales y cuanto puedes; cuanto «eres la honra de la hueste de los poderosos «reyes á quienes sirves.

«¡Oh! han lanzado la sangre de mi amor á «mi semblante y han roto mi corazon.

«Porque yo amaba, cristiano, á un hombre «á quien han asesinado por mi causa; pero con «un amor puro, noble y exento de mancilla.

«Ven, cristiano; ven con otros tres de tus «amigos, que siéndolo tuyos, no pueden dejar «de ser valientes.

«¡Ven, y cobra la sangre de Aben-Hamet!

«¡Ven, y lava mi deshonra!

«La dama de mi casa que te entregará estas  
«letras, te conducirá á punto donde encontra-  
«rás armas y preseas, bastantes á que disfraces  
«tu nombre y tu patria.

«Ven, ¡oh! ven cristiano, porque en tí  
«confío.»

Don Juan se estremeció de alegría, y leyó la  
carta á los otros tres caballeros.

—Y bien, les dijo, si buscábamos aventuras  
¿cuál mejor que esta? ¿Dónde podremos mas  
esclarecer nuestro nombre, que defendien-  
do á una sultana, en daño de enemigos tan va-  
lientes como los zegries?

¡Á caballo, caballeros, á caballo! y que esta  
dama nos conduzca al sitio donde hemos de tro-  
car armas y cabalgaduras.

Movió un tanto la cabeza el prudente don  
Alonso de Aguilar, y permaneció á pié, mien-  
tras los otros tres castellanos montaban en sus  
caballos.

—¿Y cómo es, dijo á la mora mirándola pro-  
fundamente, que no hay caballeros en Grana-  
da, la que se llama de los valientes, para arro-  
jar el guante á los acusadores de la sultana?

—Cristiano, respondió con orgullo Zaruye-  
mal, ten en cuenta que una dama es la porta-  
dora de este mensaje, y que un moro no os da-  
ria otra cosa que el bote de su lanza, ni os ha-  
blaria con otra lengua que con la espada.

Si os place, venid; si temeis traicion, quedaos, que no faltarán caballeros tales, que tomen con placer la empresa que vosotros desdñais.

Calló don Alonso á estas razones, ayudó á la mora á cabalgar en la hacanea, saltó en su caballo, y tras algunas breves palabras acerca del camino que elegirían, tomaron la vega adelante y al través, dejando á mano siniestra á Granada, se dirigieron, guiados por Zaruyemal, á las verdes colinas que se tienden cubiertas de olivares á la falda de Geb-el-Solair.

Y caminaron así dos horas, y al cabo de ellas llegaron, rodeando entre los olivares, á un pequeño alcázar situado junto á un bosquecillo de laureles, en las inmediaciones de una aldea llamada la Azubia (14), por la parte que mira á Granada.

Gozábase desde allí, de la vista de un pais admirable; los resplandecientes Alijares con sus cúpulas altísimas, la Alhambra con sus torreones rojizos y su alcázar cubierto de pizarras, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol; la Alcazaba con sus fuertes muros y sus altivos cipreses, el cerro de Al-bahul (15) cubierto de higueras de Tunez, sobre las que descollaban los cedros de Palestina y las palmeras de África; las vertientes de las colinas cubiertas de blancas y alegres casas, entre las cuales brotaban verdes frondas y vistosos jardines; luego la vega tendida á los piés de Granada,

surcada de rios y acequias, como una alfombra de mil colores con bordaduras de plata, á los piés de una dama hermosa, y mas allá las distantes sierras perdidas en vapores fantásticos, tras los cuales se levantaba un cielo azul y radiante: todo esto era un espectáculo nuevo, maravilloso, que fascinó á los caballeros y los hizo suspirar por la llegada del dia en que el pendon de sus reyes ondease sobre el esplendente castillo, que guardaba como una veladora atalaya aquel jardin de delicias.

Zaruyemal bajó entretanto de la hacanea, y llamó al postigo de una cerca situada á espaldas del alcázar. La puerta se abrió.

Los cristianos descabalaron, penetraron en la cerca, y un esclavo nubio asió los caballos, y con la hacanea los hizo entrar tras sus ginetes.

La puerta tornó á cerrarse.

Los cuatro caballeros se encontraron en un jardin tapizado de flores y orlado de arrayanes, y al estremo de él se alzaba una magnífica arcada sostenida por delgadas columnas de alabastro y matizada de oro, azul y rojo.

En el muro alzado tras los arcos, habia una gran puerta, por la cual entró Zaruyemal seguida por los cuatro caballeros.

Subieron una escalera y pisaron, despues de atravesar una galería, el rico pavimento de una cámara que parecia haber sido construida para albergar al genio de los amores.

El ambiente, la luz, los perfumes, los muebles, aun las mismas formas del retrete, sostenido por grupos de columnas, con fondos labrados de caprichosos colores, con su alta cúpula casi perdida en la oscuridad, su fuente de mármol en que un claro surtidor murmuraba tenuemente, al par que las brisas agitaban los tapices y venian á saturarse en los perfumes; todo era allí voluptuoso, todo convidaba á amar.

—¿Á quién pertenece este alcázar? dijo el Alcaide de los Donceles á Zaruyemal.

—Al emir del rey, Muza Ebn-Abil-Gazan, contestó la hermosa, y suyas son tambien las armaduras y las vestimentas que vais á ver.

Y guiándolos atravesó otra galería, abrió una puerta de hierro y los introdujo en una sala de armas.

Los cuatro cristianos exhalaban un grito espontáneo de admiración; jamás, ni aun en los alcázares de sus reyes, habian visto una tan rica armería.

Cuatro esclavos les ciñeron los arneses que eligieron; hermosas esclavas les vistieron ricas túnicas de brocado, y sus cabellos desaparecieron ocultos bajo blancas tocas prendidas á la usanza africana.

Avanzaba el dia, y los castellanos armados ya y á punto de poder pasar por wadies africanos, bajaron al jardin, y fuera de la cerca encontraron cuatro caballos de la mas pura raza árabe encubiertos de guerra.

Y cabalgaron, y armados de fuertes lanzas se despidieron de la doncella mora, y tomaron la vuelta de los montes para entrar en Granada por el camino de Guadix.

Y era ya tiempo; el sol habia llegado á la mitad de su carrera, y en la plaza de Bibramba, el palenque abierto, ocupado de una multitud inmensa, mostraba en uno de sus estremos la tienda de los mantenedores de la acusacion contra Zoraida, y en el otro un cadalso enlutado, en que la desdichada sultana aparecia vestida de blanco entre sus damas.

Delante de la tienda de los mantenedores, habia clavadas cuatro lanzas en la arena, y pendientes de ellas cuatro relucientes adargas; los escuderos se paseaban en torno de ellas, y á siniestra mano se veia el estrado destinado á los jueces del campo, que eran el emir Muza Ebn-Abil-Gazan, el wisir Ebn-Comija, y el Katib Adel-Kerim.

Mas allá, guardados por escuderos, se veia un astillero de picas de batalla y algunos caballos encubertados de guerra, trabados de los piés.

Todo revelaba á primera vista el grave asunto que se sustentaba en aquel coso, no hacia mucho engalanado de fiesta, y entonces transformado en palenque de prueba.

Zoraida asentada sobre un divan negro en el cadalso, parecia tranquila, á pesar de que bajo aquel tablado estaban hacinados haces de

ramaje, que debian ser la hoguera de la adúltera si los zegríes sustentaban su acusacion con las armas.

Desde el amanecer, el pueblo siempre dispuesto á todo linaje de espectáculos, llenaba las galerías, y multitud de damas y caballeros, si bien con vestiduras de luto, asistian allí como si asistieran á una torneo.

El rey habia llevado hasta el colmo su crueldad asistiendo al palenque con galas de fiesta.

Y el pueblo murmuró del rey, al par que no hubo uno que no se doliese de la sultana y maldigese á los zegríes.

Á la salida del sol, un heraldo de los acusadores precedido de trompeteros y seguido de lanzas, pregon ó la acusacion contra la sultana á son de trompeta, y arrojó cuatro guanteletes en la arena, retando á los presentes y por venir, que lo contrario sostuviesen.

Tras el estrado de los jueces, en que asentaba Muza, algunos caballeros armados se agitaron pretendiendo contestar al reto, pero el emir los contuvo.

Nadie contestó.

Y pasó el tiempo.

El populacho siempre impaciente murmuró, y el sol ascendió lentamente sobre el horizonte hasta marcar la hora de la oracion de adohar (*medio dia*).

Tornó á salir de la tienda de los zegríes el heraldo en la misma forma que la vez anterior,

repitióse la acusacion y el reto, y como antes nadie contestó á él.

Y pasaba el tiempo, el sol descendia á tocar á su ocaso; si no habia campeones para la sultana, debia morir de muerte de fuego, como adúltera y enemiga del rey.

El semblante antes sereno de Zoraida, palideció mas de indignacion que de terror; creyó que su carta habia sido desdeñada por los caballeros cristianos, y su orgullo de sultana se irritó.

Y tal vez un pensamiento distinto cruzó por su mente, arrancando una lágrima á sus ojos.

Bien hubiera podido acontecer que sus campeones hubiesen sido acometidos en la Vega por fuerzas superiores, y la muerte acaso les impedia correr al sitio donde les llamaban su honor y la inocencia oprimida.

Contristóse el ánimo de la sultana, corrió el tiempo, y al fin el sol bañó con una estrecha faja de rojiza luz los aleros del lado de la plaza fronteros al Occidente.

Al fin desapareció aquel último rayo, y el sol se hundió tras el horizonte.

Era la oracion de *almagreb* (*á puestas de sol*).

De nuevo los heraldos, precedidos de los trompeteros, se adelantaron al centro del palenque, pero á punto que iban á resonar los clarines, oyóse gran alarido y gritería por la parte del Zacatin, y la trompeta del alcaide de la puerta, avisó la llegada de los campeones.

Agitóse el pueblo desalentado ya; levantóse un sordo rumor, corrieron los escuderos á los caballos y á la tienda de los acusadores, subieron los jueces al estrado, el rey ocupó el trono, y menguó la palidéz en el rostro de la sultana y de sus damas y esclavas.

Abrióse la puerta del Zacatin, y cuatro ginetes, al parecer berberiscos, por sus armas y por el linaje de sus caballos, entraron al trote, adelantaron hasta el cadalso, saltaron á la arena, y uno de ellos salvó la gradería, y arrodillándose á los piés de la sultana, la dijo en arábigo aljamiado:

—Poderosa señora, yo y esos tres caballeros que conmigo son, somos tres hermanos berberiscos, que arrojados por el mar á las riberas del reino de Granada, hemos querido ver ciudad tan insigne y de tan claro nombre coronada.

Y viniendo su via, hemos sabido por un villano la afliccion en que te hallas, y á tus piés nos ponemos para ofrecerte en demanda de tu inocencia, nuestras lanzas y cuanto somos.

Calló el caballero, y la sultana le contempló un tanto en silencio. Pero una esclava cristiana que estaba junto á ella y que no quitaba ojo del guerrero, la dijo con voz recatada:

—Acepta, señora, porque ese que á tus piés miras no es otro que don Juan Chacon, señor de Cartajena, á quien escribiste aquellas letras por mi consejo.

Sonrió tristemente la sultana, mirando con agradecimiento al capitán castellano, que aun doblaba ante ella la rodilla, y exclamó con voz conmovida:

—Dios te premie y á tus hermanos caballero la merced que me haces; yo os acepto como campeones, y en Allah y en vosotros confío, volverá á brillar mi pureza traídoramente mancillada por los infames zegríes.

Don Juan Chacon besó la mano á la sultana, bajó del cadalso, cabalgó y esperó en ademán de atención á que se pregonase el tercer reto.

Las trompetas lanzaron al espacio su áspero sonido y repitióse la acusación.

—Mientes como cobarde y villano, heraldo, dijo don Juan Chacon, en una voz tan pujante, que retumbó en los cuatro ángulos de la plaza, y miente quien tal te manda decir, y quien lo sostenga, y quien al escucharlo calle; y en prenda y señal de desafío, á muerte, sin perdón ni plazo, ved lo que haré y harán conmigo mis hermanos.

Y atravesando el palenque á media rienda, los cuatro caballeros hirieron con los agudos hierros de sus picas las adargas de los mantenedores, suspendidas de las lanzas á la puerta de la tienda.

Oyóse un sonido vibrante y metálico, las adargas cayeron á la arena, y los caballeros defensores tomaron campo y fueron á situarse al otro lado del palenque vuelta la espalda á

la sultana, á tiempo que Hamet-Zegri, Mahandin, Mahandon-Gomel y Mahomet-Zegri, tomando las adargas heridas de manos de sus escuderos, cabalgaron y adelantaron en el palenque hasta ponerse frente á frente de los cuatro castellanos.

Mahomet-Zegri enfiló con el alcaide de los Donceles, don Diego Fernandez de Córdoba; Hamet-Zegri, con don Manuel Ponce de Leon; Mahandon-Gomel, con don Alonso de Aguilar, y Mahandin, con el señor de Cartajena.

Bajaron los jueces del campo á la arena, demandaron juramento á los caballeros de lidiar como buenos y leales, sin ayuda de hechicerías ni amuletos, les partieron el sol <sup>(1)</sup>, y Muza dijo en alta voz:

—Campo cerrado y batalla os concedemos, caballeros; partid y haced vuestro deber.

Al mismo tiempo hicieron señal los añafles y los atabales, el rey arrojó á la arena su baston de oro, y los combatientes partieron uno contra otro, chocándose entre una nube de polvo en medio del palenque.

Retumbó el encuentro rudo y poderoso en los ámbitos de la plaza, y cuando se desvaneció el remolino, la multitud miró con ansiedad.

Todos los caballeros estaban en los arzones y se habian cruzado resbalando las picas al soslayo en las acicaladas adargas.

Tomaron de nuevo campo, encontráronse

(1) Esto es : el terreno por partes iguales.

con igual ímpetu, la pica del Alcaide de los Donceles lanzó desapoderado de la silla al feroz Mahomet-Zegri, y los tres caballeros no encontrando ventaja volvieron á tomar campo.

Mahomet, en tanto, se habia levantado fuera de sí de cólera yendo con rabia á desjarretar el caballo de don Diego Fernandez de Córdoba; pero las habia con un enemigo experimentado y encontrólo pié á tierra junto á sí, la espada en alto; y antes de que hubiese podido adargarse, la toca y la mitad del bonete del Zegri, vinieron al suelo tras una terrible cuchillada del cristiano.

El moro llevaba lo peor, acosábale don Diego y caian sobre él los terribles golpes de su mandoble, rebotando en su armadura de Fez con igual ímpetu que el recio granizo de la tempestad sobre las altas cúpulas; y retrocedia Mahomet, dejando tras sí pedazos de desgarnecida armadura y girones de su sayo de púrpura, y acorralábale el valiente Alcaide de los Donceles, hasta que le puso entre su espada y la valla que sustentaba uno de los costados del cadalso de la sultana.

Rugia el moro como un tigre herido por un leon, y era espantoso de ver su semblante, y los furiosos tajos que su espada descargaba sobre la adarga damasquina que embrazaba el castellano.

Y duraba el combate; corria la sangre de entrambos campeones.

Zoraida pálida y aterrada miraba con ansiedad el rostro de don Diego, y éste cobró alientos y fuerzas ante la suplicante mirada de la sultana.

Enojóle tanta resistencia; arrojó lejos de sí la adarga, alzó su espada á dos manos, describió con ella un ancho círculo sobre su cabeza y exclamando:

—¡Santiago y Castilla! la dejó caer con el ímpetu de una encina derrumbada por el huracan, sobre el moro.

Nadie, entre el estruendo del combate que allá en el sol del palenque se sustentaba á caballo, oyó el grito de guerra del Alcaide de los Donceles, sino Mohamet que cayó por tierra como si le hubiese herido un rayo, exclamando con amortecida voz:

—¡Traicion! ¡son castellanos!

Y su lengua se heló, rodaron sus ojos en las órbitas, y la lividéz de la muerte alteró su semblante.

Saludó el generoso Alcaide á la sultana, recogió la adarga, requirió el caballo, y cabalgando, se retiró á un lado para ver la suerte del combate, que seguia encarnizado entre los otros seis caballeros.

Los que mas á punto de vencimiento estaban, eran don Juan Chacon y Mahandin.

Entrambos habian roto sus lanzas; entrambos habian desguarnecido el bonete de su enemigo, combatian con las cabezas desnudas,

y las adargas, cercenadas por los poderosos ace-  
ros, apenas bastaban á la defensa.

Cruzaban y volvian á cruzarse los caballos;  
cada golpe era una herida, cada choque un  
amago de muerte.

El moro mostraba sus ojos inyectados de  
sangre, como la hiena que olfatea los cadáve-  
res; el señor de Cartajena le fascinaba con su  
ardiente mirada.

Pasaba el tiempo, la luz menguaba, la no-  
che tendia ya sobre los cielos su velo de tinie-  
blas.

Era preciso concluir.

Y el combate hasta entonces era igual por  
entrambas partes.

Don Juan Chacon apretó los dientes y los  
puños; su espada se rompió en la adarga del  
moro dejándole al par el brazo desguarnecido.

Y sin darle tiempo para rehacerse, veloz  
como el relámpago, el señor de Cartajena, tomó  
de su arzon una maza de armas, describió con  
ella en alto tres círculos, y la maza partió sil-  
vando y fué á chocar en la cabeza desarmada  
de Mahandin, que cayó horriblemente ensan-  
grentado por la grupa de su caballo.

El moro no se movió; don Juan Chacon ha-  
bia cumplido con su deber, y fue á situarse  
junto á la valla, al lado del alcaide de los Don-  
celes.

El pueblo callaba dominado por lo terrible del  
espectáculo; solo rompian aquel fúnebre silen-

cio el llanto y los alaridos de las esposas, las madres y las hermanas de los dos zегries muertos.

Hicieron los jueces salir de la plaza á aquellas gentes para que no desalentasen con sus quejas á los caballeros que lidiaban, y ya solo se escuchó entre el silencio el duro y espantable son del combate.

Don Manuel Ponce de Leon y don Alonso de Aguilar, sintieron una noble envidia al ver á sus amigos vencedores, y arremetieron con nuevo furor á los moros.

El primero y Hamet-Zegrí habian tomado lanzas nuevas, y justaban como en torneo, entrando y saliendo en liza con gran bizzarria y coraje.

Parecia, á pesar de haber ya gran tiempo que lidiaban, que no se habian tocado á los arneses, y sin embargo, crugian las adargas y rechazaban los caballos, no siendo bastantes á sostener los poderosos golpes.

Hamet, enojado de la duracion del combate, furioso con la muerte desastrada de su pariente Mahandin, plantó su caballo en firme cuando venia á encontrarle Ponce de Leon á toda carrera; hizo el cuerpo atrás, tendió el brazo y le arrojó la lanza, que hendió los aires silvando, como una jara despedida de una ballesta.

Hubiéralo pasado mal el castellano á herirle de lleno el asta; pero la rabia hizo perder el

tino al moro, descompúsose, y su pica resbaló en la adarga del castellano que aguijó á su caballo para encontrar en la jacerina á Hamet-Zegrí.

El moro conoció lo terrible é inevitable del golpe, y encabritó su caballo poniéndole casi de pié y cubriéndose con él.

La lanza de don Manuel hirió en el pecho por bajo de la cubertera al corcél, que cayó de espalda cogiendo debajo á su ginete.

El cristiano esperó á que se levantase, pero Hamet-Zegrí permaneció en tierra junto á su caballo muerto; el caparazon de hierro al caer sobre él, habia roto su pecho y de su boca emanaba la sangre á borbotones.

Don Manuel Ponce de Leon fué á reunirse con sus amigos.

Y entonces la atencion general se fijó en don Alonso de Aguilar y en Mahandon.

El moro, desalentado ya con la muerte de sus compañeros se batia con la fuerza de la desesperacion; suelto, ágil, vigoroso, forzado, giraba como un torbellino, en torno del cristiano; revolviase éste, encontrábanse, se martillaban, volvian á separarse y se chocaban de nuevo.

Y parecia que la esperanza perdida daba fuerzas y actividad al moro.

Rompió la espada y tomó el hacha de armas; lanzóla á su enemigo y la rechazó su adarga; entonces desnudó su daga; arrimó los acicates á su corcel, y al pasar ceñido al de don Alon-

so, soltó las riendas, abrió los brazos, y con una ligereza increíble le asió del cuello pretendiendo derribarle del caballo; pero don Alonso se afirmó en los estribos, lanzó lejos de sí la adarga y la espada, arrancóle de los arzones, y sujetándole con un brazo vigoroso, hundió por tres veces en su cuello entre el falso de la armadura su puñal de misericordia (1).

El moro abrió los brazos y cayó á los piés del caballo de don Alonso.

No se tornó á levantar; estaba muerto.

El pueblo hasta entonces silencioso, lanzó una gigante exclamacion de alegría, mostrando cuanto eran odiados los zегries, sonaron las trompetas, y Muza, bajando con los jueces del estrado, gritó en medio del silencio á que se habia reducido el pueblo para escuchar sus palabras, y señalando á los cuatro caballeros muertos:

—¡He aquí la justicia del Señor Altísimo, único y misericordioso! ¡La sultana es inocente!

Entonces una tropa de nubios armados de lanzas, adelantaron llevando en su centro á un negro vestido de rojo y con un ancho cuchillo al hombro. Era el verdugo del rey.

Las cuatro cabezas de los vencidos fueron cortadas y puestas en escarpías en la puerta del castillo de Bib-Ataubin como convenia á calumniadores y asesinos.

(1) Especie de arma larga y aguda con que los antiguos caballeros remataban á los vencidos.

En tanto el rey bajó aceleradamente del estrado real, y fué á estrechar entre sus brazos á la sultana, que estaba casi desvanecida de placer entre sus damas.

Pero al ver junto á sí al rey, se recobró, míróle con horror y le rechazó.

—Aparta, asesino, le dijo, desde hoy tú en la Alhambra, yo en el Albaicin.

Y arrojándose en los brazos de Muza, que venia á declararla libre, salió de la plaza en un palanquin escoltada por los jueces y por sus campeones.

.....  
Al dia siguiente, cuando los cuatro caballeros, despues de haber vuelto á la Azubia y cobrado en el alcázar sus caballos y armaduras, curaban en sus tiendas de Santafé y con recato sus heridas, un escudero del emir Muza Ebn-Abil Gazan, en nombre de la sultana Zoraida, les entregó, como presente, magnificas joyas, y los caballos y armas con que habian combatido por su inocencia; al par que uno de los mas nobles caballeros de Granada, viniendo de paz, entregaba á los Reyes Católicos, un pergamino rodado y sellado con el sello de oro de la sultana, pendiente de hilos de seda, en que les relatava la grande hazaña de los cuatro caballeros.





*Hernan Perez del Pulgar.*

=

**G**RAN ruido y movimiento se notaba en el real de los reyes Católicos, y en todas las bocas se oía relatar con asombro la noble hazaña del señor de Cartagena don Juan Chacon, y de los otros tres caballeros sus amigos y compañeros de fama, en aquel famoso duelo, en que las armas cristianas habian alcanzado un doble triunfo, defendiendo la inocencia y haciendo rodar sobre el sangriento polvo del combate á cuatro de los mayores caballeros de Granada.

Mirábaseles con un profundo respeto, en el cual no entraba en poco la envidia por

parte de los unos, y el noble estímulo por la de otros.

Los mas curiosos multiplicaban sus preguntas, los narradores de nuevas exageraban el hecho á pesar de su grandeza, y era aquel en fin un dia de orgullo para los tercios castellanos.

Pero entre tanta gente que iba y venia, agitándose y comprimiéndose al rededor de las tiendas de los reyes, para ver salir de ellas á los afortunados caballeros, cual si nunca los hubieran conocido, habia un hombre de semblante grave, como de cuarenta años de edad, de estatura atlética, mirada fija y rostro musculoso, que se paseaba abismado en hondos pensamientos delante de la puerta de una tienda, no distante de la de los reyes Católicos.

Frunciase y dilatábase su poblado entrecejo, como siguiendo la ondulacion de sus cabilaciones y alguna vez una sonrisa de orgullo, apenas indicada cuando desaparecida, mostraba que una idea agradable pasaba por su alma.

Y mientras este hombre paseaba y pensaba, mordiéndose á veces impaciente el pulgar de su diestra mano y descansando vigorosamente la siniestra sobre la empuñadura de su ancha espada, levantóse el tapiz de otra tienda cercana, y un hombre de gran cuerpo, casi un gigante, apuesto y cubierto de galas

como un mancebo, aunque ya en edad de cuarenta y mas años, á juzgar por su rostro, se adelantó hácia el otro que al sentir cercanas sus pisadas levantó la faz, reconocióle, y abrevió el trecho que para juntarse les faltaba.

—Dios guarde al buen Hernan Perez del Pulgar, dijo el que venia tendiendo la mano al que paseaba.

—Buena ventura al señor Gonzalo Fernandez de Córdoba, contestó éste estrechándole la diestra.

Miráronse ambos capitanes, despues de este saludo, como hombres á quienes ocupa un mismo pensamiento, y por algua espacio permanecieron callados.

—En ocasion estamos de fama, dijo Pulgar á Gonzalo; el nombre castellano ha quedado señalado en Bib-Rambla por el señor de Cartagena, pero aun así quedará algun lugar para los nuestros.

—Siempre fué valiente y arrojado don Juan Chacon, repuso el de Córdoba; y los Ponces de Leon; los Aguilares y los Córdoba sustentan la fama de su linaje, siendo buenos entre las mejores lanzas de Castilla. Y por Dios, Hernando, que ganarnos por la mano, mucho ha sido de nuestra porfia, y presumo que gran ventura necesitamos, si hemos de poner señal de nuestros hechos á la altura que ellos la han dejado.

—Pues en Dios y en mi ánima, exclamó

con fuego Hernan Perez, que ó borro de mis cuarteles el mote de mi linaje ó tal he de hacer, que asombro cause á los presentes y á los venideros.

—*El pulgar quebrar y no doblar* (1), observó sonriendo Gonzalo Fernandez, ¡oh! ya me regocijo en veros empeñado en una empresa; á vos toca ahora, despues á mí. Hagamos tanto, Hernando, como podamos, y luego Dios proveerá.

En este tiempo un pajecillo apuesto y gentil, llegó adonde estaban los caballeros y descubriéndose con mesura, entregó á Pulgar de parte del pintor de los reyes, una como tabla ó carton envuelto en un paño.

El pajecillo se alejó.

Hernan Perez del Pulgar descubrió la envoltura y presentó á los ojos de Gonzalo de Córdoba un pergamino redoblado, en que estaba escrito con letras de oro sobre fondo azul la palabra: AVE MARÍA.

El valiente capitan miró con espresion de misterio á Gonzalo de Córdoba, y le dijo con la mirada centellante de entusiasmo.

—Yo pondré este cartel donde nadie se atreviera á soñar..... ¡Oh! sí, yo añadiré un cuartel de oro al blason de los Pulgares ó moriré en la demanda, Gonzalo. Pero en tanto hacedme la merced de que os calle el asunto de mi empresa.

(1) Mote antiguo de los Pulgares.

—Siempre sereis el de las *Hazañas*, Hernando, replicó cortesmente el de Córdoba, tendiendo la mano á Pulgar.

—Y á vos os llamarán el *Gran Capitan* los tiempos venideros.

Tras esto entró en su tienda, y como las sombras caian encendiéronle una antorcha, y envió á llamar á quince de sus escuderos.

Y llegaron estos y asentaron, destocándose respetuosamente ante su capitan.

Y los nombres de estos valientes los ha guardado avara, entre sus páginas la historia.

Y eran: Gerónimo de Aguilera, Francisco de Bedmar, Diego de Jaen, Álvaro de Peñalver, Diego Gimenez, Pedro de Pulgar<sup>(1)</sup>, Adalides, Montesino de Avila, Ramiro de Guzman, Cristóbal de Castro, Tristan de Montemayor, Diego de Baena, Alfon de Almería, Luis de Quero y Rodrigo Velazquez.

Y sentados que fueron los escuderos, Pulgar con voz grave les dijo:

—Bien conozco, hidalgos, vuestra lealtad y vuestro esfuerzo de que me habeis dado grandes pruebas, y yo á mi vez os pago prefiriéndoos para confiaros un grande intento, que llevado á cabo, pondrá nuestros nombres en el templo de la fama.

Miraron los escuderos á su capitan, mostrando en sus semblantes la impaciencia que

(1) Este era un moro cautivado por Pulgar que al bautizarse tomó el nombre de su señor.

sentian por saber para que habian sido convocados, y el valiente alcaide del Salar continuó:

—Ayer, cuatro caballeros de los reales, que todos conoceis, han dado cima á una empresa, de tan gran prez, como vencer á moros dentro de sus muros, en presencia del pueblo y del rey de Granada, y yo, que nunca he sido el último en los peligros, si el primero nó en la gloria, quiero tambien entrar en esa ciudad tan terrible y tan tenazmente defendida.

Los hidalgos lanzaron un grito involuntario, y dudaron, como si no hubiesen entendido bien lo que su capitan habia dicho; mas Pulgar, como si no hubiese reparado aquella estrañeza, dijo de la misma manera reposada y grave.

—Este amanecer voy á entrar en Granada con la ayuda de Dios; pero como me tocara al alma el que interponiéndose algunos infieles á mi paso malograsen mi empeño, quiero que vengais conmigo, no como en recompensa de la estimacion en que os tengo ni como mandato, mas os lo habré en gran merced si consentis.

Levantóse Francisco de Bedmar y con él se levantaron los catorce restantes.

—Donde vayas tú, capitan, iremos nosotros sin dudar, y si algun temor podemos tener, no será otro si no el de la pérdida de tan noble y valiente caudillo.

Miróle de hito en hito Pulgar.

—Tú, Bedmar, dijo, escalaste los muros de Alhama; tambien os he visto á vosotros tomar á escala franca el castillo del Salar, combatir en Velez y en Baza en los mismos llanos de la Vega. Y ahora que estais á mi lado ¿por qué poneis en Dios tan poca confianza y me contais con los muertos (1)?

—Mal cumpliríamos con lo que te debemos, Hernando, observó otro de ellos, sino te aconsejáramos, cuando pretendes correr á una perdicion cierta.

—No es consejo lo que os pido, dijo gravemente Hernan Perez, lo que quiero es que me acompañeis tan solo hasta las puertas de Granada. Callaron aun los hidalgos.

—Ya, dijo Pulgar, la noche ha cerrado; id á armaros. Dios nos libertará, y si nos acorralan ¿qué importa? ya aprendimos en el Zenete la manera de hacernos paso (2).

Tendió dicho esto la mano á Bedmar y á los otros escuderos, y despidiéndolos cortesmente á la puerta de su tienda, y diciéndoles el sitio de la Vega donde debian reunirse, tornó al fondo de la tienda, armolo uno de sus servidores, tomó consigo el cartel del AVE MARÍA y un blandon de cera, cabalgó, salió del real, y fué al sitio donde habia emplazado á sus escuderos.

Estaba la noche encapotada de profundas

(1) Crónica de Hernan Pérez del Pulgar. (2) Idem.

nieblas, y Pulgar á su amparo, en los linderos del camino, esperó impaciente á los hidalgos, que uno á uno y con recato no tardaron en reunirsele.

—Ahora, señores, les dijo el capitan, cuando los sintió en torno suyo y los requirió por sus nombres, lo que importa es la diligencia y el sigilo; tenemos que atravesar la Vega y llegar al rio, rodeando largo trecho y no poco antes de amanecer.

El lucido y apuesto escuadron se puso en marcha tras Pulgar; no se oia otro ruido que las pisadas de los caballos y el rechinar de los arneses; y así en silencio, á la deshilada, llegaron casi junto á los muros enemigos, á aquel punto en que el Dauro se une al Genil.

—Ahora bien, amigos míos, dijo Pulgar, ved de recoger de esas alamedas algun ramaje y procurad que esté seco, en tal manera, que arda á maravilla.

—¡Cómo, dijo Aguilera, pretendes poner fuego á Granada!

—Si tal, contestó Pulgar, y en Dios confío que hemos de volver al real, alumbrados por las llamas que devoren sus ricos bazares y sus ponderados alcázares.

Quedaron atónitos los hidalgos; pero conociendo la tenacidad de Pulgar, obedecieron y cargando de ramaje las grupas de sus caballos, le siguieron sobre las aguas remontando la corriente del rio Dauro.

Merced al ruido de las ondas, y á la profunda oscuridad de la noche, pasaron sin sentidos de los atalayas moros por delante del castillo de Bib-Ataubin, y llegaron al último puente, donde se agruparon en torno de Pulgar, con el agua hasta las cinchas de los caballos.

—Aguardadme aquí, dijo Pulgar, y tú Pedro, que conoces mejor que nosotros la ciudad en que te criaste, carga en tu caballo ese ramaje y sígueme.

Travóse gran altercado entre los hidalgos; ninguno queria menos que acompañar á su capitán; vinieron á disputa, alteráronse, y á tal punto llegó la porfia, que Pulgar se vió obligado á consentir que le acompañasen algunos.

Al fin despues de otra recia disputa, guiado por Pedro y acompañado de Bedmar y de otros cuatro, el alcaide del Salar entró en el cauce del rio, con el agua á la rodilla, penetró en la ciudad y siguió á oscuras á lo largo de la *ribera de los Curtidores*, hasta llegar frente por frente de un edificio magnífico (15).

Treparon unos en pos de otros el poco elevado muro que encajonaba el rio, y por una estrechisima calleja, que apenas daba lugar á un arroyo de desagüe (16), penetraron en una plaza de poca estension, donde se alzaban uno frente á otro dos altísimos edificios.

Era el uno la Universidad (1) árabe, em-

(1) Hoy casas capitulares.

porio de ciencia, santuario del saber á donde habian refluído los sabios de Córdoba y Sevilla y cuantos habian sidos arrojados por las armas castellanas hasta aquel último recinto donde flotaba en el Occidente la enseña de Ismael; el otro la gran mezquita (1) de Granada, con su puerta de alambre dorado, sus ricos ajimeces de mármol y sus aleros labrados, si bien entonces no podia verse tanta maravilla, á causa de la gran oscuridad de la noche.

—¿Hemos llegado? dijo el alcaide del Salar á su cautivo Pedro del Pulgar.

—Si señor, contestó el cristiano nuevo, escucha como silva el viento en el altísimo alminar de la mezquita; esta pared que nos guarece es la de la Universidad y esa masa oscura que ves en la sombra, la casa del gran Faki.

Acrescentóse la impaciencia de Pulgar, y pidiendo á Pedro menesteres de encender, prendió fuego al hachon que consigo traía, y llegando á la puerta de la mezquita, púsose de hinojos: imitaronle sus escuderos, sacó del pecho el cartel del AVE MARÍA y atando en el pomo de su puñal los hilos de seda en que estaba sustentado, le clavó de una sola puñalada entre las mallas de la puerta.

—Sed vosotros testigos, dijo á los cinco escuderos sobrecogidos de la hazaña de Pulgar,

(1) Hoy templo del Sagrario.

de como tomo posesion de esta mezquita en nombre de los reyes de Castilla, consagrándola desde ahora á la Reina del cielo, cuyo nombre deixo en poder de los infieles, hasta que llegue la hora de rescatarle (1).

Y luego se levantó y se levantaron los escuderos, y Pulgar preguntó á Pedro.

--¿Dónde está la Al-Kaissería?

Pedro le señaló una estrecha calleja que comunicaba con el Zacatin, y le dijo.

—Por allí, señor.

—Alumbra y guia, que por el nombre de Pulgar que llevo, he de poner esta noche fuego á Granada.

Pero al dar vuelta á una esquina del Zacatin, sintieron pasos de muchos hombres, y vieron acercarse moros que con hachas encendidas rondaban guardando aquel riquísimo barrio.

Verlos, y acometerlos espada en mano, fué una misma cosa; gritaron los moros, alborotose por aquella parte la ciudad, y Pulgar, temeroso de que se pusiese en armas, gritó á sus escuderos.

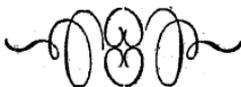
—¡Por el mismo camino! ¡á mí! ¡corazon sereno y espada pronta!

Y rompiendo por medio de los moros, saltó por la ribera de los curtidores, luego bajó el puente donde esperaban los otros, asaz cuidadosos por el ruido que se apercibia en la

(1) Crónica de Hernan Perez del Pulgar.

ciudad, y cobrando los caballos, tomaron á rienda suelta el camino del real, y llegaron á él, sin ser sentidos, antes del amanecer.

.....  
Los reyes Católicos hicieron merced á Hernan Perez del Pulgar, de añadir á los cuarteles de su escudo el AVE MARÍA, y el privilegio para sí de ser enterrado en el mismo sitio donde llevó á cabo aquella grande empresa (17); y los quince escuderos que le acompañaron recibieron hacienda en galardón de sus merecimientos despues de la conquista de Granada (18).





### *El Triunfo del Ave María.*



**A**penas el sol había desvanecido las nieblas de la noche anterior, y sus rayos, tibios aun, se tendían sobre Santafé, cuando un confuso rumor de pasos acelerados, de armas que se chocaban, y de gentes que subían á toda prisa las escaleras que conducían á los adarves, se dejó oír por la parte que mira á Granada.

Los reyes Católicos, el príncipe don Juan, sus hermanas las infantas doña Juana, y doña Isabel de Portugal, Fray Hernando de Talavera, Pulgar, Córdoba, Tendilla, Aguilar y cien nobles caballeros, rodeados de lanzas y ceñudos los semblantes, miraban al campo don-

de un moro ante ellos, se ostentaba acompañado de diez almoravides y un trompeta armados, ginete en un poderoso caballo negro encubertado de guerra, y afianzada la lanza, en cuyo hierro se veía pendiente el cartel de AVE MARÍA, que Pulgar, con tamaño valor había fijado aquella noche en las puertas de alambre de la mezquita.

Era el arrayaz A'bd Allah Ebn-Tarfe, uno de los mas experimentados y feroces caudillos de Granada, que rugiendo de cólera había arrancado de sobre las puertas de la mezquita el cartel, y sin tomar mas tiempo que el necesario para ceñirse el arnés y saltar á caballo, se había lanzado tras las huellas de Pulgar y sus quince escuderos.

Llamas arrojaban las miradas del valiente moro, su roja sobrevesta parecia pedir sangre, y sus mejillas pálidas, eran la clara muestra de la cólera que agitaba sordamente su alma.

El ronco son de su trompeta había llamado á los adarves á los príncipes y al ejército cristiano, que se maravillaban de que un infiel se presentase con tamaño atrevimiento ante ellos á un tiro de pica de distancia de sus reales.

Y Tarfe los miraba como mira el toro á la multitud que le provoca desde la valla, y su cólera era cada vez mas convulsiva, y su mano agitaba el cartel del AVE MARÍA, blandiendo, hasta hacerla crugir en el aire, su fuerte pica de dos hierros.

Mas cuando vió cubiertas de cristianos las almenas, paseó la sombría mirada sobre ellos, reconociendo á cada uno de los capitanes á quienes habia visto el semblante entre el polvo de las batallas, y cuando encontró competidores dignos, hizo una seña al trompetero.

Por tres veces el son de la sonora trompeta rasgó el espacio, y rebotando en la cercana Geb-el-Beira, fué repetido á los lejos y en redondo por los ecos de las montañas.

Aquel sonido de atencion fué contestado de igual manera por las trompetas del real.

Los reyes Católicos, los príncipes, los capitanes y los soldados; Castilla, en fin, y Aragon escuchaban.

Tarfe se alzó en los estribos, miró al adarve con fiereza y su voz poderosa se tendió en el espacio.

—¡Perros traidores, dijo, vosotros los que entraís como el buho en nuestra ciudad, amparados de la niebla, para dejar en ella el nombre de vuestros ídolos, ¡yo soy Tarfe! ¡yo el que ha arrancado de la mezquita el nombre de **MARÍA**, y le arrastro delante de vosotros sobre el polvo de vuestros reales!

¡Salid, canes ladrones; salid uno á uno, dos á dos, ciento á ciento!

¡Salid, Tarfe os espera!

¡Mi lanza os conoce, villanos, y mi espada aun tiene en su filo la señal de vuestra sangre!

Calló el moro esperando la respuesta; pero

ni una voz, ni un movimiento, salieron de entre los cristianos que parecían estatuas de hierro.

Irritóse Tarfe, hizo botar su corcél, le lanzó hasta mediar la distancia que le separaba del muro y gritó con doble furor.

—Y si no bastan las afrentas que habeis oido, para que salgais al campo, mirad, castellanos, donde pongo el nombre de **MARÍA**; y si alguno peon ó caballero, infante ó rey, de ello ha enojo, á esperarle voy en la Vega hasta que el sol trasponga las montañas de Loja.

Y esto diciendo, puso el cartel del **AVE MARÍA** en la cinta que enrollaba la cola de su caballo, revolvió el freno, y seguido de los suyos se alejó lentamente de los reales, hasta llegar á la espesura donde Zaruyemal habia dado la carta de la sultana á don Juan Chacon; descendió del caballo, despidió á los almoravides y al trompetero, y se reclinó sobre el cesped en la sombra, tendida á mano la pica y ceñido el talabarte de la adarga.

En tanto, en silencio, se hundieron como sombras tras las almenas del real de Santafé, reyes é infantes, damas y caballeros.

Ni una sola palabra se cruzó entre aquel ejército de valientes; el reto habia sido hecho con sobrada insolencia para que se departiese sobre él; todos los semblantes estaban sañudos; todos los corazones ardiendo; cada una de aquellas espadas estaba mal contenida en su vaina.

Pero lo que faltaba en palabras sobraba en actividad; de las almenas se pasó á las tiendas, de la vestimenta de paz al arnés de guerra.

Y entre aquellos viejos guerreros endurecidos con las fatigas de los combates, un mancebo imberbe, hermoso como una dama, de mirada severa y centellante como un leon, atravesó en paso apresurado la larga distancia del real y entró en una tienda aislada.

—Pronto, Nuño, dijo á un soldado viejo que esperaba impaciente á la puerta; mi arnés, mi lanza y mi caballo; pronto, porque los capitanes del real se arman á porfia, y no tardarán mucho cien buenas espadas en demandar licencia á sus Altezas, para rescatar la Santa AVE MARÍA de las manos de ese perro infiel.

Y así era; apenas don Fernando y doña Isabel habian entrado en sus tiendas, visiblemente alterados por el reto de Tarfe, cuando un tropel de capitanes, de caballeros, alfereces y demas cabos de los tercios, entraron armados hasta los dientes, pasando casi por cima de los *continuos*, y demandaron á una, licencia para ir á medirse con el moro.

Cada cual alegó su derecho, y con tan buenas razones, que siendo todos pares en valor y merecimientos, los reyes Católicos reunieron su consejo para elegir el campeon que debia llevar á cabo tan importante empresa.

Mientras esto acaecia, el hermoso mancebo se habia cubierto de un arnés de finísimo tem-

ple; habia abrazado una adarga de Fez, ganada por sus ascendientes á los moros en aquella misma Vega de Granada, y ginete en un fogoso potro cordobés, blandiendo una lanza de fresno de peso y longitud admirable, se lanzó á la carrera á través de la puerta cercana, sorprendiendo al atalaya; dió la vuelta al real y se lanzó en la Vega al escape de su corcel de guerra.

Pronto, muy pronto, desapareció entre una nube de polvo á pesar de los gritos de la guarda del real, y llegó á la arboleda donde esperaba Tarfe.

El mancebo caló su visera, arremetió con el caballo entre la espesura, y llegó á un claro del bosque, donde con el descuido de los valientes, á los piés de su caballo, dormía Tarfe sobre el blando cespéd.

Latió con doble impaciencia el corazon del mozo y fijó una mirada de cólera en el moro.

—¡Levanta! le dijo poniendo casi junto á él los herrados cascos de su corcel; ¡levanta, jactancioso! ¡levanta!

Tarfe despertó al sonido de la pujante voz del castellano.

Levantóse lentamente, púsose de pié, y midió con una larga y profunda ojeada á su adversario.

—¿Quién eres tú, le dijo con desprecio, caballero sin mote y sin empresa? ¿acaso no hay en tus reales valientes capitanes que vengan

á medirse conmigo que soy el caudillo de cien combates?

—Caballero novel, contestó el mozo, vengo por tu cabeza para hacer con ella empresa; cristiano, vengo á arrancarte el corazon y el cartel que te atreves á poner en la cola de tu caballo, cuando tiene el nombre de la que sobre ángeles se asienta.

—Ea, vete, cristiano, dijo Tarfe con desden; que yo no he de medir mi espada con quien trae armas blancas y oculta su semblante.

El mozo se levantó con coraje la visera, y mostró su hermosa y juvenil faz al moro.

Tarfe miró con asombro al mancebo; la expresion de desprecio marcada en su semblante se desvaneció, y en vez de ella apareció una sonrisa de afecto.

—Valiente eres rapáz, dijo, gran fama alcanzarás en el mundo si una lanza traidora no corta la carrera de tu vida; pero vete; yo no soy asesino ni me mido con niños; vete, y dí á ese terrible Gonzalo de Córdoba, que Tarfe le espera durmiendo.

Y fué á reclinarse de nuevo en el cespéd.

Pero el jóven caló su visera, levantó el cuento de su lanza y la tendió con ira sobre la espalda del moro.

Al sentir este ultraje, Tarfe saltó como una pantera herida, embrazó su adarga, requirió su espada, cabalgó, tomó campo y partió con la

lanza baja contra el cristiano gritando, ronco de furor.

—Por Eblis (<sup>1</sup>), villano, que has de pagar con tu sangre tan ruin y cobarde ultraje.

Y á este punto, embistió contra el mozo que le acortaba el trecho viniendo á encontrarle á la carrera.

El aire gimió con el estruendo del choque; la lanza de Tarfe saltó, hecha menudas astillas, contra la adarga del castellano, que no se movió de los arzones, á par que su pica falseó la jacerina y el jaco del moro, y le hirió levemente rompiéndose tambien, como hubiera podido romperse una caña.

Tarfe rugió de cólera, y su ancha y corva cimitarra berberisca lució como un rayo fuera de la vaina.

El cristiano desnudó su espada, tornaron á tomar campo, y se acometieron de nuevo con doble coraje é ímpetu furioso.

Martillaban los aceros sobre el duro hierro de los arneses; los airones, los penachos, las sobrevestas y las galas eran despojos de la liza; empezaban á desclavarse coseletes y grevas y la sangre corria de mas de una herida.

Rugia Tarfe como un hambriento leon del desierto, coloraba su rostro la vergüenza de no haber vencido á la primer arremetida á aquel cristiano, casi niño que se habia atrevido á insultarle, y redoblaba sus golpes y sus embes-

(<sup>1</sup>) Satanás entre las árabes.

tidas ligero como un halcon, incansable, feroz, irritado.

Y siempre encontraba apercebida la adarga del cristiano, siempre su caballo, caracoleando en su torno, le divertia en una defensa fatigosa, y redoblábanse las estocadas en el templado acero de su jaco.

Jadeaban ya los caballos.

El cristiano á quien sin duda importaba la brevedad, hacia girar el suyo como un torbellino sobre el moro.

Al fin entrambós corceles, fatigados, cubiertos de sudor, ensangrentados los hijares, obedieron mal al freno, y el de Tarfe tropezó en el tronco de un árbol, al tomar una vuelta, y calló arrastrando á su ginete.

El castellano contuvo el suyo para no atropellar al moro, saltó dél en tierra, y se adelantó adargado y la espada en alto á su enemigo, que se habia levantado cubierto de polvo y trémulo de furor.

Empeñóse de nuevo el combate á pié firme.

Silvaba el acero contra el acero; el dios de la batallas, posado en una nube roja, miraba con asombro á los caballeros.

Y Tarfe apretó los puños y los dientes; su alfanje describió un círculo al rededor de su cabeza y cayó como un rayo sobre el cristiano.

La hoja damasquina saltó rota en pedazos contra la adarga del mancebo.

Tarfe estaba desarmado; solo le quedaba el puñal, arma débil é inútil; arrojó lejos de sí la adarga, y se fué con los brazos abiertos al castellano que le imitó.

El combate pasaba á ser lucha.

Una sombría y sardónica risa salió de entre las barras del yelmo de Tarfe.

Membrudo, agigantado, gran luchador, esperó hacer pedazos entre sus robustos brazos al jóven campeón.

Y así hubiera sin duda acontecido.

Pero cuando el moro estrechaba al mancebo, cuando el coselete gemia rechinando entre aquel lazo de hierro, su mano buscó el falso de la armadura de su enemigo y su daga buida penetró en su pecho.

Tarfe abrió los brazos, lanzó un grito terrible y cayó de espaldas.

El AVE MARÍA habia sido rescatada.

La visera del mancebo se alzó; su rostro juvenil y hermoso cubierto de sangriento sudor, se elevó al cielo, y sus elocuentes ojos negros se arrasaron en una lágrima de gratitud.

Oracion suave, dulce, perdida como un perfume en la inmensidad del abismo y elevada hasta el trono de Dios.

Y luego fué al caballo del moro, quitó de su cola el cartel del AVE MARÍA, le besó de hinojos y le suspendió de su cuello sobre su pecho, á manera del vasallo que ostenta el blason de su señor.

Y llegó á Tarfe, desenlazóle el yelmo, y al ver su frio semblante afeado por la palidéz de la muerte, exclamó con un orgullo disculpable á sus pocos años:

—Soberbio moro, el novel caballero ya tiene empresa para sus armas, y el AVE MARÍA será un cuartel de gloria en el blason de los Garci Lasos de Castilla.

Y cortó la cabeza á Tarfe, la colgó del arzon de su caballo, cabalgó, salió de la espesura y se encaminó al real.

Allá á lo lejos se levantaba en el camino una nube de polvo bajo los piés de los caballos de un pequeño escuadron, que avanzó hasta dejar conocer á los que cabalgaban.

Era el capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba con sus escuderos, que habia sido nombrado por el consejo de guerra para responder al reto de Tarfe, y venia armado de todas armas y cubierto de lazos y penachos.

Pronto estuvieron junto al jóven, y pudieron ver en su pecho el AVE MARÍA y en su arzon la sangrienta cabeza del moro.

Detúvose el capitan y con él sus escuderos.

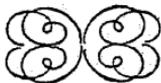
—¡Pardiez, Garci Laso, dijo al jóven, que temprano empezais á ser hazañoso! Vais apurando todas las vias de las grandes empresas: Chacon y don Diego de Córdoba, Leon y Aguilar, entran en palenque en Bib-Rambla y vencen; Pulgar pone el nombre del AVE MARÍA en la mezquita de Granada, en prenda de po-

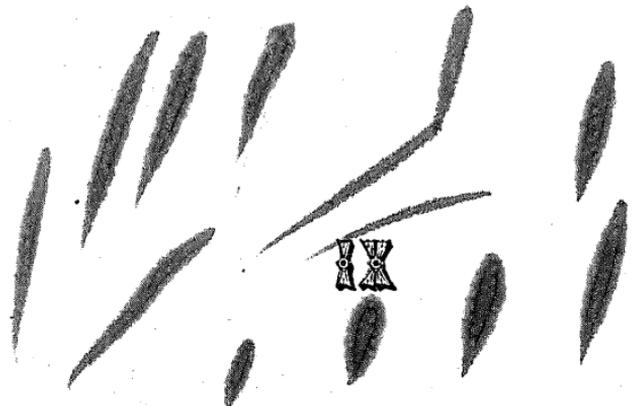
sesion, y vos, niño aun, la rescatais de un guerrero tan formidable como Abdallah Ebn-Tarfe. ¿Qué dejais, pues, que hacer á Gonzalo Fernandez de Córdoba?

Y esto dijo, sonriendo afablemente, como quien tiene harta gloria propia para poder envidiar la ajena, el hombre que debia ser la primera y mas clara gloria entre la de los guerreros españoles.

Tendiéronse las manos el capitan de caballos y el jóven, y tomaron juntos la vuelta de Santafé.

.....  
Desde aquel dia los Lasos son Lasos de la Vega, y en su blason campea el AVE MARIA; desde aquel dia tambien las armas de la ciudad de Santafé son una pica, clavado el cuento en la cabeza de un moro, y pendiente de su hierro el cartel del AVE MARIA.





**Gonzalo Fernandez de Córdoba.**

(LA BUÑOLERA.)



**P**or aquellos días la ciudad de Granada estaba en gran escasez; los cristianos habian talado las mieses en el verano, y los panizos y el mijo habian sido quemados tambien.

No habia aldea en la Vega que no mostrase el paso devastador del castellano, ni tierra que no se hubiese regado con sangre, ni árbol que no hubiese sido testigo de algun terrible hecho de armas.

Las gentes de la campiña, temerosas del conquistador, habian corrido á ampararse tras los muros y los castillos de la ciudad; y aquella gente inútil para la guerra, á propósito solo para agotar los mantenimientos, que ya no en-

traban ni aun por la parte de la sierra abierta á los caminos de las Alpujarras, se agitaba inquieta, aguijada por el hambre, y cada dia á la puerta de los panaderos, tenia lugar alguna riña, que acababa en motin, y á veces en rebelion poderosa, que hacia correr la sangre por las calles y temblar sobre sus débiles fundamentos el ya vacilante trono del rey Abu-Abdallah.

En vano Muza Ebn-Abil-Gazan en la Vega, y el prudente wisir Ebn-Comija en el consejo, pretendian remediar el mal; Muza era batido, en cada salida, el precio del pan acrecia, agotábanse los graneros, y los judios mercaderes, acusados de usureros, eran sacados de sus casas y arrastrados por el populacho.

Empeñábanse los bardos civiles á la sombra de la miseria pública, conspirábase abiertamente y á la luz del sol, tratábase de entregar la ciudad á los cristianos, y los algazazes<sup>(1)</sup>, llevaban cada dia una fausta nueva á las tiendas de los reyes Católicos.

Granada la de los árabes y los moros, avecinaba al ocaso de su reinado, el astro de su gloria, y desgarrada, hambrienta, noble matrona rendida mas por sus hijos que por el cristiano, pretendia en vano cubrir su vergüenza con los últimos girones de su púrpura de sultana.

Muza probó el último esfuerzo, y un dia al amanecer, salió de Granada para sitiar en sus reales á los cristianos, con diez mil ginetes é

(1) Espias.

innumerable suma de peones y gente menuda, mas á propósito para promover ruido, confusión y algazara, que para el gran intento que ardía en el pensamiento del valiente emir.

Fatal fué aquel dia para las huestes de Ismael; desbandados los peones á la primera embestida de los castellanos, envolvieron á los ginetes, que tornaron grupas y huyeron, no siendo bastantes á contenerlos los esfuerzos de Muza, de Reduan Venegas, de Abdel-Kerin, y de otros buenos caballeros, la mayor parte de los cuales tiñeron por última vez sus lanzas en sangre castellana.

La enseña del Islam fué hollada por los corceles de los vencedores, y los escuadrones musulimes metidos á lanzadas dentro de los muros; perdieron la artillería, los estandartes, las torres de atalayas, y las espadas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, de Hernando del Pulgar, de Garci Laso de la Vega, de los condes de Cabrera y de Tendilla, y de otros ilustres capitanes, se tiñeron en sangre mora hasta las empuñaduras, con vergüenza de Muza Ebn-Abil-Gazan, que furioso como un toro agarrochado, juró por Allah y por su nombre de caballero, no volver al campo con los peones.

Se cumplia lo escrito; el emir habia sido destrozado, y si ondeaba aun en las torres de la Alcazaba la bandera de Ismael, era al embate del viento de la degradacion y de la desgracia.

Esta funesta rota difundió el terror en Granada y empeoró su miseria; los cristianos circumbalaron la ciudad, cuyas puertas se cerraron temerosas, y la inmensa multitud contenida en ella, empezó á sentir los padecimientos del hambre á que por la fertilidad de la tierra no estaban acostumbrados.

Por do quiera surgia un alboroto: los desacatos al rey eran ya ostensibles, y la sultana Zoraida, encerrada en su alcázar del Albaicin, llorando la infausta suerte de Aben-Hamet, ansiaba la llegada del día, en que lanzada de Granada por los cristianos, pudiese pasar al África y verter aquellas ardientes lágrimas sobre la tumba de su infortunado amante.

Y fijo siempre en su pensamiento este deseo, su oro corria entre el pueblo, y sus parciales le incitaban á la rebelion, y el cáncer de muerte se estendia mas y mas en el corazon de Granada destrozada por sus hijos.

Con esta lucha terrible, inmensa, rugiente, no era difícil augurar el día, en que el conquistador hollaría el Koran sobre el pavimento de la mezquita real de la Alhambra.

Habia por aquellos tiempos en Granada, en la calle de Elvira, cerca ya de la Plaza Nueva y frente á un antiguo pilar, en un pequeño ángulo formado por dos esquinas de una reducida é irregular plazuela, una buñolería transformada en despacho de pan por efecto de la situación, y por lo mismo defendida por

una valla y guardada por almoravides, destinados á contener el populacho.

Tras la valla, y alternando con algunos robustos panaderos, servia el despacho una hermosa mora, de ojos grandes y negros como sus profusos y relucientes cabellos, de tez morena, boca purpúrea y sonrisa un tanto desdeñosa; es fama que muchos de los concurrentes á la buñolería, mas que por los buñuelos, eran atraídos allí por el afán de saciar sus miradas en la contemplacion del redondo cuello, el alto seno y el gentil talle de la buñolera, y que mas de una noche en alta hora, solia interrumpirse bruscamente algun romance cantado bajo sus ventanas, por áspero son de espadas, á que seguian gritos de muerte ó de dolor.

La mora estaba sorda á los ruegos de todos sus amantes, y algunas veces, sus ojos mostraban señales de haber llorado; entonces los concurrentes diarios recordaban que dos años antes, habia salido de Granada con las taifas <sup>(1)</sup> que fueron vencidas en el Zenete, por Hernando del Pulgar, y no se estrañaba ya que Haxima (así se llamaba la mora) se mostrase sorda á las súplicas de sus nuevos amantes, siendo fiel á la memoria de Aben-Hamut, que no habia vuelto con los destrozados restos del ejército que marchó sobre Guadix y que sucumbió en el Zenete.

(1) Lo equivalente á escuadrones entre los moros.

Sin embargo, seguian tenaces algunos, esperando que el tiempo y las nuevas pretensiones, borrarán en el ánimo de la mora los recuerdos de Aben-Hamut, que sin duda habia sido muerto en aquella desastrosa jornada.

Aquel dia, una multitud inmensa cercaba la valla y menguaba el pan rápidamente, y los almoravides se veian obligados á contener con los cuentos de las picas á la multitud que se agolpaba hambrienta sobre la panadería.

Pero á un mismo tiempo, por la parte de arriba de la calle de Elvira, llegaron dos moros soldados al parecer, segun las libreas, de Muza, y pretendieron abrirse paso por medio de la turba, codeando á diestro y siniestro sin consideracion á niño, mujer ni anciano.

Aquellos no venian por pan, puesto que como hombres de guerra de Muza, le alcanzaban cómodamente en los cuarteles del rico y poderoso emir, sino por los ojos de la buñolera, pretendiendo llegar, no solo hasta la valla, sino mas allá de ella, á los oscuros aposentos donde sobre limpias y poco elevadas mesas se servian los exquisitos buñuelos á los cotidianos consumidores.

La empresa era punto menos que descabellada; acabábase el pan y la multitud se estrechaba y comprimia cada vez mas.

Y ellos siguieron pisando, atropellando y apartando, hasta que al fin, la turba ocupada



antes en las neccsidades del momento, reparó en ellos.

Alzóse un alarido terrible, alarido de envidia y de indignacion; y todos los semblantes y todos los puños se volvieron á los dos moros que habian logrado al fin acercarse á la valla.

—¡A fuera los esclavos! gritaron, nosotros venimos por pan, y ellos lo tienen en hartura; ¡á fuera! ¡que vayan á arrojarse á los piés de su señor el emir!

Y tras esto zumbaron algunas piedras, y por temor á ellas, se cerró la buñolería, y los almoravides tendieron las picas sobre los alborotadores.

Exasperáronse éstos, al mismo tiempo que los dos almogawares, viendo malogrado su intento por el temprano cierre de la tienda, se miraban con prevencion y en actitud hostil.

—Tú eres causa, dijo el uno, de que Haxima nos haya dado con la puerta en el rostro.

—No; sino tú, que has irritado á esos canes, atropellándolos por llegar antes que yo, repuso el otro.

—Mientes tú, dijo el contestado.

A la palabra mientes, el almogawar á quien se dirigia, que no era hombre que sufriera aquel insulto, mostró su espada fuera de la vaina, y poco despues desnudó la suya el otro que se vió acometido.

Y como la plebe cuanto está mas irritada, necesita de menos para lanzarse á los alborotos,

creyó que aquellas espadas se desnudaban en su daño, y cargó sobre los almogavares y los almoravides, á palos, puñaladas y pedradas.

Y llegaron otros, que vieron cerrada la buñolería, y se irritaron por la falta del pan, y uniéndose al tumulto, aumentáronse las voces y los palos, y las pedradas y los silvos.

De modo, que lo que habia empezado por una riña de amor, acabó en motin, y en motin formidable, acrecido por la fatalidad.

Bajaba entonces el rey de la Alhambra, y, como todos los dias, iba al Albaicin á arrastrar su amor á los piés de la inexorable Zoraida: estaba relumbrante de galas, acompañado de una guardia espléndida, y de Muza Ebn-Abil-Gazan, y se encontró de repente en medio del motin.

Irritó al pueblo el lujo de Abu-Abdallah, cuando no habia pan para sus vasallos, y mudando de objeto, los silvos, las pedradas, y las imprecaciones se tornaron al rey.

Muza, sombrío y colérico, se arrojó hiriendo con su escuadron de lanzas entre la multitud; creció el alboroto, estallaron mosquetes, acudieron nuevos combatientes, empeñóse una lucha encarnizada y la sangre corrió por las calles.

Los gritos de ¡muera el rey! ¡muera el emir! ¡capitulemos con los cristianos! se dejaron oír aterradores entre la multitud.

Entonces un hombre respetado del pueblo,

un venerable anciano, Macer el Alime, se abrió calle con peligro de su vida, y atento á la salvacion de su patria, gritó á los amotinados, que á su presencia bajaron por un momento las armas.

—¿Qué furor es el vuestro muslimes? ¿Hasta cuándo sereis tan desacordados y frenéticos, que por las pasiones y codicias de otros, os olvidéis de vosotros mismos, de vuestros hijos, de vuestras mujeres y de vuestra patria...? No es vergüenza vuestra mataros por estos...? Si no os mueve la infamia, muévaos el peligro en que todos estais: si tanta ínclita sangre se derramara peleando contra nuestros enemigos..... llegarían nuestras vencedoras banderas al Guadalquivir y al apartado Tajo (¹).

Prosiguió el anciano en estas y otras poderosas razones, y al fin el pueblo, aquietado en la apariencia, bajó las armas, dejó pasar al rey, se dispersó, lavóse la sangre, recogieron-se los cadáveres, y la ciudad volvió á su silencio de muerte.

Haxima, la hermosa mora, primera é inocente causa de aquel alboroto, abrió recatadamente la puerta, y cuando vió que la calle estaba solitaria, dejó salir un jayan que tomó á buen paso la calle adelante, mientras la buñolera cerraba la puerta.

El moro llegó á la puerta de Elvira, salió

(¹) Histórico: Conde: historia de la dominacion de los árabes en España.

al campo, deslízose á lo largo del muro, reca-  
tándose de la guarda, y tomando un camino  
de atraviesa, no cesó de andar hasta poner la  
planta en el real de Santafé.

Y debia ser conocido, puesto que los atala-  
yas de las puertas no le estorbaron el paso,  
y solo se detuvo ante los *continuos* de las tien-  
das de los reyes, donde tras un leve aviso fué  
introducido.

En el fondo de ellas, sentadas sobre un es-  
tradillo en taburetes, habia una multitud de  
damas ocupadas en bordar un tapiz; á su la-  
do sobre una silla de alto respaldo, se veia  
otra dama, de edad madura, de semblante no-  
ble y grave, aunque duro, vestida de un seve-  
ro trage negro y encubierta la cabeza con una  
toquilla de terciopelo carmesí tomada de oro.

Esta dama, ante la cual se prosternó el moro,  
era la reina doña Isabel primera de Castilla.

Junto á ella en otro sillón, un caballero de  
mas edad, con trage negro tambien, birrete de  
terciopelo y espada de oro, de semblante adus-  
to y receloso, miraba con espresion profunda  
á otro hombre, que, descubierto y con respeto,  
platicaba en voz baja con la reina, que de  
tiempo en tiempo dejaba entrever en la seca  
línea de su boca, una imperceptible sonrisa.

El hombre sentado y cubierto, era el rey  
don Fernando quinto de Aragon; el que con  
la reina platicaba, Gonzalo Fernandez de Cór-  
doba.

Al prosternarse el moro, la reina hizo una señal á sus damas, que dejaron las labores y se dirigieron á otro departamento de la tienda.

Gonzalo Fernandez de Córdoba hizo al par un movimiento como para salir.

—No, no, quedad, capitán Gonzalo, le dijo la reina, ese infiel sin duda vendrá á noticiarnos algun nuevo desafuero cometido en Granada contra el rey Abu-Abdallah.

—Así es, noble y poderosísima sultana, dijo el moro; que no era otra cosa que algazaz <sup>(1)</sup> de los cristianos; el hambre aflige á la ciudad, crecen los motines y los alborotos, se apellida por la capitulación entre nuestros parciales, y si en uno de estos momentos se arrimasen escalas á los muros y petardos á las puertas, podríais entrar, poderosos señores, á escala franca, la ciudad que hasta ahora se ha llamado invencible.

Calló el traidor, y levantóse Fernando el Católico.

—¿Qué nuevo conflicto, dijo, apremia á Granada?

El moro elevó de nuevo su voz ante los reyes, siempre prosternado como un perro á los piés de su señor, y les refirió el motin de la calle del Elvira, sin olvidar en el relato el nombre de Haxima, que era su sobrina, y la porfía de los almogavares; ponderó la discreción y hermosura de la mora, y calló de nuevo.

(1) Espia.

Despidiéronle los Reyes Católicos, y al salir de la tienda, un gentil hombre de la recámara entregó al traidor algunas monedas de plata.

Quedaron solos los Reyes Católicos y el capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

—Ved ahí, le dijo la reina sonriendo, Gonzalo, como se os presenta una buena ocasion para salir airoso de la noble porfia que ya ha dado tres timbres á nuestra conquista: el robo de esa buñolera, capitán, de en medio de esa terrible ciudad, es asunto bastante para hacer escribir, si viviera, sendas trobas al buen Juan de Mena, cancionero de nuestro abuelo don Juan el segundo.

—O para inspirar algunas endechas, observó con cierta acritud Fernando quinto, al tristísimo Jorge Manrique.

—Pues si faltan los Menas y los Manriques, señora, contestó Fernandez de Córdoba cuyo semblante se iluminó con el entusiasmo de los valientes, no ha de faltar mañana á estas horas la buñolera, en las tiendas de vuestra alteza.

Desapareció la sonrisa en el rostro de la reina, y sus mejillas ya pálidas acrecieron en palidez.

—No, no lo hemos dicho por tanto, capitán, dijo con interés á Gonzalo; entrar, solo y sin mas compañía que el valor en Granada, es buscar una muerte cierta; Nos os prohibimos capitán, que tal hagais.

—Tragera yo la sultana á vuestra alteza,

que no esa villana; y si así os placiera, hasta el mismo Abu-Abdallah el Chico de entre los guardas de su alcázar.

—Si, si, dijo el rey con cierta amargura, de valientes es acometer imposibles; id, capitán Gonzalo, id; que yendo con vos vuestra espada, seguro llevais bastante, aunque tuviérais que bajar cual otro Orfeo á los infiernos.

Calló el rey, y la reina guardó silencio.

Gonzalo Fernandez de Córdoba les saludó con gran mesura, y salió de la tienda meditando y llegó á paso lento á la no distante de Hernan Perez del Pulgar.

El buen Alcaide del Salar se hallaba á caza de moros en la Vega, y en la tienda solitaria, solo se veia al morisco Pedro, sentado sobre sus rodillas y asaz pensativo y cabizbajo.

Alzó la frente al sentir pasos en la puerta de la tienda, y reconociendo á Gonzalo Fernandez, se puso en pié de un salto y le saludó con respeto.

Despejóse el rostro del capitán al ver al morisco, porque nacido Pedro en Granada, podia servirle de mucho para llegar al colmo de su empresa, que no era otra, que robar, al dia siguiente, de la ciudad á Haxima, á pesar de cuantos moros se le pusiesen al paso.

Sentóse sobre el lecho de Pulgar, y preguntó al escudero por las calles y revueltas que debia pasar, una vez dentro de la puerta de Elvira, para llegar hasta la buñolería.

Una lágrima arrasó los ojos del morisco; Gonzalo Fernandez sin saberlo, habia tocado al seno mas recóndido de su corazon, porque Pedro de Pulgar, cautivo de Hernan Perez, era aquel mismo Aben-Hamut, que no habia vuelto á Granada despues de la rota del Zenete, y por cuya memoria Haxima se mostraba tan desdeñosa con sus nuevos adoradores.

Contestó el morisco á las preguntas de Gonzalo, contóle su historia, triste como la de todos los enamorados ausentes, y alentado por la gran fama del caudillo, y por la buena ventura de la hazaña del AVE MARIA, cuando entró con Pulgar hasta la mezquita, le demandó por merced le permitiese acompañarle.

—Solo he de ir, contestó el de Córdoba; pero aun así confio, en que mañana antes que el sol medie, habrás visto á la mora en los reales.

Una palabra empeñada por Gonzalo de Córdoba, era lo mas valedero que se conocia en aquellos tiempos, y el moro saltó de alegría, teniendo ya por seguro el abrazar al dia siguiente á la hermosa buñolera.

—Pero para ello, continó el capitán, preciso será que me procures un arnés y una vestimenta, tales, que pueda yo pasar por moro entre esos perros, que tienen olfato bastante para ir sobre el rastro de un cristiano.

Prometióselo Pedro, salió el de Córdoba de la tienda, y quedó el morisco imaginando cómo

proveer al que habia de dar dichoso fin á sus amores, de lo necesario para el caso, y acordose de las armaduras, caballos y capellares morunos, que habian traído de Granada los que fueron en el desagravio de la sultana.

Y tal maña se dió, que al dia siguiente por la mañana, antes que el sol se mostrase, llevando del diestro un caballo árabe encubertado y cargado con arnés y vestidura, y una larga pica de dos hierros con pendoncillo rojo, se hizo anunciar por los escuderos del poderoso alcaide de la villa y fuerza de Illora, Gonzalo Fernandez de Córdoba, en su tienda de capitán de caballos.

Y de allí á poco que entró el morisco, el de Córdoba, salió disfrazado, tal, que nadie le hubiera tenido por cristiano sino por moro de Berbería, y cabalgó en el caballo, tomó la pica, salió del real y se alejó la Vega adelante, llevándose consigo el alma de Pedro de Pulgar.

Picó al corcél Gonzalo de Córdoba, y llegó á la puerta de Elvira y pasó de ella sin que la guarda lo tuviese por otro que por un caballero granadino.

Cuando el valiente español se vió dentro de la ciudad, acometiéronle deseos de subir á la Alhambra, alborotar el alcázar y tomar posesion de él, como la habia tomado de la mezquita Hernan Perez del Pulgar.

Abandonó, empero, suspirando este pensamiento, cuya magnitud le hacia imposible de

realizar, y siguió la calle adelante y llegó á la buñolera.

Su puerta no presentaba el aspecto que el día anterior, ni habia valla, ni almoravides, ni tumulto; solo se veian en la pared vestigios de disparos de arcabuces, y sobre las piedras de la calle, rastros de mal lavada sangre.

Mas allá, tras la puerta, en el interior, Haxima, con los hermosos brazos desnudos, se apoyaba pensativa y triste sobre el cancel de otra puerta que daba entrada á un alegre patio, donde se veian multitud de moros sentados á las mesas y ante escudillas llenas de buñuelos.

Un hombre en el cual reconoció Gonzalo al espia del día anterior, se ocupaba en el despacho, y otros dos que eran los almogavares causadores del motin, sentados uno frente al otro en los opuestos costados de la parte de la tienda anterior al patio, miraban á la mora que al parecer no reparaba en ellos.

Pero al alzar los ojos una vez, encontró los de Gonzalo, que á caballo aun delante de la buñolera, fijaba en ella su atrevida y valiente mirada.

La mora se ruborizó, y el de Córdoba echó pié á tierra, ató su corcél por las riendas á la aldaba de la puerta, y entró yéndose en derecha á la jóven.

—Así, Dios te salve, hermosa, la dijo en arábigo aljamiado; ¿eres tú Haxima la buñolera?

La niña cuya edad llegaría apenas á los diez y seis años, levantó su tersa frente, y en voz tímida por el respeto que le causaba el grave y noble semblante del castellano y sus relumbrantes galas que le mostraban tal como un príncipe, contestó:

—Yo soy, caballero.

—Pues á tí es á quien busco, repuso el de Córdoba.

Aplicaron el oído los soldados almogavares, pintose la estrañeza en el semblante de Haxima, y Gonzalo continuó.

—Esta noche se casa en el Fargue <sup>(1)</sup> el moro Aben-Hamut, que hasta ahora ha estado cautivo entre cristianos desde la batalla del Zenete, y yo que soy su walí, he aprovechado la ocasion en que venia á visitar al rey, para llevarte á que hagas buñuelos en la boda.

Ni una sola palabra de esta plática perdieron los almogavares, ni les pasó por alto el encendido color y la sombría palidez, que alternativamente se mostraron en el semblante de Haxima al escuchar el nombre de Aben-Hamut, y al saber que se casaba con otra que no era ella; ella, en cuyo semblante campeaba la tristeza, y de cuyos ojos corrian las lágrimas, desde el malaventurado dia en que el moro habia partido de Granada para ser hecho cautivo por el cristiano.

(1) Lugar cerca de Granada sobre el camino de Guadix.

Y como nada hay mas audaz que la mujer, cuando es herida en su amor ó en su orgullo, entró adentro, tomó un albornoz y un velo, envolvióse en él, y dijo á Gonzalo:

—Ahora mismo, señor.

Bien comprendió el de Córdoba lo que importa la diligencia en empresas aventuradas, y sin aguardar á mas, asió de la mora, la colocó en el arzon delantero de su caballo, y saltó en él, á tiempo que el moro espía apareció en la puerta del patio con las manos llenas de escudillas vacias, y reconoció en el hombre que robaba á su sobrina, el famoso capitán de caballos del real de los cristianos.

Y á tiempo que el caudillo arrimaba los acicates á su corcel y partia, el moro arrojó las escudillas, corrió á la calle y gritó con el rostro descompuesto:

—¡A las armas! ¡los cristianos están en Granada! ¡atajadle! ¡es Gonzalo Fernandez de Córdoba!

Á aquel nombre tan conocido, los almogavares y algunos ginetes que bajaban del Albaicín, precedidos del tío de Haxima, se lanzaron tras Gonzalo Fernandez, que, al sentir el alboroto, pesaroso de que le viesen huir los moros, volvió riendas, y con la lanza baja, conteniendo al propio tiempo á la mora, que al escuchar aquella voces pugnaba por arrojarse del caballo, embistió á los que le seguian.

Su nombre solo los puso en fuga; le acosa-

ban, y se alejaron temerosos de que llegase á su alcance aquella terrible lanza, que por cada bote contaba un enemigo muerto.

El de Córdoba siguió otra vez su camino; pero la alarma habia cundido; agolpábanse á su paso ginetes y peones, y al fin su lanza se ensangrentó.

Su generoso corcel, atropellaba á las turbas que crecian alrededor; heria su lanza en ellas, Haxima gritaba aterrada, y apenas bastaba la adarga del castellano á defenderla de las piedras que llovian sobre él.

Al fin logró acorrallar á algunos contra la cerrada puerta de Elvira, y el miedo de éstos le salvó; no encontrando salida, tomada la estrecha calle por la larga espada de Gonzalo Fernandez, que habia arrojado la lanza por inútil; aterrados por sus furiosos mandobles, abrieron la puerta y escaparon, haciendo plaza al gallardo campeón, que aguijó su caballo, y á poco trecho llegó á las primeras guardas de atalayas cristianas, situadas á dos tiros de arcabuz de la ciudad.

Haxima estaba desmayada; cuando tornó en sí, se encontró entre los brazos de Pedro de Pulgar, que habia salido á esperar á Gonzalo Fernandez de Córdoba, y lo comprendió todo; se arrojó á los piés de su robador, y ya mas contenta sobre el arzon del caballo del morisco, siguió á Gonzalo Fernandez, que la condujo á la tienda de la reina.

El alcaide de Illora, el que debia mas tarde dar á la corona de España el reino de Nápoles, el *Gran Capitan*, habia dejado tambien consignado su nombre en las tradiciones de la conquista.

.....

Háxima se cristianó, sirviéndole de madrina la reina, de quien recibió el nombre de Isabel, y casó con su llorado Aben-Hamut, á quien despues de la conquista donaron la buñolería de la calle de Elvira, que pasó á sus descendientes, produciendo esquisitos buñuelos por espacio de mas de dos siglos (19).





### *La Toma de Granada.*

**G**ONZALO Fernandez de Córdoba, había sido encargado por los reyes de formalizar el sitio de la ciudad.

Acercábase la hora fatal, en que la enseña del Islam debía ser arrebatada por el huracán con la almena que la sustentaba.

Todas las avenidas fueron tomadas, y el hambre se hizo ya intolerable.

Entonces aparecieron al descubierto las traiciones; supose que los principales caudillos, temerosos, por sus vidas y haciendas, andaban en tratos para la entrega de la ciudad; quedaron patentes las causas de tantos sangrien-

tos motines, de tantas batallas perdidas y tantas esperanzas malogradas; y no fué ya tiempo de retroceder, ni de atender á males incurables, arraigados de viejo en el corazón de Granada, que se sostuvo aun algunos días con la esperanza de un socorro de África.

Pero los socorros no venian, aquejaba el hambre, temíase á cada momento la embestida del enemigo, y al fin lució el aciago sol del día cuatro, de la fatal luna de Rabíe primera, del año ochocientos noventa y siete <sup>(1)</sup>, que al trasmontar los horizontes con la tarde, debía arrojar por última vez sus fatídicos rayos, sobre la bandera del Islam en las torres de la Alhambra.

El día anterior, el débil Abu-Abdallah, reunió en su alcázar sus wisires, sus cadíes y sus faquies, y los consultó sobre la resolución que debía adoptarse en tan estrema situación.

El resultado fué fatal á todos; los unos vendidos al enemigo, los otros temerosos dél, resolvieron la entrega de aquella ciudad, engrandecida por Mahomet el Bermejo <sup>(2)</sup> doscientos cincuenta y cuatro años antes, fuerte y poderoso hasta Abul-Hacen, y vencida, destrozada por Abu-Abdallah el Zogoibi.

Todos los del consejo se inclinaron á tratar de avenencia con los reyes enemigos, y solo

(1) 1.º de Enero de 1492.

(2) Abu-Abdallah-Abu-Jucef-Ebn-Nazar-al-hhamar: llamado el vencedor y el magnífico.

el valiente Muza, confiando aun en las armas de la desesperacion y la venganza, dijo que *aun era temprano*. Sin embargo, se determinó que el wisir Abul Cazim-Abdelmelic, saliese á proponer capitulacion á los cristianos (1).

Los reyes de Castilla y Aragon, recibieron bien á este noble anciano, y nombraron para concertarse con él al capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba y á su secretario Fernando de Zafra.

Estos caballeros, acompañados de otros cinco y precedidos del wisir, entraron aquella noche en la Alhambra por una mina, entre la torre del Agua y la puerta de Hierro, y encerrados secretamente en la torre de Comares, hicieron las capitulaciones de la entrega de la ciudad (20).

Cuando al dia siguiente el wisir las presentó en el consejo, la palidez del terror se pintó en todos los semblantes; la sultana Aixa tembló de cólera, y el rey desfallecido, con los ojos arrasados de lágrimas, ocultó su dolor entre los brazos de su madre.

Y entonces, en medio de aquel espectáculo de desolacion, eterno en su alma el amor de su patria, sereno, aunque pálido, el intrépido Muza se levantó y abarcando en una lenta y sombría mirada á los que le rodeaban, dijo con el acento de la mas fria reconvencion.

(1) Conde: historia de la dominacion de los árabes en España; tomo 5.º 4.ª part. cap. XLII.

—Dejad ese inútil llanto á los niños y á las mujeres; seamos hombres y tengamos todavia corazon, no para derramar lágrimas, sino hasta la última gota de nuestra sangre <sup>(1)</sup>; ¡un esfuerzo, y á las armas! muramos; sí, pero como valientes, ofreciendo nuestros pechos á las contrapuestas lanzas.

Muza era un héroe, su voz vibraba inspirada, pujante, entre aquellos hombres aterrados por el adverso destino.

—¿Creeis que los cristianos, continuó con energía, serán fieles á lo que os prometen? ¿Qué, el rey de la conquista será tan generoso vencedor como afortunado enemigo? Os engañais; están sedientos de nuestra sangre y se hartarán de ella. La muerte, la terrible muerte es lo menos que nos amenaza.

Ni un solo semblante se levantó para mirar á Muza, ni una voz respondió á su voz.

El emir desesperado, rodeó el almaizar á su brazo, se adelantó al centro del aposento, y midiendo al consejo con una colérica ojeada, gritó con el acento del mas insultante desprecio:

—¡Perros! ¡cobardes! ¡traidores! los que no teneis valor para morir por vuestra patria, quedaos ahí oyendo con paciencia y serenidad esas vergonzosas condiciones, entregad el reino á los cristianos, vivid en él para ver el robo y el saqueo de vuestras casas, la profanacion

(1) Histórico.

de vuestras mezquitas, los ultrajes y violencias á vuestras mujeres; quedaos ahí para entregar vuestros miserables cuerpos á las hogueras del vencedor; quedaos, mezquinos, los que temeis una honrada muerte, á ver tanta miseria, que yo, por Allah, que no la veré (1).

Y furioso, rugiente, amenazador, salió de la torre de Comares, entró en su alcázar, tomó su lanza y su caballo, y salió solo, sin mas compañía que su desesperacion, por la puerta de Elvira.

¡Los musulimes de Granada no tornaron á ver ni supieron lo que fué de su valiente emir!

.....

Amaneció el dia cinco de Rabie primera.

El ejército cristiano, en forma de pelea, marchaba hácia Granada con las banderas tendidas, dando al aire el estridente son de los clarines y el doblar de los roncós atambores.

Piafaban alegres los caballos engalanados de fiesta, los ginetes y los peones ostentaban sus penachos mas preciosos, sus preseas mas vistosas; el sol destellaba mares de fuego, hiiriendo las lucientes armas, y la alegría del triunfo brillaba en todos los semblantes, mientras Granada yerta y silenciosa, abria las puertas de la Alhambra para dar paso al *Zogobi*, que acompañado de cincuenta caballeros de los mas nobles de Granada, saliendo por la torre de los Siete Suelos, bajó por las laderas

(1) Histórico.

del cerro de Al-baul, á encontrar á los reyes de Castilla en aquella parte de la vega, donde hay una mezquita poco distante de la confluencia del Dauro y el Genil (21).

Vestia una túnica negra, no como en señal de luto, sino como distintivo de su dignidad real; sobre sus hombros se plegaba un almalzar de púrpura, y ceñía su frente una finísima y sencilla toca blanca.

Al bajar por la ladera, su generoso caballo se plantó como previendo al enemigo, y en verdad apareció entre las quebraduras el conde de Tendilla acompañado del cardenal de España su hermano, y de don Gutierre de Cárdenas, comendador de Leon, de la orden de Santiago; conducía el primero el estandarte real, el segundo el guion de la cruz, el tercero el pendon de Santiago, y les seguian algunas banderas de infantería.

Turbose el rey ante la vista de sus enemigos, enrojeció su rostro la vergüenza, y á pesar de que los cristianos le saludaron con respeto, apretó los acicates á su caballo, y se perdió entre las quebraduras.

En tanto el wissir Ebn-Comija entregó al conde de Tendilla las llaves de la ciudad en la puerta de los Siete Suelos, aguijó su caballo y se unió al rey seguido de algunos caballeros, á tiempo que el desdichado descabalgaba ante el rey de Aragon, y se acercaba á él en ademán de besarle la mano.

Pero Fernando no se lo permitió. Abu-Abdallah le besó en el brazo y le dijo:

—*Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; esta ciudad y reino te entregamos, que así lo quiere Allah, y confiamos que usarás de tu triunfo con clemencia y generosidad* (1).

Y como si su garganta se negase á otra cosa que á los sollozos, el desdichado y miserable Abdallah calló, devoró sus lágrimas, y saltando en su caballo, no quiso volver á Granada á pesar de las instancias del rey, y tomó á toda rienda el camino de las sierras, seguido por sus caballeros para alcanzar á su familia, que habia salido al amanecer de la ciudad con sus esclavos y tesoros.

En tanto el rey, los infantes, los ricos-hombres, los capitanes y soldados de Castilla, fijos los ojos en la Alcazaba, vieron tremolar en ella un pendon rojo; el ejército se prosternó, doblaron los atambores, levantaron su estridente alarido las trompetas, y las bombardas hicieron salva con espantable estruendo.

El conde de Tendilla habia tremolado el pendon de los Reyes Católicos por Castilla y Aragon en las torres de la alcazaba de la Alhambra.

Granada era cautiva del cristiano.

La bandera de Ismael habia sido arrebatada por el huracan, con la almena que la sustentaba.

(1) Histórico: Conde, Hist. de la domin. de los árabes.



*El Suspiro del Moro.*

¡Corre, corre! ¡aguija tu yegua, rey! ¡aguijala y piérdete al lejos entre las neblinas de la tarde!

¡Que venga pronto la noche á ocultar en su sombra tus lágrimas!

¡Ay de tí! ¡corre, porque ese zumbido que rasga el viento, esos estampidos que atruenan el espacio, son el grito de alegría del conquistador!

¡Mira como callan tus cincuenta postreros caballeros!

¡Falta entre ellos Muzal! ¡Muza, tu hermano! ¡Muza, el valiente! ¡Muza, que se ha hundido con su patria!

¡Corre! ¡corre, Abu-Abdallah, como correrán tus lágrimas, lejos de ese edem de delicias que brota flores de púrpura bajo los rayos de un sol de oro!

.....

Y el rey lanzaba su yegua á toda la carrera, y ensangrentaba su hjar.

Y le seguian sus caballeros, con los pendoncillos de sus picas arrastrando por el polvo en señal de luto, y aquellos pocos leales temblaban de cólera y de vergüenza, cada vez que el crugir de la bombardas enemiga, ardiendo en señal de triunfo, llegaba á sus oidos.

Y otra vez al pasar por el lugar de Armilla descabalaron, y el rey en señal de vasallaje, se prosternó á los piés de la hacanea de la reina Isabel primera de Castilla, que segñida de sus damas, y resguardada por la compaña de lanzas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, miraba desde allí la toma de la ciudad.

Alzóle la reina y pronunció algunas palabras de consuelo para aquel regio infortunio.

Y cabalgaron de nuevo el rey y sus caballeros, y siguieron adelante, y pasaron silenciosos y sombríos, corriendo siempre, por la villa de Alhendin, cuando ya el sol que habia alumbrado á Granada la sultana, se hundia en el Occidente bañando en su último y tristísimo rayo á Granada la cautiva.

Y cuando ya las nieblas de la tarde, flotaban entre la ciudad y las distantes colinas, como

un velo de misterios, el rey alcanzó á las reinas su madre y esposa, en el repecho del alto del Padul.

En su cima se abria una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba á ver por última vez á Granada.

El rey descabalgó y con él sus caballeros, postróse, y miró á su ciudad con el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas.

Y vióla, como ve el moribundo alejarse la vida, el desdichado la esperanza, el avaro su tesoro.

Amargóse su alma, dilatóse en un hondo suspiro, y no siendo ya bastante á contener su dolor, el desdichado rey cayó de rostro contra el suelo, y exclamó dando un gran grito:

—¡Allah-akbar! (*¡Dios es grande!*)

Y la sultana Aixa que así le vió, pálida, ceñuda, irritada, apartando de él con desprecio los ojos, exclamó:

—Sí, llora como una mujer, menguado, ya que como hombre defender no supiste tu corona.

La desesperacion, la vergüenza, el dolor, secaron las lágrimas en los ojos de Abu-Addallah, cabalgó en su corcel, le arrimó furioso los acicates, y el bruto se lanzó con tal ímpetu á la carrera, que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se parecen.

El rey y su comitiva doblaron al fin la punta de Geb-el-Solair, y se perdieron á lo lejos,

entre la dudosa claridad del crepúsculo, sobre el camino de la montañosa Alpujarra.

Desde aquel día los moros, en memoria de esta tristísima despedida, llamaron á aquel ojo de lágrimas del alto del Padul, Feg-Allah-Akbar, y aun le conocen los cristianos con el nombre del *Suspiro del Moro*.

.....

.....

---

El genio de la Alhambra ha desaparecido.  
Solo queda niebla y silencio.

Los galantes árabes, los bravos castellanos, las gentiles damas, el Palacio-de-las-Perlas, todo ha ido á hundirse en el pasado.

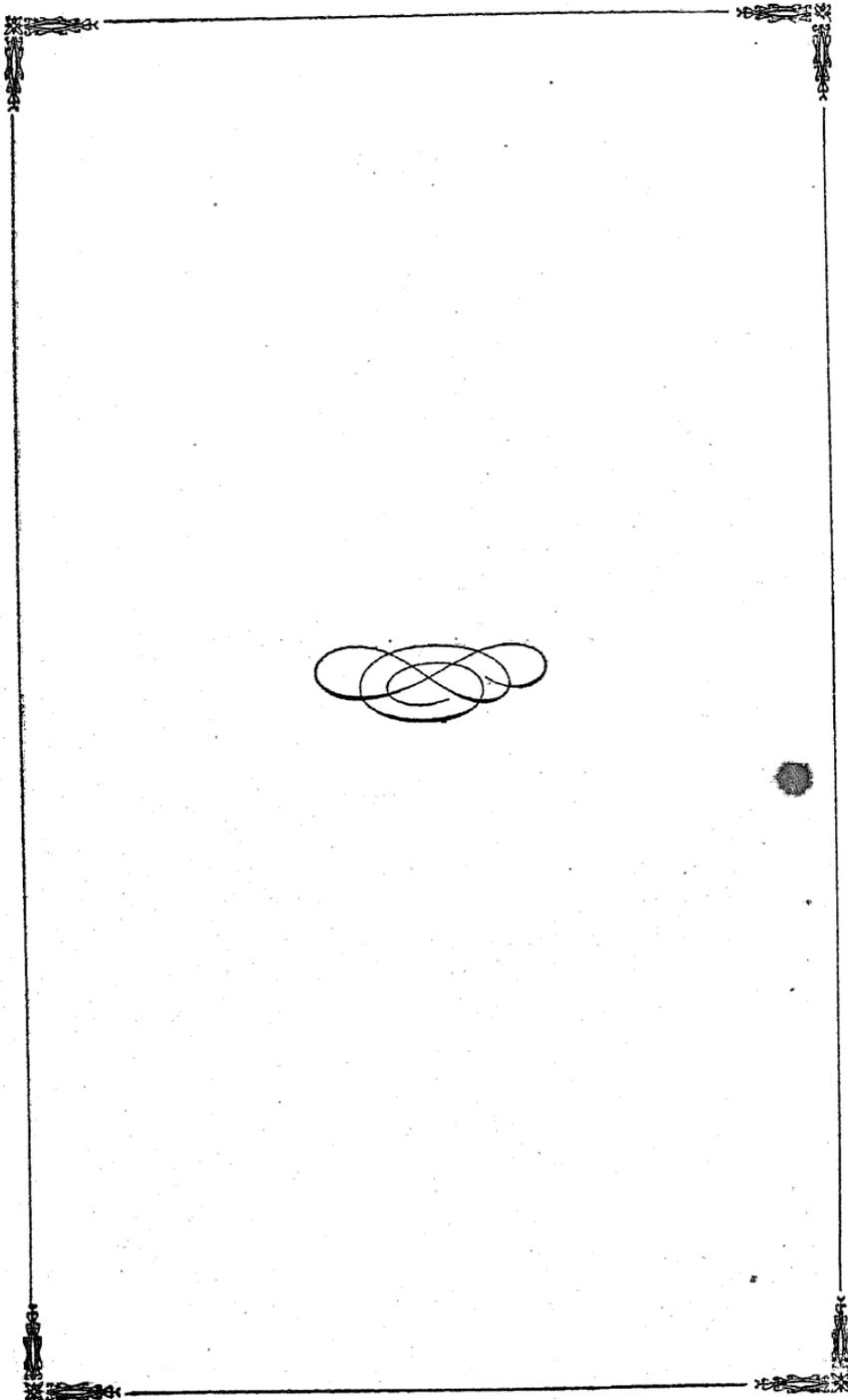
Solo resuena aun, el sonido de la Campana de la Vela, vibrando grave y sonoro entre el silencio, como un grito de generaciones lejanas.

Cuando la luz del alba se ostenta, esa histórica campana enmudece: el grito de los fantasmas, no se levanta mas que en el silencio de la noche.

¡Volad, volad, ensueños de gloria! ¡la mano de Dios os aleja en el pasado, y os envolverá al fin en el sudario del olvido!

¡Oh! ¡loado sea él, ensalzador y humillador de cuanto alienta, él, que da el abatimiento y la pobreza, y rige con su justicia los acontecimientos humanos!

**FIN.**



## NOTAS.

=

(1) Esta parte del alcázar, es la llamada hoy sala de los Abencerrajes; da entrada á ella un arco ovalado, y este á una antesala ó corredor angosto, en cuyos extremos hay puertas modernas destinadas á la comunicacion con habitaciones interiores. El arco que sigue á este corredor, es también ovalado, con adornos en las enjutas de hojas, peces, flores y caracteres cúficos y medios globos con inscripciones. El interior de este retrete está renovado, á causa del incendio que hubo en la Alhambra por haberse volado un almacén de pólvora junto al Fargue.

Esta sala no tiene comunicacion con ningun otro departamento y en sus lados se abren dos alhamies ó alcobas, sostenidas por dos elegantes columnas, que así como el pavimento y la gran fuente que hay en el centro son de mármol de Macael. Su ornato es exactamente igual al de la sala de las dos Hermanas (llamada así, por tener dos losas blancas

entre las de su pavimento de cuatro varas y veinte y una pulgada de longitud, y de dos varas y cuatro pulgadas de latitud). El adorno de los muros empieza por una faja de alicatado de siete cuartas de altura, de vivos colores y labor entrelazada; sobre este hay una faja que rodea toda la sala de medallas y medallones alternando con inscripciones. En la guarnicion de los medallones hay tarjetas cúficas que dicen: *Dese gloria perpetuamente al Señor de ella: Sea el reino perpetuo al Señor de él.* Sobre esta guarnicion se ve una faja con el mote en caracter africano: *Solo Dios es vencedor.*

Sobrepuestos á los arcos hay agallones, flores y festones afligranados, y las paredes hasta la altura de los arcos con figuras estrelladas y motes en caracter africano. Por cima hay una cenefa ancha de medallas con inscripciones cúficas y africanas; sobre ella una cinta con el blason de Alhamar, adoptado por los reyes de Granada, que es un escudo con una faja diagonal de izquierda á derecha, saliendo de la boca de dos dragones con el mote en caracteres africanos *Le galib ile Allah* (solo Dios es vencedor). Sobre esto se abren en los lados de la caprichosa y lindísima cúpula estrellada de estalácticas, ventanas ovaladas que parece debian estar cubiertas por transparentes. El ornato de los alhamies es igual al de la sala, y sus techos son planos y de rica ensambladura; la fuente elevada medio pié del pavimento, tiene grandes manchas rojas, y este es sin duda el fundamento de la tradicion del degüello de los abencerrajes, consignado en los romances y en las Guerras Civiles de Granada de Gines Perez de Hita.

(2) *Semoum* ó *Samyel*, viento que reina á veces en el desierto. Se anuncia con gran ruido; á su llegada el cielo parece encarnado ó inflamado; mata al

momento por la sofocacion; á los que pasa se reducen á polvo cuando se les toca; sin embargo no altera sus formas.

(5) Los árabes dan á sus horas los nombres siguientes; hora de azohbi, hora del alba: hora de adoha, de dia claro: de adohar, al medio dia: de alazar, á media tarde: de almagrib, á puestas del sol: de alatema ó alajá, al anochecer, al oscurecer, ya entrada la noche, segun la costumbre de dividir su tiempo por las horas de sus oraciones ó azalaes.

(4) El orden de los meses que los árabes llaman lunas, es el siguiente: Muharram, Safer, Rabie primera, Rabie segunda, Giumada primera, Giumada segunda, Regeb, Xaban, Ramazan, Xawal, Dildada y Dilhagia. Es de advertir que su año empieza donde media el nuestro.

(5) A la izquierda de la entrada de la sala de Comarech hay un corredor, que á través de algunas habitaciones modernas, conduce á una galería sustentada por columnas de mármol, á cuyo fin hay una torrecilla sostenida por columnas semejantes á las de la galería, y en su centro un cuadrado, al cual se entra por una puerta de arco circular, y al que alumbran nueve ventanas. Las paredes de este retrete y las de la antesala que le preceden, están pintadas al fresco, representando paisages y marinas. El artesonado es cónico, labrado de greca árabe con entalladuras y filetes dorados. Esta pieza que hoy se llama el *Tocador de la Reina*, sin duda por la piedra horadada con agujeros, que parecen destinados á dar paso á perfumes, y que sin duda fué trasladada allí de otro lugar del alcázar; esta pieza, repetimos, era en tiempo de los moros el alminar de palacio, ó, segun una opinion muy admitida, un mirab ú oratorio, como parece justificarlo la siguiente inscripcion en que termina su adorno:

«En el nombre de Dios, que es misericordioso y

tiene misericordia. Sea Dios con nuestro señor y profeta Mahoma; y á los suyos y sus amigos salud y salvacion infinitas veces. Dios es la lumbré del cielo y de la tierra; y la lumbré suya es como él: es como luminar, que siendo muchas las lumbres suyas, es uno él y es lámpara de lámparas, como si fuese constelacion luciente, y que arde con oleo santo, no occidental ni oriental; y que encendiéndolo, alumbrá; y sin tocarlo, es luz sobre luz. Y Dios guía con su lumbré á quien él quiere. Y Dios es dador de los proverbios á las gentes. Y Dios es sabio en todas las cosas.”

(6) Conócese ahora esta habitacion con el nombre de *Cuarto de las Camas*, y es un departamento de los Baños Reales de la Alhambra. Es un cuadrado sostenido por cuatro columnas de mármol blanco de Macael, que forman una galería al rededor; en sus lados, y abiertos en el muro interior de la galería, hay alhamíes formados por arcos sustentados en tres columnas; la del centro se apoya sobre un plano revestido de alicatado, y levantado del pavimento veinte y cuatro pulgadas que estaba destinado á contener los divanes, donde los reyes reposaban despues del baño.

El pavimento del retrete es de mosaico y en el centro tiene una fuente; el muro está adornado con un zócalo de azulejos de dos varas de altura, sobrepuerto al cual corre una cenefa con el mote *plus ultra* añadido en tiempo del emperador Carlos V. En los cuatro ángulos hay otras tantas puertas pequeñas arqueadas y revestidas de azulejos, tres de las cuales están tabicadas y la cuarta da paso á otras habitaciones de los baños por un estrecho corredor angular; los techos de la galería y de las alcobas, son planos de ensambladura labrada de greca en forma estrellada que estuvo embutida en plata. Sobre

el primer cuerpo se levanta otro, que se destruyó y que en la actualidad está siendo objeto de una pésima restauracion. Cuando aun se conservaba en mediano estado, veíase que era una galería, formada de cuatro lienzos con barandillas de madera, donde, segun algunos opinan, se colocaban los músicos que tañían para hacer agradable á los reyes el reposo del baño. Los arcos estaban adornados de flores, peces y lazos, y encima de ellos sobre una faja corrian diez y seis ventanas ó trasparentes pequeños y arqueados, sobre las cuales asentaba una corniza de bovedillas que sostenian una magnífica ensambladura cónica hasta terminar en un plano, en cuyo centro se abria un precioso cupulino.

Gran bien será para este rico retrete, que se encargue de las restauraciones de la Alhambra su arquitecto adornista, el entendido jóven don Rafael Contreras, pues de otro modo creemos que las restauraciones bárbaras, adunándose á los estragos del tiempo, del abandono, acabarán de robar su carácter y su importancia á aquel magnífico alcázar de la edad media.

(7) Este es un patio de poca estension. No conserva de árabe mas que algunas columnas en los dos costados del Norte, y una fuente cuyo pilar es posterior á la conquista; sobre él asienta un precioso *mar* de mármol blanco denegrido por el agua y por el tiempo. Su labor consiste en agallones y en una inscripcion ilegible. Indudablemente este *mar* ha sido trasladado allí de otros lugares, y segun opinan algunos, y no sin fundamento, estuvo colocado en el centro de la Cámara de Cosmarech. El otro ángulo del patio se forma de dos lados, sobre uno de los cuales descansa el mirador de Lindaraja, y el otro es de arcos sostenidos por machones de ladrillos. En el terreno y junto á las galerías hay naranjos, y en

torno de la fuente formando cuatro calles en cruz hay cuadros de arrayanes con flores en el centro.

(8) Entrando á estos baños por el corredor que comunica con el cuarto de las Camas, se llega á unos pequeños aposentos de tres varas de longitud y dos de latitud, con estrechos alhamíes, en cada uno de los cuales hay un pilar de mármol de Macael, y sobre él un nicho pequeño de la misma materia, con arabescos esculpidos, y debajo un conducto para el agua. Creese que estos baños eran de los niños infantes; sigue un recinto mayor de cinco varas de longitud y tres de latitud, que sirve de antesala á uno de siete varas en cuadro: á los costados tiene alhamíes y al frente una puerta, que conduce á los baños de los reyes, que tienen cinco varas y media de longitud y cuatro de latitud. Contienen dos grandes baños: el uno tiene cuatro varas de largo y dos y media de ancho y veinte y siete pulgadas de fondo, con dos conductos para el agua. El otro es un cuadrado de dos varas y media y treinta pulgadas de alto, notándose sobre cada uno de ellos un nicho semejante á los ya indicados. En medio de la pared del fondo de este recinto habia una puerta que daba paso á otras habitaciones y al sitio donde se calentaba el agua. Las bóvedas de todos los baños es de ladrillos con lumbreras estrelladas y el pavimento de mármol de Macael.

(9) La mano y la llave esculpidas en el arco principal y en el que forma la puerta, se han considerado como emblemas misteriosos..... Los árabes, que heredaron de los egipcios el uso de los geroglíficos, representaban á la Fuerza con una robusta mano en la forma que aparece en el arco: el mismo signo designaba la *mano de Dios*, y era una demostración compendiosa de la ley musulmica; porque así como la mano tiene cinco dedos y cada uno tres co-

yunturas, menos el pulgar que se forma de dos, y todos están sujetos á la unidad de la mano que les sirve de base, del propio modo la ley mahometana impone cinco preceptos primordiales: el 1.º creer en Dios y en Mahoma: el 2.º hacer oracion: el 3.º dar limosna: el 4.º ayunar en la cuaresma de Ramadam: 5.º peregrinar á la Meca y á Medina. Cada uno de estos preceptos recibe tres modificaciones, á escepcion del 5.º que solo puede reducirse á dos: *buen corazon* y *buena obra*, y corresponde al dedo pulgar. Estos dogmas dimanán de la unidad de Dios y todo el *mahometismo* se esplica con la mano que contiene cinco dedos y catorce coyunturas.

La llave esculpida en el arco de la puerta es el signo principal de la fe musulmana, y un emblema tan importante y misterioso como la mano: representa el poder de abrir y cerrar las puertas del cielo, concedido al profeta.

Otros han esplicado la representación de la mano y de la llave, diciendo que los moros quisieron significar la dificultad de penetrar en la fortaleza y de destruir la fe musulmana, y que sería mas fácil que la mano se inclinase para tomar la llave y abrir la puerta al enemigo, que vencer á los hijos del profeta, y desarraigar de sus corazones los principios de su creencia. (Lafuente Alcántara: *Libro del Viajero en Granada*).

(10) Alentado Boabdil por algunas ventajas alcanzadas contra los cristianos por los caudillos granadinos en 1485, y escitado por las habilllas de sus vasallos, que le tenían por mas inútil que su viejo padre Abul-Hacen, quiso llevar á cabo alguna hazaña que le diese fama entre los de su bando y marchó sobre Lucena, que estaba mal defendida. Dicen las crónicas, que al salir con gran acompañamiento por la puerta de Elvira se rompió su lanza contra el

arco, cosa que se tuvo por de mal agüero. A pesar de todo el rey pasó adelante, pensando que iba á encontrar una victoria segura. Don Diego de Córdoba que tenia la tenencia del castillo, fortificó la ciudad y avisó á los capitanes fronteros don Alonso de Aguilar y el alcaide de los Donceles, que acudieron con alguna caballería, hasta salir al encuentro de Boabdil, que entrando á la tala y saqueo por tierra de Aguilar, se presentó delante de Lucena, amenazando al alcaide que si no la entregaba la entraria por fuerza de armas, y degollaria su presidio. El alcaide por ganar tiempo se prestó á tratos de avenencia, y como en esto se pasase gran parte del dia, asomaron de súbito los campeadores del alcaide de los Donceles, que venia á socorrer á Lucena, y embistiéndolo á los peones moros los desbarataron: pero como la mayor fuerza de la hueste era de ginetes, estos se pusieron en faz de arremetida, sin importarles mucho la rota de la infantería. Vinieron los escuadrones á las manos y se empeñó una reñidísima batalla; mas de repente salieron los de la ciudad, y cargaron sobre ellos, al mismo tiempo que don Alonso de Aguilar entró en combate con un lucido escuadron de lanzas.

Los moros se retrayeron á la otra parte del rio y el esforzado caudillo Ali Atar, alcaide de Loja, que estaba junto al rey, cayó pasado de lanzadas, y con su muerte y la de otros cincuenta caballeros que defendian al rey, quedó este solo y cercado de enemigos; quiso huir, pero conoció que su caballo estaba de tal manera cansado que no le podia poner salvo, y al paso del rio se dejó caer y se escondió entre los cañaverales, donde penetraron tres soldados cristianos que le seguian de cerca. Temeroso de perder la vida, les declaró que era el rey, le prendieron y le llevaron á sus caudillos. Esta fué la primera y últi-

ma batalla en que se encontró aquel rey, á quien con razon llamaba su pueblo el *Desventuradillo*.

(11) Era cristiana renegada, hija del alcaide de Martos, el comendador Sancho Gimenez de Solís: llamábase Isabel. Fué hecha cautiva en una entrada que hicieron los moros por tierra de Martos, y enamorado de ella el viejo rey Abul-Hacen la hizo su esposa, y la llamó Zoraya (*lucero de la mañana*), abandonando por sus amores á la soberbia sultana Aixa, prima suya, de quien tenia á Abu-Abdallah que le sucedió, ó por mejor decir, le arrojó del trono. De Zoraya tuvo otros dos hijos, llamados Sidy Yahye y Sidy Alhamar. Los celos al principio y despues las ambiciones empeñadas entre las dos sultanas, fueron en gran parte causa de los bandos y de la pérdida de Granada.

(12) Abul-Walid Abul Said quinto rey de la dinastia nazerita : reinó tres años desde 1522 á 1525. Durante su reinado conservó la prepotencia de Granada. Asesinole en las puertas del alzázar de la Alhambra Mohamed Ebn Ismail, por los amores de una esclava hermosísima, que habia cautivado en la entrada de la villa de Martos, y que se habia apropiado el rey en la distribucion del botin. (Conde: *Historia de la dominacion de los árabes en España*: parte 4.<sup>a</sup>).

(13) Véase la nota primera.

(14) Existe en la Zubia en la huerta del convento de franciscanos un laurel antiquísimo, donde se señala el sitio donde estuvo escondida la yegua de la reina Isabel la Católica, que habiendo ido á mirar á Granada, que se descubre en toda su longitud desde aquel sitio, fué atacada por los moros á quienes rechazó el marqués de Cádiz con mil y doscientas lanzas que iban de resguardo. Como este hecho aconteciese el dia de San Luis, 25 de agosto de

1491. La reina durante la refriega ofreció erigir al santo rey un convento de franciscanos á su advocacion si la libraba del peligro. La batalla quedó por los cristianos y el convento se alzó algun tiempo despues de la conquista. Aun se enseña al viajero en un ángulo del claustro la ventana desde la cual dicen presenció la reina el combate, y el laurel es mirado con gran entusiasmo por los naturales de la Zubia, villa que, ademas de este, guarda otros recuerdos históricos.

(15) Llámase el edificio que citamos *Casa del Carbon*, porque en él se depositaba este combustible por sus dueños hasta que obtenian licencia para venderle. A juzgar por sus restos, este edificio debió ser en los dias de su esplendor suntuosísimo; el arco guarnecido de greca con enjutas de labor persa, es ovalado y de una riqueza admirable; corre sobre él una inscripcion destruida y sobre ella se ven tres ajimeces, tapiado el del centro y los de los laterales con restos de trasparentes formados de ramaje y hojas á semejanza de los del Patio de los Leones. Tras este arco hay un pequeño vestíbulo cubierto por una bóveda de estalácticas y en los lados hay dos puertas labradas y tapiadas, levantándose delante de ellos y hasta el arranque del arco exterior dos especies de cajones blanqueados, con puertas á la calle, que dan al viejo edificio todo el romántico colorido de un monumento profanado.

(16) Segun todas las probabilidades, Pulgar y los cinco escuderos entraron por la calle de la Gallinería, que corre paralela al rio hasta el puente del Carbon, y por el Zacatin y calleja del Tinte al sitio que ahora es iglesia del Sagrario y entonces mezcquita.

(17) En el archivo del Salar existe una real cédula del emperador Carlos V, mandando al cabildo

de la iglesia de Granada que dé cumplimiento á la concesion de asiento y sepultura hecha por los reyes Católicos á Hernando del Pulgar, que es la siguiente:

«Yo el Rey.—Venerable dean y cabildo de la iglesia de Granada, *sede vacante*: Ya sabeis los muchos y señalados servicios que Fernando del Pulgar, regidor de Loja, cuyo es el Salar, hizo á los Católicos reyes mis abuelos y señores, que hayan gloria, en la conquista deste reino, especialmente que seyendo esta dicha ciudad de moros, hizo voto de entrar en ella á pegalle fuego, é á tomar posesion para iglesia de la mezquita mayor, y poniéndolo en obra vino con quince de caballo, dejando los diez á la puerta, entró con los cinco á la mezquita, que es ahora iglesia mayor, é allí á la puerta paso una hacha de cera encendida, con otros autos, en señal de la dicha posesion; lo cual visto por los moros, al rey y á ellos puso en escándalo, dolor y turbacion, segun mas largamente todo lo vereis, asi por una carta firmada de los dichos Católicos reyes, como en testimonio, y en una mi carta ejecutoria, dada en favor de su libertad en esta mi real audiencia; é porque es cosa justa, é muy razonable á los que las semejantes cosas facen de les gratificar, y memorar, en tal manera, que otros viendo aquello, trabajen de hacer semejantes actos é hazañas: por ende, yo vos ruego é encargo, que habiendo respeto á todo lo susodicho, hayais por bien de darle é señalarle una honrada sepultura en esa iglesia, pues fué el primero que tomó posesion della; y asimismo le deis licencia y facultad para que perpetuamente él y despues uno de sus descendientes que su mayorazgo del Salar heredase, puedan entrar y entren en vuestro coro, no embargante la constitucion y ordenanza que teneis hecha para que en él, diciendo las horas, é divinos oficios, no entren otras personas,

salvo comendadores é las otras personas que teneis señaladas, que demas de la justa causa que hay para que así lo hagais, yo recibiré en ello mucho placer é servicio.—Fecha en el Alhambra desta ciudad de Granada á veinte y nueve dias del mes de setiembre de mil y quinientos veinte y seis años.—Yo el Rey.—Por mandado de Su Majestad: Francisco de los Cobos.”

(18) Existe en el archivo del Salar, lib. 1.º, leg. 2.º, núm. 8.º, una real cédula original de los reyes Católicos á favor de los quince escuderos que entraron en Granada con Hernando Perez del Pulgar, que es la siguiente:

«El Rey é la Reina.—Por la presente damos nuestra palabra real de facer merced á vos Gerónimo de Aguilera, é Francisco Bedmar, é Diego de Jaen, é Álvaro de Peñalver, é Diego Ximenez, é Pedro de Pulgar, Adalides, é Montesino de Avila, é Ramiro de Guzman, é Cristobal de Castro, é Tristan de Montemayor, é Diego de Baena é Torre, é Alfon de Almería, é Luis de Quero, é Rodrigo Velasquez, que sois todos *quinze escuderos*, é á cada uno, de tierras é hacienda en la ciudad de Granada, de que plugo á nuestro Señor que esté reñdida á nuestro dominio; la cual dicha merced os facemos porque entrasteis con Fernando del Pulgar, nuestro alcaide del Salar, á pegar fuego en la ciudad de Granada en la mezquita mayor, por el peligro á que os pusisteis.—Fecha en 30 de diciembre de 1491 años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandado del Rey é la Reina, Fernan Dalvarez.”

(19) Esta buñolería existia aun en nuestros tiempos sin interrupcion desde la conquista, en la misma casa que hoy es hojalatería, y forma ángulo con un despacho de bebidas y licores, frente al Pilar del Toro y á la calle de la Calderería.

(20) Nos ha parecido oportuno insertar en este lugar algunos fragmentos notables de las capitulaciones de la entrega de Granada.

«Iten es asentado y concordado que sus Altezas é sus descendientes para siempre jamas dejarán vivir al dicho rey Muley Boadily é á los dichos alcadis é sabios é moflyes é alfaquies é alguaciles é caballeros é escuderos é viejos é buenos é onbres é comunidad chicos é grandes é estar en su ley, é non les mandarán quitar sus algimas é cumaas é almuedanos é torres de los dichos almuedanos, para que llamen á sus açaloes, é dejaran é mandaran dejar á las dichas algimas sus propios é rentas, como agora las tienen, é que sean juzgados por su ley xaracima con consejo de sus alcadis, segun costumbre de los moros, y les guardarán é mandarán guardar sus buenos usos é costumbres. (4.º)

Iten es asentado é recordado que agora ni en tiempo alguno sus Altezas ni el dicho señor príncipe nin sus descendientes non hayan de apresurar nin apremien á los dichos moros, ansi á los que hoy son vivos como los que dellos subzedieren á que traigan señales. (8.º)

«Iten es asentado é concordado que ningun christiano sea osado de entrar en casa de oracion de los dichos moros, sin licencia de los alfaquies, é que si entrare, que sea castigado por sus Altezas. (12)

«Iten es asentado é concordado que si debate ó quiescion oviere entre los dichos moros, que sean juzgados por su ley xaracima é por sus alcadis, segun costumbre de los moros. (15)

«Iten es asentado é concordado que si algun christiano entrare por fuerza en casa de algun moro, que sus Altezas manden á las justicias que procedan contra él. (17)

«Iten es asentado é concordado que ninguna justicia non pueda proceder contra la persona de ningun

moro por el mal que otro oviere hecho, é que non padesca padre por hijo, nin hijo por padre, nin hermano por hermano, nin primo por primo. Salvo que quien ficiere el mal que lo pague. (21)

«Iten es asentado é concordado que si algun christiano ó christiana se oviere tornado moro ó mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osado de los amenguar nin baldonar en cosa alguna. He que si lo hicieren, que sean castigados por sus Altezas. (30).

«Iten es asentado é concordado que si algun moro toviere alguna christiana por mujer que se haya tornado mora que non la puedan tornar christiana sin su voluntad della, é que sea preguntada si quiere ser christiana en presencia de christianos é de moros. E que en lo de los hijos é hijas nacidos de las romyas se guarde los términos del derecho. (31)

«Iten es asentado é concordado que á ningun moro nin mora non fagan fuerza á que se torne christiano nin christiana. (32)

«Iten es asentado é concordado que si alguna mora casada ó viuda ó donzella se quisiese tornar christiana por amores, que non sea recibida hasta que sea preguntada é amonestada por los dichos términos del derecho; é que si algunas joyas é otras cosas sacare fortilmente de casa de su padre é de sus parientes ó de otras personas, que sean bueltas é restituidas á poder de cuyas fueren, é que las justicias procedan contra quien las hurtare, como de justicia deben.” (33)

En varios artículos se promete no castigar ni pedir cuenta de hechos anteriores: en uno de ellos se dice lo siguiente :

«Iten es asentado é concordado que sus Altezas é sus descendientes para siempre jamas non pedirán nin mandarán al dicho rey Boaudely nin á ninguno de los dichos moros cosa alguna que ovieren fecho en cual-

quier manera, hasta el dia del cumplimiento del dicho término de la dicha entrega de la dicha Alhambra, que es durante el dicho término de los sesenta dias en que la dicha Alhambra é otras fortalezas han de ser entregadas." (40)

En el artículo que sigue se ve un recuerdo de la guerra civil.

«Iten es asentado é concordado que ningun cavallero nin alcaide nin criado de los que fueron del rey que fué de Guadix no tengan governacion ni mando sobrellos. (41)

«Iten es asentado é concordado que si oviere algun debate ó pleito entre christiano ó christiana con moro ó mora, quel dicho debate sea determinado seyendo presentes un alcalde christiano é otro alcady moro; porque ninguno non se quexe de lo que fuere juzgado é determinado entrellos." (42)

Además de las capitulaciones relativas á la entrega de la ciudad de Granada, para asegurar la suerte de sus moradores, se celebró en el mismo dia y en el propio sitio otro convenio, que se halla igualmente en el archivo de Simancas, con este epígrafe: «*Capitulacion original de los Reyes Católicos con Muley Abdali, Rey de Granada, año IVCCCCXCI.*»

Despues dice así :

«Las cosas que por mandado de los muy altos é muy poderosos é muy esclarecidos príncipes el Rey é la Reina nuestros señores, fueron asentadas é concordadas con el alcaide Bulacin el Muleh, en nombre de Muley Boaudely Rey de Granada é por virtud de su poder, que del dicho Rey mostró firmado de su nombre é sellado con su sello, demas de las cosas que fueron asentadas é concordadas por el escritura del asiento é capitulacion de la ciudad de Granada, son las siguientes—etc.»

Ofrecia Bobdil entregar la ciudad, dando quinien-

tas personas en rehenes para mayor seguridad; y reiterando los Reyes Católicos su promesa de recibir y tratar á los moros como súbditos, amparando sus personas y bienes, honrándolos y favoreciéndolos etc.

Á Boabdil se le daban por juro de heredad, para siempre jamas, para él y sus descendientes, las villas y lugares de las tahas de Berja, Dalías, Marxena, Boloduy, Lahar, Andarax, Uxijar etc., con todos sus pechos y rentas: declarando dichos bienes exentos de pagar tributos, como á la sazón lo estaban.

Igualmente se conservaban á Boabdil, en los mismos términos, los bienes que poseía en vida de su padre.

Si Boabdil quisiese vender los bienes que se le daban por este convenio, debían ser preferidos para la compra los Reyes de Castilla, según el precio en que se conviniese. Si Boabdil y su familia quisiesen pasar á África, los Reyes de Castilla debían facilitarles barcos, así como todos los auxilios necesarios, sin exigir por ello gastos ni derechos.

Respecto de la madre y familia de Boabdil se estipulaba lo siguiente:

«Iten es asentado y concordado que sus Altezas hayan de facer y fagan asimismo merced á las Reinas su madre é hermanas é á la reina su mujer de Muley Bunazer de todas sus huertas é tierras é hazas é molinos é baños é heredamientos que tienen en los dichos términos de la dicha ciudad de Granada é en las Alpujarras, para que sea todo suyo é de sus herederos é sucesores por juro de heredad para siempre jamas, é lo puedan vender é traspasar é gozar, según é por la forma é manera que los dichos heredamientos del dicho Rey. (6.º)

«Iten es asentado é acordado que queden al dicho Rey é á las dichas Reinas las haciendas que tienen en Motril, E asimismo quede á Alhaje Romayme la fa-

cienda que tiene en la dicha Motril, para que les valgan é sean guardadas para agora é para siempre jamas, segun que las otras mercedes susodichas." (8.º)

Además de las tierras y bienes antes mencionados, se dió á Babdil cierta suma de dinero.

«Iten es asentado é concordado que hagan sus Altezas merced al dicho Rey Muley Boaudely de treinta mil castellanos de oro, en que montan catorce cuentos é quinientos é cincuenta mil mrs.; los cuales sus Altezas mandarán pagar luego que les fuere entregada el Alhambra é las otras fuerzas de la ciudad de Granada, que se han de entregar al término susodicho." (4.º)

Por lo tocante á la residencia de Boabdil, se decia lo siguiente:

«Iten es asentado é concordado que saliendo el dicho Rey Muley Boaudely de la dicha cibdad de Granada, que pueda morar é morir donde quisiere de las dichas tierras que sus Altezas le fassen merced, é salga con sus criados, alcaides é sabios é alcadis é caballeros é comun que quisiesen salir con él etc." (15)

Por último ofrecian los Reyes Católicos dar á dicho Boabdil, á su madre, mujer y hermanas, privilegios rodados, con todas las formalidades requeridas, para dar al cumplimiento de lo prometido la mayor seguridad y firmeza. (16)

Los Reyes lo prometian así al fin de dicho documento, en que aparece la firma del Rey y al lado la de la Reina, con un sello sobre cera colorada, y al rededor de él la siguiente leyenda:

«Helisabeth: Dei: gracia: Regina:  
Castellæ: Legionis: et Siciliae."

Debajo de la firma de los Reyes y al lado del sello, se lee:—«Por mandado del Rey é de la Reina:—Fernando de Zafra."

(21). Esta mezquita, despues consagrada en ca-

pilla con la advocacion de San Sebastian; profanada un dia y convertida en taberna, con mancilla de sus recuerdos históricos y religiosos, conserva aun en la pared de afuera que mira á Sierra Nevada, una lápida de mármol blanco, con la siguiente inscripcion en caracteres góticos:

«Habiendo Muley Abdelí, último rey moro de Granada, entregado las llaves de dicha ciudad, el viernes 2 de enero de 1492, á las tres de la tarde, en la puerta de la Alhambra á nuestros católicos monarcas don Fernando V de Aragon y doña Isabel de Castilla, despues de 777 años que esta dicha ciudad sufria el yugo mahometano, desde la pérdida de España, acaecida domingo 2 de noviembre de 714, salió dicho católico rey á despedir al espresado Boabdil hasta este sitio, *antes mezquita de moros y ahora erigida en capilla de San Sebastian*, donde dieron las primeras gracias á Dios nuestro Señor el glorioso conquistador y su ejército; entonando la real capilla el *Te Deum*, y tremolando en la *Torre de la Vela* el estandarte de la fe: en cuya memoria se toca á dicha hora la plegaria en la catedral, y se gana indulgencia plenaria rezando tres padres nuestros y tres *ave marías*.»

FIN DE LAS NOTAS.

## *Indice.*

---

I.....	El Genio de la Alhambra.....	9
II.....	El Rey Abu-A'bd-Allah, el Zogoibi.....	21
III.....	Zegries y Abencerrages.....	58
IV.....	El Cíprés de la Sultana.....	65
V.....	La Cámara de los Leones.....	83
VI.....	El Juicio de Dios.....	100
VII.....	Hernán Pérez del Pulgar.....	124
VIII....	El Triunfo del Ave María.....	136
IX.....	Gonzalo Fernandez de Córdoba (la Buñolera).....	148
X.....	La Toma de Granada.....	168
XI.....	El Suspiro del Moro.....	175
	Notas.....	181

---

